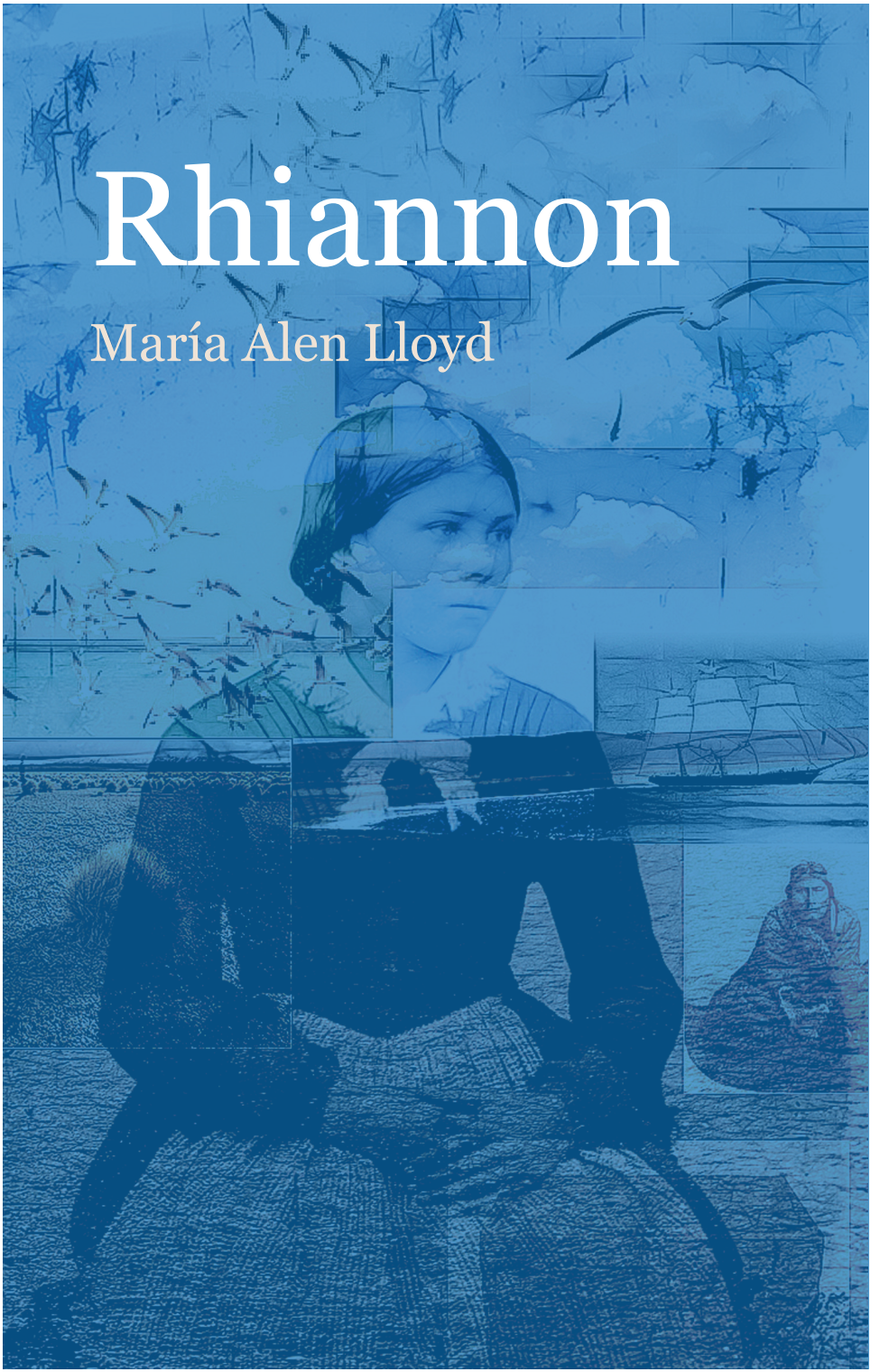
Rhiannon

María Alen Lloyd



Lloyd, María Alen
Rhiannon / María Alen Lloyd. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ediciones del Jinete Insomne, 2016.
260 p. ; 23 x 15 cm.

ISBN 978-987-29629-8-2

1. Novela. 2. Narrativa Galesa. 3. Patagonia. I. Título.
CDD A863

Rhiannon de María Alen Lloyd se encuentra bajo una Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirDerivadasIgual 3.0 Unported

colección **narradores del sur**

Talcahuano 256, piso 2,
Ciudad de Buenos Aires, Argentina
www.jineteinsomne.com.ar
ediciones.jinete@gmail.com
Twitter: @jineteinsomne
Facebook: Ediciones del Jinete Insomne

Corrección: Francisco Godinez Galay
Diseño y diagramación: Patricia Peralta
Imagen de tapa: Arturo de Bernardi
Impreso en BonusPrint en enero de 2016

Rhiannon

María Alen Lloyd

colección **narradores del sur**

Para mis hijos queridos Lucas, Pilar y Ramiro Díaz.
Para mi madre, que me inculcó el amor por la literatura.

La inmensidad del campo, extraña e intimidante, los dejaba atónitos. Uniformidad interminable de escalones áridos y pedregosos; ásperas rocas y empinados despeñaderos de fauces dentadas; cañadones y quebradas inaccesibles, como si la naturaleza hubiera cerrado la puerta de las exploraciones. A pesar de todo, persistía un deseo irrefrenable de internarse en esa región desconocida. Hay un encanto especial en explorar e introducirse en lugares en donde nadie ha estado antes, maravillándose y haciendo conjeturas ante el aspecto entrado de las cosas en su prístina naturalidad. Esa es, sin duda, la principal incitación a los viajes y aventuras emocionantes que ha mantenido despierta la curiosidad humana por muchos siglos, desde los días de Heródoto.

Lewis Jones, *La colonia galesa*,
El Regional, Rawson, 1993: 195

capítulo 1

Una mujer camina por el campo. Lleva puesto un vestido largo, un abrigo y una manta sobre los hombros. Su paso es seguro. No está paseando, no está perdida. Se dirige resueltamente hacia algún lugar. Deja atrás un caserío y se adentra en un campo que, hasta donde llega la vista, parece vacío. Nada: ni árboles, ni sembrados, ni casas, ni caminos o huellas dejadas por la mano del hombre.

Me le acerco para develar lo que ya es un misterio: ¿dónde está?, ¿hacia dónde se dirige?, ¿por qué de madrugada? Sus ojos revelan que ha estado llorando, pero ahora los rasgos de su cara trasuntan más impasibilidad que tristeza o desesperación. En un momento dado, se detiene y mira a su alrededor. Luego sigue, bordea una loma, atraviesa una pampa plana, sube sin esfuerzo una elevación y desde allí observa el paisaje. Después se sienta y allí se queda.

Nada de esto sirve para dibujar siquiera un esbozo de los hechos que la han colocado en esa situación. Podríamos hacer conjeturas, pero hay un camino más corto: husmearé en sus pensamientos, como un detective que entra clandestinamente a la habitación del sospechoso sin saber qué busca, solamente para ver si algún objeto le habla del crimen.

Sus pensamientos están ocupados por un paisaje. En él no se escuchan voces humanas y sí el silbido del viento; hay un acantilado que da a una enorme bahía circular de bordes blancos; una mujer parada en lo alto; una nave con las velas arriadas cerca de la costa. La mujer es ella misma y el sitio en el que piensa no está muy lejos del lugar por donde ahora camina.

Se refugia en el pasado, arriesgo. Para huir de este presente que, a juzgar por su cara, es aciago. Espero. Ya aparecerán las escenas: una discusión, una huida, un encuentro clandestino, una muerte inminente, un amor contrariado…

Migrantes

Un velero surca el océano Atlántico en la mitad del trayecto entre las Islas Británicas y la Patagonia. Su nombre es curioso: *Mimosa*. Nombre de flor, de muñeca, de gata. Después de haber viajado durante años trasladando té del Lejano Oriente a Inglaterra ahora se dirige al confín del mundo, al sur del sur: la Patagonia. Y en lugar de mercancías lleva ciento cincuenta y tres galeses decididos a quedarse allá. *Están locos*, se había dicho el capitán, como si él mismo no lo estuviera un poco. *En esas soledades. Pero allá ellos.*

Con sus jóvenes veinticinco años y una cierta tendencia al contrabando, George Pepperell había aceptado el imprevisto desafío que le plantearon al propietario de la embarcación los organizadores de una ignota "Compañía Galesa de Colonización y Comercio" y se había lanzado por una ruta tan nueva para él como para el velero. Nueva y peligrosa, ya que las noticias sobre naufragios en los mares del sur eran más que suficientes como para desalentar al más intrépido. Para colmo, si bien saldrían del hemisferio norte en primavera, sería pleno invierno cuando llegaran. Pero el *Mimosa* estaba libre por el momento y el arreglo

era lucrativo. Ya vería qué se podía traer de allá en el viaje de vuelta. El continente americano tenía mucho para ofrecer.

Cuando cerraron trato, los organizadores de la compañía estaban al borde de la desesperación. El vapor contratado les había fallado y los pasajeros esperaban en Liverpool desde hacía un mes, de muy mal humor. Además, dos adelantados habían viajado al puerto de destino –la Bahía Nueva, al sur de la Península Valdés– a fin de reunir lo necesario para dar cobijo y medios de subsistencia a los futuros colonos. Había que actuar rápido y así se hizo: en cuanto el propietario y el capitán del *Mimosa* dijeron que sí, hubo que transformar el carguero en transporte de pasajeros: dividir la bodega en dos para alojar mujeres y niños de un lado y hombres del otro, construir literas y arcones, instalar cocinas, cargar alimento y agua para unos seis meses, contratar la tripulación requerida para el caso. Y quitar el bello mascarón de proa de la embarcación. Corría el año 1865 y la moral victoriana de los predicadores del grupo emigratorio consideraba impropia la escultura de una mujer con los pechos desnudos y su largo cabello al viento.

La salida, el 25 de mayo, no fue salida hasta tres días después. Tuvieron que permanecer en el río Mercey esperando sellos, documentos y vientos favorables que, cuando vinieron, se hicieron sentir: como bautismo de fuego Pepperell debió enfrentar una tormenta que casi los hace naufragar frente a las costas de la Isla de Man, ese corazón en el mapa de las Islas Británicas desde cuyo punto más alto, según el dicho popular, se pueden ver seis reinos: Gales, Inglaterra, Escocia, Irlanda, el mar y el cielo. El capitán logró superar el trance, retomar el rumbo y poner proa hacia el Atlántico. Atrás, batidos por el viento, amarillentos

y mojados por la eterna lluvia de aquellas latitudes, quedaban los avisos que los promotores de la aventura habían pegado en los postes y paredes de Liverpool cuatro meses antes:

> "El buque *Halton Castle* al mando del capitán Williams, zarpará de Liverpool el 25 de abril con el primer grupo de emigrantes para la Colonia Galesa. Pasaje para mayores: 12 libras esterlinas, menores de 12 años, 6, bebés de menos de un año, gratis. La seña, a remitirse al tesorero O. Edwards, 22 Willamson Square, y el resto a pagar cuando los emigrantes lleguen a Liverpool para partir".

No sería el *Halton Castle*, no el capitán Williams, no el 25 de abril; pero allá iban, haciendo lo que todo migrante: buscando una vida mejor.

Una joven durmiente y una niña

Ahora, con sus doce años de edad bien traqueteados, el *Mimosa* lleva cuarenta días y tres mil quinientas millas marinas de viaje sin mayores sobresaltos.

En la cubierta, recostándose contra uno de los palos y sonriendo, un joven saluda a una muchacha y le pregunta de qué zona de Gales es. Ella se demora en contestar, impresionada por los ojos celestes y la forma en que es mirada. Para disimular su turbación,

no encuentra otro recurso que bajar su cabeza y el muchacho, creyendo que va a caerse, se le aproxima. Ella apoya su frente y la punta de su nariz sobre el pecho masculino y, en esa posición, contesta:

– De Mountain Ash.

El joven le dice algo cerca del oído y piensa en tocarle el pelo pero prefiere no moverse para que el inesperado acercamiento dure lo más posible. Pero no tiene suerte: se les acerca un hombre, les pregunta qué ocurre y ella se recompone.

– Son los movimientos del barco– se apura a explicar, y, tomándose del brazo del recién llegado, se aleja.

Rhiannon –ese es su nombre– examina minutos después su conducta y la encuentra más y más impropia. Era habitual en ella abstraerse de la realidad y concentrarse en aspectos ajenos a lo que esa realidad le demandaba pero algo así… *¿En qué estaba pensando? Hablar, así, contra su pecho… es de una intimidad… inaceptable. ¡Qué vergüenza! Espero no volver a cruzármelo. Debo evitarlo a toda costa. Pero ¿cómo hacerlo en 24 metros de eslora? ¿Y cuando lleguemos a destino?* Según se les ha informado, el lugar al que se dirigen está completamente despoblado: las mismas ciento cincuenta y tres personas que viajan en el velero seguirán viéndose a diario, separadas de cualquier centro poblado por cientos de kilómetros. *Pero falta para llegar. Ya veré entonces…* No tendrá, de todos modos, muchas ocasiones de volver a coincidir con él porque dedicará el resto del viaje a cuidar de Mary, la Reina de las Palabras o la Reina, a secas, según el apodo con que Rhiannon la ha bautizado. Tiene tres años de edad y lucha contra una peligrosa bronquitis.

Rhiannon había entablado amistad con sus padres durante los largos días de espera en Liverpool,

cuando la fecha de partida se aplazaba una y otra vez. Los futuros pasajeros se reunían diariamente compartiendo similares inquietudes: la impaciencia, la inactividad, el aburrimiento, el hecho de que se les agotaba el dinero que con esfuerzo habían reunido para el viaje. La pequeña, ajena a las preocupaciones de los mayores, superaba la tarea mayúscula de aprender a hablar. No conocía la vergüenza ante sus cómicas equivocaciones –todo lo contrario, gozaba con ellas– y Rhiannon se divertía enormemente mientras le enseñaba el idioma galés. Le señalaba un objeto, la niña pronunciaba su nombre, ambas explotaban en carcajadas y repetían el procedimiento hasta el infinito. Siempre era Rhiannon la que abandonaba, vencida por una capacidad de ejercitación demoledora. Hasta que sobrevino la enfermedad constituyeron, una para la otra, una fuente inagotable de entretenimiento. Luego Rhiannon volcó su ternura en Jane, la hermana mayor de Mary, cuidándola mientras sus padres y el médico se turnaban en la aplicación de remedios y curas que no parecían aliviarla. La rodeaban como adoradores de su culto, atentos a la menor mejoría o a la amenaza de una convulsión, al ritmo de su respiración o a la duración de su sueño. Rhiannon, por su escasa experiencia en esas lides y porque los mayores se ocultaban unos a otros la preocupación que los embargaba, no había tomado conciencia cabal de la gravedad de su estado hasta que descubrió al padre llorando en un sitio apartado. El espectáculo la asustó mucho. Se le presentó, repentina y evidente, una premonición oscurísima. Apoyó una de sus manos en un tabique y con la otra se tomó el vientre, dolorido y revuelto. Así, sus jóvenes ojos abiertos fijos en esa espalda abatida, recibió la noticia de la muerte de su querida niña.

Al día siguiente, todavía lloraba de a ratos cuando escuchó repentinos murmullos y luego gritos y

corridas. Desde lo alto del palo mayor, dos marineros habían avistado tierra. Subió a la cubierta. Un viento helado y tenaz atravesaba el barco casi horizontalmente. Todo lo que quedaba suelto –los cabellos, los vestidos, las sogas– dibujaba en ese pentagrama invisible líneas ondulantes y caprichosas. Cada viajero era un árbol–bandera desprovisto de todo el follaje que da su frente al viento. Subían y bajaban, inmóviles. Muertos de frío, hartos del mar y la inactividad, sucios, cansados, allí estaban, por fin, llegando a destino. Rhiannon podía adivinar el zumbido febril de los pensamientos y el latido de los corazones puestos tanto en el verde del país que habían elegido dejar cuanto en ése que buscaban con los ojos. El piso del océano subía bajo sus pies.

Una voz de mujer, una eme larga y apenas audible, emergió de los ruidos del viento y de las olas y comenzó a entonar un himno. Un barítono se le unió y la sostuvo, con unas notas graves y duraderas que destacaron los ribetes de la melodía. Los tenores y las contraltos salieron de su ensimismamiento y tomaron su parte y, entonces, la eme colectiva se abrió en vocales y consonantes que celebraron el momento. Terminada la canción, mientras todos reían y se abrazaban, Rhiannon volvió junto a los padres de Mary.

El *Mimosa* palpaba la costa como un médico que busca en el idioma del cuerpo la señal que necesita: aquí, algo más allá, más leve, más hondo. Su joven capitán debía encontrar la boca de una bahía y la embarcación resollaba como un caballo que se aproxima a su querencia. Eludió con bastante dificultad las restingas de la costa y finalmente entró en las aguas calmas de la Bahía Nueva.

Rhiannon dormitaba sentada en un rincón, arrullada por sus propios sollozos. Se despertó y se

acercó al cuerpo sin vida de la pequeña. Mirándolo incrédula advirtió que el viaje había terminado y volvió a subir. Se mecían en un redondel de agua pálido que se iba apagando junto con las últimas claridades del sol. A cierta distancia, otra embarcación parecía mirarlos.

Había imaginado llegadas raudas, incluso peligrosas, agitación, intensa actividad de los marineros y no lograba sustituir esos tintes épicos por este tono menor. Todavía no se daba cuenta pero ésta, su llegada, la que se depositaría en su memoria sin que pudiera impedirlo, era así: el *Mimosa* había anclado con una desaprensiva joven durmiente y una niña muerta y se había quedado quieto unas horas en el agua para no despertarlas. Mientras, unas hebras de té se desprendían del maderamen de la bodega y se depositaban como una lluvia fina en el fondo del mar. Té de la China: tan exótico en la Patagonia como ella, como los ciento cincuenta y tres galeses que al día siguiente pondrían pie en la Patagonia.

Al fin lejos

A la mañana siguiente se acercó un bote y sus tripulantes subieron al barco. Eran los organizadores de la futura colonia quienes, luego de saludos efusivos con algunos de sus conocidos, pidieron silencio. Uno de ellos tomó la palabra.

– Es Lewis Jones, Rhiannon. ¿Viste? El que escuchamos en la capilla el año pasado – le dijo, tratando

de animarla, el mismo muchacho que había venido a apartarla de los brazos del desconocido.

– ¡Sí! A ver qué dice.

Todos los que lo habían conocido durante la campaña en favor del establecimiento de una nueva Gales en la Patagonia sabían de su elocuencia y esperaron que se refiriese una vez más a la importancia de la emigración y a las ventajas que les acarrearía poner tierra y agua de por medio con Inglaterra: terminar con el ahogo económico y la explotación y revitalizar sus valores nacionales: su idioma, sus creencias religiosas no conformistas y su pasado celta, todo ello combatido desde hacía décadas por la Corona y en peligro de desaparición. Se dispusieron a escucharlo. No les vendría mal, después de dos meses en alta mar y antes de lanzarse a lo desconocido, volver a oír las palabras y las frases que los habían impulsado al exilio. Por ellas estaban allí, en uno de los sitios más inhóspitos del globo.

Pero no. Fue al grano. Se centró en las posibilidades económicas de la región y en las tareas que deberían emprender a partir del día siguiente. Dejó en claro que, debido al atraso en la partida, se había pasado la temporada de siembra, razón por la cual debían pensar en modos alternativos de obtención de recursos hasta el año siguiente. Luego de destacar que en el contingente había exponentes de todos los oficios, enumeró las fuentes de las que podían obtener ganancias inmediatas: dijo que en la Península Valdés, cuyas costas estaban a la vista, había mármol negro que se vendía a 5 libras esterlinas la tonelada y gran cantidad de caballos salvajes para domesticar; que en la desembocadura del río Chupat, ubicada a pocas millas al sur, había cascajo de conchillas valuado en 2 libras esterlinas la tonelada, a cuya recolección podían abocarse las personas mayores; que,

de una isla ubicada algo más al sur, podían obtenerse muy buenos cargamentos de guano. Las ganancias se distribuirían entre todos al cabo de la temporada para que cada familia se sostuviera hasta poder lograr una primera cosecha. Se disculpó por la precariedad del campamento pero aseguró que, ahora que por fin habían llegado, él se trasladaría hacia la ciudad más cercana, Patagones, y regresaría con insumos de todo tipo, provisiones y animales. En tierra había dos carros, cuatro caballos, vacas, ovejas y un almacén. Terminó con tres ¡Hip, hip, hurra! que todos contestaron arrojando sombreros al aire.

Con un discurso bien práctico dirigido hacia el futuro el orador morigeraba de antemano el impacto que seguramente les produciría el lugar a los recién llegados. Él estaba allí desde hacía más de un mes y junto con su compañero en la aventura, Edwin Roberts, y algunos peones contratados en Patagones, habían tropezado con todo tipo de dificultades. La principal, la que reducía a nada a todas las demás, era la falta de agua. Después de varias expediciones infructuosas en distintas direcciones habían resuelto probar bajo tierra. El nombre que le pusieron a la excavación hablaba a las claras del éxito relativo de la obra: Pozo de Agua Salada. Lo que obtenían de él y el líquido gredoso acumulado en un bajo después de la última lluvia, deberían abastecer un centenar y medio de bocas.

Para colmo, los viajeros se sabían de memoria un *Manual de la Colonia Galesa* que un entusiasta Hugh Hughes Cadfan había editado en Gales para ganar adeptos y era leído en voz alta durante el viaje para elevar la moral de los viajeros. Los títulos de la primera página eran alentadores: "Observaciones sobre la posibilidad de establecerla. Historia de la Patagonia y su aptitud para ser asiento de la Colonia. Las conversaciones con Buenos

Aires sobre la entrega de la tierra. Bosquejo de la organización de la emigración. Mapa de la Patagonia". Describía la Bahía Nueva con un gran río que atravesaba colinas cubiertas de bosques y frutos y desembocaba en el mar. El autor del manual debe haber sido el primer sorprendido por el contraste entre la vegetación salida de su pluma y el peladero gris que tenía ante sus ojos, y si lo comentó con alguien de su confianza, se guardó muy bien de hacerlo con el grueso del pasaje para no arruinar el inminente desembarco con críticas y comentarios agoreros.

Rhiannon no podía compartir el entusiasmo general. La muerte de la niña lo cubría todo con un manto de catástrofe. Desembarcó dos días después junto con las mujeres y los niños y su primera actividad fue asistir a su entierro. Después todos se reunieron en una playa llena de cajas, muebles y bultos para asistir al sermón de gracias.

Ello surtió el efecto de incitarla a recomponerse. No podía dar inicio a su nueva vida con ese estado de ánimo.

Primera vez

La región desprovista de todo signo de civilización, la intemperie, la profusión de visiones, hechos y sentimientos singulares, la apabullaron un poco. Había decidido registrar por escrito cada cosa que le ocurriera por primera vez y ya eran tantas en un solo día que puso manos a la obra.

Si bien hacía frío porque estaban en pleno invierno, el mediodía los homenajeaba con sol y sin viento. Eligió un baúl entre los objetos de todo tipo bajados del barco y depositados en la playa, y se sentó. Tomó su cuaderno y dejó una hoja en blanco. La extensión de océano que la separaba de su país quedaba así reducida al espesor de esa película divisoria, de esa lámina de tiempo que la incitaba a ensayar una letra nueva, adecuada a la mujer en que habría de convertirse de allí en más.

Dividió la última hoja en dos columnas, una al lado de la otra, que rezaban: "Primera vez aquí" y "Primera vez en mi vida". Su idea era llenarlas con escuetas oraciones para después desarrollar lo que valiera la pena. Anotó: *Es la primera vez que escribo aquí* y, también, *Mary querida. Reina de las Palabras. Cuando tenga una hija llevará tu nombre* y no siguió porque se le llenaron los ojos de lágrimas.

Una inesperada ráfaga de viento le arrancó el sombrero. Estaba incorporándose para agarrarlo cuando vio que el desconocido al que había logrado eludir durante un mes corría tras él sorteando los muebles desparramados por la playa. Lo tomó, regresó a su lado, puso una rodilla en tierra y, haciendo un gesto ampuloso, se lo entregó sonriendo.

– Buen día. ¿Se le pasó la descompostura?

Rhiannon se sorprendió, le sonrió, inmediatamente después se sonrojó y finalmente tragó saliva y le dijo que sí, que se le había pasado.

– ¿Sufrió mucho en el trayecto? ¿Había viajado en barco?– continuó enseguida él, permitiéndole que se recompusiera de una turbación que no dejó de advertir.

Rhiannon agradeció en silencio la oportunidad que le ofrecía de inventar un malestar que no había

existido y le contestó que nunca antes había viajado en barco y que sí, que había sido algo incómodo para ella.

– ¿Así que es de Mountain Ash?

(*¡Había escuchado perfectamente! Y yo que tenía la esperanza de que no…*)

– En realidad nací en Aberystwyth.

– ¡Ah! De allí era el hombre que desapareció. ¿Usted lo conocía?

– David Williams, sí. Lo conocí en el viaje, recitando sus Diez Mandamientos y su Padrenuestro. Lo habrá escuchado.

– No sólo eso. Me los sé de memoria.

Varios meses antes y al igual que todos los futuros colonos, David Williams había escuchado con mucho interés a los promotores del proyecto de una Nueva Gales fuera de las Islas Británicas. Tenía bien claro que su modesto oficio de sastre, su nacionalidad y la situación de su país con respecto a Inglaterra eran la combinación justa para toda una vida de pobreza. Su novia no sólo estaba de acuerdo. Dado que ayudaba en las tareas domésticas a la señora de Lewis Jones, venía escuchando la prédica nacionalista y separatista desde hacía más de tres años y estaba convencida.

Había adquirido cierta notoriedad entre los viajeros por su habilidad en el uso de la palabra y su sentido del humor. Sus parodias de los Diez Mandamientos y del Padrenuestro eran muy celebradas por los más jóvenes a espaldas de los mayores y de los más religiosos. La primera pieza era una enumeración de los deberes a cumplir por un buen súbdito galés. La segunda, una lista de favores que un galés oprimido y afectadamente obediente le pedía al "Gran Inglés".

Cuando anclaron, bajó del *Mimosa* sin esperar el desembarque del grueso del contingente. Junto con otros pocos jóvenes se subió al bote que se había acercado a los recién llegados, decidido a ganar la apuesta de ser el primero en pisar tierra patagónica. Una vez allí, se encaminaron hasta las elevaciones más próximas para observar el sitio desde cierta altura. Al cabo de un trecho todos fueron desistiendo y regresando al campamento de la costa, excepto él. Cuando empezó a oscurecer, aún no había regresado. Encendieron fogatas en distintos puntos para ayudarlo a encontrar el lugar en caso de haberse perdido y salieron a buscarlo. Pero ninguno se animaba a alejarse mucho. En cuanto dejaban de ver los fuegos, regresaban. A la mañana siguiente salieron a buscarlo en cuanto aclaró, sin suerte.

– Uno de los muchachos comentó que le había dicho que pensaba llegar primero que nadie al río Chubut así que quizá ya esté allí.

– Pero es una locura, largarse solo al campo. Su novia está desesperada: dice que no puede ser que se haya ido solo sin decirle nada a ella. Que algo le tiene que haber pasado. Pobre, tenían muchos planes: establecerse aquí, casarse pronto, formar una familia numerosa… Bueno ¿Y usted?

Alun exageró una cara de pánico y retrocedió.

– ¿Casarme pronto? ¿Formar una familia?

– ¡No! ¡De dónde es!

– Ah… Yo soy del norte. Alun Humphreys. ¿Rhiannon…?

– Rhiannon Jones ¿Cómo sabe mi nombre?

– Lo dijo el que vino a rescatarla de mis garras, en el barco.

(*¡Qué audacia! Y yo que creía que me estaba ayudando a fingir que aquel momento no había existido).* A Rhiannon le salió una mueca en lugar de una sonrisa y volvió al tema inicial:

– El río queda como a dos días de marcha ¿No dijeron eso?

– Sí, a dos días hacia el sur.

– ¿Y él sabría cómo llegar? ¿Llevaba provisiones y agua?

– Habrá preguntado, habrá pedido instrucciones… En cuanto a comida y agua, dicen que no, que no llevaba nada. Puede ser que lo encontremos allá cuando lleguemos nosotros. La verdad, no sé. Son todas conjeturas. Bueno, Rhiannon, ¿qué me dice del lugar?

– Y... no parece muy apto para el cultivo, ¿no?

– No, la verdad, no, pero… no olvide que no es aquí donde vamos a quedarnos. Seguramente en el río la tierra será mucho mejor, habrá más vegetación, árboles.

– ¿Cuánto mejor? ¿Cuánto puede cambiar a dos días de marcha?

– Y… bastante, cómo no. Un río no es poca cosa y dicen que es caudaloso y que en sus riberas hay sauces y pastos altos y ganado salvaje.

– Parece imposible un cuadro como ese viendo esta aridez.

– De todos modos, no tenemos más remedio que conformarnos, convengamos. Esto no tiene vuelta de hoja.

– Depende. El *Mimosa* todavía está allí… Hay quienes quieren volver.

– ¡Ah! Eso sería el colmo del ridículo. Hacer semejante viaje para llegar y volver. Imagínese aparecer yo en mi casa diciéndoles a mis padres *No me gustó. No tiene árboles. No tiene agua. Acá es más verde.* Alun se parodiaba a sí mismo adoptando un tono caprichoso y disconforme. A Rhiannon le gustó su histrionismo.

– ¿Ellos estaban de acuerdo en que usted viniera?

– ¡No! No se imagina todo lo que tuve que inventar para que aceptaran la idea. La verdad es que me costó mucho convencerlos. Ellos habían ido a varias reuniones y coincidían con las ideas que se agitaban pero una cosa es hablar y otra es hacer: dejar que un hijo se embarque en la aventura. Yo los entiendo pero, como les dije, ya tengo diecisiete años. Por suerte mi padre terminó por aceptarlo. Sueña con una vida mejor para mí y vio que allá no hay caso. Así que después me ayudó a convencer a mi madre. Pero ella no dejó de llorar hasta el último minuto.

– ¿Les va a escribir? En el barco llevarán de vuelta las cartas que queramos enviar ¿sabía?

– Sí, sí. Ya voy a escribir la mía. Cuando estemos en el río. ¿Y sus padres?

– No, no tengo padres. Mi madre falleció al darme a luz y mi padre, siendo yo muy pequeña. A mis tres años de edad.

– Uy… disculpe. Lo siento.

– No. No se preocupe. Mi familia está compuesta por mi hermano mayor, Lyn, y yo. Eso es todo. Y no podemos volver: él dejó su trabajo y vendimos lo poco que teníamos. Así que se puede decir que cortamos amarras.

– ¿Su hermano es el que vino a rescatarla…?

– No. Él es Thomas, un gran amigo nuestro.

Vinimos los tres juntos. Son aquellos, allá en la playa. Eran mineros del carbón los dos, en Mountain Ash. Compañeros de trabajo.

– Trabajo duro…

– Durísimo. Muchas horas. Mal pago. Insalubre. Thomas se lo aguantaba mejor pero mi hermano vivía enfermo de los pulmones.

– Y están decididos a quedarse.

– Sí. La verdad, a mí, al menos, no se me ocurriría echarme atrás. Estoy contenta de haber venido… Estoy contenta –ratificó, abandonando lo que pensaba decir, referido a la huelga de mineros en la que su hermano y Thomas habían participado activamente, a la falta de pago de los sueldos, a la posibilidad del despido y, en fin, al conjunto de calamidades que colocaban a la Patagonia muy cerca del paraíso.

– Se nota. Da gusto verla –le dijo Alun mirándola complacido y demorando el momento.

– Están armando un grupo de hombres solteros para que vaya hasta el río ¿Usted va?

– Creo que no. Yo me he ofrecido para llevar las provisiones en el bote. Veremos si aceptan. Si no, me sumo a ese grupo. No tiene sentido quedarse más tiempo acá.

– Cierto. Además, está el problema del agua. Yo, la verdad, no veo la hora de tomar agua limpia. Y dulce. La de la laguna y la del pozo son…

– ¡Un asco! ¡Puaj! –Alun hizo una mueca exagerada. Rhiannon se rió y luego agregó:

– ¿Será verdad que hay indios?

– Claro que es verdad. ¿Por qué cree que yo me voy en bote?

Desconocido y miserable campo

Dos días después, diecinueve hombres caminan por el lomo de la meseta cerca del lugar en que ésta, después de bajar de la Cordillera de los Andes en dirección al este, se hace loma baja, médano y, finalmente, playa. Dejando atrás el hormigueo del desembarco se dirigen hacia el sur a buscar el río Chupat.

Thomas se encamina hacia el río decidido a poner sus sueños sobre el terreno. Había comprobado que en el puerto que acababan de dejar, no se asentaban. Se había aplicado a mirar insistentemente un bajo ubicado a cierta distancia de la playa tratando de que se posen en él la casa, los corrales y los árboles que había ideado durante el viaje pero era inútil: se elevaban y desaparecían. Ahora está seguro de que la causa de esa evanescencia es la falta de agua porque –se dice a sí mismo– los sueños de los hombres que llegan a un lugar a instalarse la necesitan tanto como los hombres mismos. Se divierte con la posibilidad de hacerlos funcionar como un detector: si la escena imaginada no permanecía en tierra un tiempo prudencial para planificar algo sobre esa postal, quería decir que allí no había agua.

Cuando dejan de ver el mar, una inquietud que ninguno confiesa acalla los comentarios jocosos de la partida. Hacia todos lados, ahora, hay tierra y matas altas y espinosas, tan hechas a la medida del desierto como un traje: tirantes en las elevaciones, ondulantes en las caídas, densas en los pliegues, ausentes en la piel de algunos arenales.

Caminaron todo el día a buen paso. Durmieron a la intemperie, vieron el primer zorro de su vida y uno

de ellos bromeó sobre el hecho de que ellos eran los primeros hombres blancos que veía el animal. Antes de que aclarara, ya estaban nuevamente en marcha, siguiendo la Cruz del Sur. Un percance los obligaba a apurarse: uno de los integrantes del grupo, al apretar demasiado la carga del único caballo que llevaban, había roto el recipiente con agua.

Al mediodía, desde una elevación, el que había llegado primero a la cima los llamó a los gritos. Cuando todos se reunieron, se les ofreció, aunque muy lejos, el inesperado espectáculo del mar, una malísima señal porque indicaba que se habían desviado hacia el este en lugar de mantener el rumbo sur que les habían indicado. Thomas había visto mapas: la Península Valdés, la bahía donde habían desembarcado y, algo hacia el sur, la línea tortuosa del Chupat desembocando en el océano. Si bien haciendo el trayecto por la costa evitaban perderse otra vez, ese camino era unas tres o cuatro veces más largo y no tenían una gota de agua dulce. La llegada al río esa noche se tornaba improbable. Alarmados, estaban discutiendo qué hacer, cuando vieron una polvareda al oeste. ¿Indios? ¡Indios! Despejaron sus dudas y, precipitadamente, pusieron rumbo hacia el mar.

Edwin Roberts, el guía –literalmente acribillado a preguntas– fingió seguridad. Su condición de conductor estaba dada por el hecho de haber sido uno de los gestores de la empresa; por el trabajo de proselitismo que había desplegado en Gales y por su anterior experiencia colonizadora en los Estados Unidos pero, de hecho, no conocía esos parajes.

Luego de haber andado un buen trecho por ese terreno seco como ninguno, cansado, transpirado y albergando pensamientos hostiles hacia el compañero que había derramado el agua, Thomas empezó a

inquietarse. Hasta ese momento, su preocupación se había limitado a los indios: había vigilado constantemente los alrededores, especulando con distintas posibilidades de ataques sorpresivos; había dormido muy mal, despertándose con cada ruido, cada movimiento propio o ajeno y fijando los ojos en la oscuridad como un alucinado. Ahora, los fantasmas de esos temibles enemigos habían desaparecido para él: la sed ocupaba su lugar.

Una parcela tapada de pasos

Para desenredar el hilo que condujo a que Alun se resolviera a abandonar su país, su familia y su trabajo de agricultor y partir hacia el otro extremo del mundo, podría no ser necesario más que referirse a su juventud, al hartazgo de ciertas cosas, a la atracción por ciertas otras, a cuestiones de gustos, a la necesidad de cambio que, a veces, se impone sin apelación. Pero su decisión tenía una historia. Una historia sin acciones ni personajes, compuesta de impresiones, sueños, asociaciones, planes: todo lo que bulle en el interior de cada ser humano y sólo a veces se traduce en hechos.

Había trabajado al lado de su padre desde niño, con la eficiencia que logra quien quiere congraciarse con su maestro. Antes de los doce años ya sabía bien lo que costaba, como se dice, llevar la comida a la mesa. En ella se reflejaban de manera patente las consecuencias de una mala cosecha, de cada aumento en los impuestos, en los peajes, en los arriendos,

de la variación antojadiza del clima o de los precios. Pero no concebía para sí mismo otra ocupación. Recién cuando fue a la primera de las tres reuniones que se llevaron a cabo en la capilla de su pueblo y escuchó el plan de una colonia en la Patagonia que proponían unos hombres entusiastas cayó en la cuenta de que podía cambiar de vida.

Todos se habían revolucionado un poco con esta novedad y Alun tuvo oportunidad de escuchar muchas conversaciones relacionadas con el tema para determinar sus ventajas y sus desventajas. Cuando, sin haber hablado aún con sus padres, decidió anotarse y los encargados de reclutar gente le preguntaron su oficio, ocultó su condición de agricultor. *Ya habrá tiempo de sacarlo a relucir*, pensó. Recién después, cuando reflexionó acerca de ese impulso suyo, supo que, sencillamente, no quería seguir trabajando la tierra, dependiendo de la tierra, ni en su hogar ni en ninguna otra parte.

Ampliados repentinamente sus horizontes, medía el radio del territorio conocido en sus diecisiete años de vida advirtiendo, con cierta pavura, que se reducía a una pequeña aldea y sus alrededores. Repasaba mentalmente todas las huellas estampadas por sus pies en la parcela trabajada desde niño y comprobaba que la cubrían con una densidad muy superior a la de la mejor plantación, la apisonaban hasta hundirla: las huellas de sus pies de niño, cuando tan sólo jugueteaba cerca de su padre mientras éste iba y venía por el terreno; las más disciplinadas del Alun de 10 años que ya era un colaborador imprescindible; las del adolescente, que sustituían en ciertos momentos del día a las del padre. Una huella sobre otra, la segunda un ápice más grande al cabo de un tiempo, y estas dos tapadas por una tercera, cruzada; una cuarta, ligeramente corrida hacia la derecha y más hundida en la punta;

una quinta, una sexta, una octava… Eran tantas que, si la lluvia y las aradas no las hubieran ido borrando año a año, ese cuadrado de tierra en el paisaje podría representar todo su pasado de trabajador. Cuando le sumaba el tránsito reiterado de sus abuelos, sufría el vértigo que produce la repentina lucidez. Repuesto, se proponía no sólo evitar que sus pasos fueran a seguir ese derrotero de autómatas, sino también, dotarlos de una suerte de memoria geográfica para que sus propias huellas, en el futuro, se encuentren donde se encuentren, no se pisen demasiado unas a otras. Sellaba así su inclinación por una vida en movimiento.

Sus convicciones, es cierto, estaban conformadas por unas pocas impresiones fuertes y adhesiones y rechazos algo exagerados. Quería pasar a la acción; no se resignaba a atemperar sus impulsos hasta comprobar si estaba en lo cierto. Tomaba aquella certeza, este deseo, ese descubrimiento y los alojaba en la mejor habitación de su corazón sobreactuando su empeño para impedir la entrada de la duda. Aunque contaba con todo el tiempo del mundo, no tenía paciencia para nada.

La posibilidad del viaje le había abierto la puerta del mundo. Y también otra: la de sí mismo. Por primera vez se permitía atisbar en el país bárbaro de sus deseos más genuinos, cavar hasta el diamante en bruto. Un ser humano que lo atraía en grado sumo y que parecía ser otro y no él, estaba allí, en el mismo lugar que él, siendo él y no siéndolo. Durante los meses previos a la partida y, particularmente, en los días en el mar, emprendió la observación asombrada y meticulosa de ese sujeto. En lugar de hacer planes y fijarse metas, se dejaba llevar por esa persistente resolución de bucear en su propio interior, como si necesitara saber qué hombre había sido hasta entonces para mejor construir el que quería ser de allí en más.

Se preguntaba qué deseaba, en todos los órdenes. Se sumergía hasta asegurarse de que la respuesta quedara limpia de influencias, del llamado del deber; de remordimiento, de culpa, de malas hierbas. Luego tomaba la revelación que le iba llegando de forma más o menos nítida y global y la descomponía, aislando y describiendo cada parte como procedería un botánico con una planta rara. Sabía que tendría que resignar mucho de lo así reunido, pero apartaba ese problema para después. Por el momento, se dejaba embriagar por la satisfacción que le producía esa pesca en aguas profundas. A diario extraía piezas desconocidas, aspectos de sí mismo que antes no se le habían manifestado. Entre otros, por ejemplo, una fascinación creciente por la gente y los escenarios exóticos; también, un rechazo cerrado hacia cualquier atadura que le entorpeciera la exploración del gran muestrario que le deparaba el mundo. Apreciaba la oportunidad que se le brindaba. Ni a su padre ni a su madre ni a ninguno de sus cuatro abuelos, que él supiera, se le había acercado un hombre proponiéndole un viaje al otro lado del océano. A ninguno de ellos un barco lo había dejado en una tierra tan limpia de pasos como la que ahora pisaba con euforia de descubridor.

Estaba dispuesto a todos los sacrificios, a todos los esfuerzos, a todas las incomodidades, para construir esa otra vida que, de pronto, quería con todas sus fuerzas. Seguir esclavizado diariamente a los avatares de la agricultura con tal de garantizarse cierta previsibilidad, le parecía, ahora, una transacción ruinosa. Eso sí: debía ocultar su condición de labriego. En caso contrario, en breve tiempo se vería con una pala en la mano, la espalda doblada y la mirada pendiente de los brotes.

Las mujeres, las últimas

La conversación con Rhiannon, en lugar de seguir por el interesante tema de los indios, tomó por un sendero, para Alun, escabroso. Ella le preguntó a qué se dedicaba él en Gales.

– Eh… dependiente de un almacén –le contestó, elevando al rango de actividad habitual un trabajito temporario que había conseguido el año anterior para hacerse de algo de dinero. Acto seguido, para no verse obligado a brindar detalles, le dijo:

– El trabajo me llama. Creía que en la Patagonia los barcos se descargaban solos pero parece que no. Ya vuelvo –y huyó.

Rhiannon no lo perdió de vista y unas horas después, viéndolo desocupado, se le acercó y le preguntó:

– ¿Lo atacaron los indios?

Alun, apoyado contra una pila de cajas, se limpiaba las manos con un trapo. La pregunta de Rhiannon hacía alusión a su aspecto –agitado, sucio, transpirado– pero él prefirió darle a entender que la consideraba un reproche por no haber regresado junto a ella.

– ¡No me rete! Me atacaron unos galeses vagos. Es una especie que acá parece que abunda ¡Casi me matan! Mire cómo quedé.

– En estado lamentable, es verdad –mintió Rhiannon, disfrutando del espectáculo. Se sintió tentada de tomarse unos minutos para mirarlo detenidamente, de arriba abajo, *y por qué tener que privarse del placer… qué lindo es…* pero antes de recaer en su típica desconexión de la realidad, reaccionó. Su descontrolado gesto inicial en el barco la obligaba a una constante

vigilancia de sí para dejar en claro que sabía comportarse, darse su lugar. Le vedaba cualquier actitud espontánea, original, genuina. – Todavía queda mucho por hacer, de todos modos ¿No?

– Mucho, sí. Pero será para otro. Yo salgo pasado mañana en el bote. Ya está decidido. Me aceptaron.

– Me alegro por usted. A mí me gustaría irme, también, en vez de quedarme acá esperando. Sea por mar o por tierra.

– Usted es bastante aventurera, señorita. Para ser mujer…

– No. Simplemente lo que quiero es llegar al lugar definitivo de una vez por todas. Pero, por lo visto, las mujeres seremos las últimas.

– Bueno, es lógico. Primero va el héroe y después la dama.

Rhiannon estaba encantada con él, con su sentido del humor y su desparpajo.

– Una dama bastante sucia y despeinada –dijo, acomodándose el pelo, antes de arrepentirse de darse por aludida. Pero Alun no desperdició la posibilidad de deslizar un piropo.

– Pero bella y valiente. Como la gran reina que es.

– ¡Ah! ¡Gracias!

– De nada. Faltaba más.

(– *¿Más?*)

– Rhiannon. ¿Sabe qué significa su nombre?

– No.

– Eso. Gran reina. Diosa eminente. Me lo dijo David Williams. Y ahora le propongo algo: mañana,

uno de los dos tiene que mostrarle al otro algo lindo que haya descubierto aquí. ¿Quién empieza?

– ¡Yo tengo algo! –se adelantó a decirle Rhiannon. Está en…

– No me diga nada. Que sea una sorpresa.

– Bueno, pero ¿en qué momento? Usted tendrá que hacer todos los preparativos.

– Yo la busco.

(– *¡Ahhhhh! Qué bien suena eso*…)

Sin agua

La costa del mar hacia la que se dirigió el grupo huyendo de los indios estaba más lejos de lo que habían calculado. Al atardecer, sin haberla alcanzado, acamparon desordenadamente. Thomas tardó en dormirse y se despertó tres horas después, presa de la agitación de una pesadilla: corría hacia una cascada que le hacía agua la boca y a cuya ribera no podía acercarse ni un milímetro pese a sus esfuerzos. Así estuvo, sumido en una duermevela agotadora hasta que logró la lucidez suficiente como para incorporarse y terminar con esa tortura. Otro joven, que quizá pasaba por lo mismo, se incorporó y juntos, conversando bajito en la oscuridad, fueron recomponiéndose a fuerza de disimular lo mal que se sentían y de haber reencontrado esa sensación de vida real que otorga la presencia de un ser humano después del enrarecimiento de un mal

sueño. Con la boca seca se dijeron sus nombres y el lugar de donde venían:

– William Williams, de Birkenhead.

– Thomas Owen, de Mountain Ash.

Se dieron la mano y se sonrieron con caras de circunstancia. Cuando Thomas se alejó para orinar, su compañero de desgracia lo detuvo y le sugirió que junte el líquido en algún recipiente. Thomas lo miró escandalizado y le preguntó si estaba tan loco que creía que él bebería su propia orina.

– No perdemos nada. No hay que tomarla ahora. Pero quizá más adelante… No te olvides de David Williams: le debe haber pasado lo mismo que a nosotros. Quién sabe cuánto tendremos que andar hasta encontrar agua.

Thomas terminó por aceptar y, después de la operación, le ofreció un trago. El gestor de la idea se echó hacia atrás, forcejearon un poco pese a que no tenían fuerzas y rieron sin mucha energía. Se acostaron nuevamente, dormitaron un rato más y retomaron la caminata unidos por una confortable camaradería. Recién al mediodía del día siguiente alcanzaron la costa del mar que habían visto desde lo alto y en dirección al cual había corrido huyendo de los indios. Miraron el agua con avidez y algunos cometieron el error de beber.

Al atardecer el río seguía ausente. Después de haber alimentado y perdido varias veces la esperanza de que apareciera detrás de la próxima elevación, a la vuelta de cada recodo o al final de cada planicie, cundió la desesperación. Se arrepentían de haberse ofrecido a emprender esa primera avanzada en el desierto, tomando conciencia de que la misión podía conducirlos, sin más, a la muerte. Se achacaron, unos

a los otros, culpas diversas relacionadas con las alternativas de lo andado hasta allí, se insultaron, y dos de ellos se fueron a las manos, trenzándose en una pelea tan falta de energía como los contendientes. Todos, sin excepción, en silencio unos, en voz alta otros, maldijeron esa tierra ya antes insultada por viajeros ilustres.

La sed desalojaba de la mente de Thomas cualquier otra presencia: los indios habían desaparecido, los otros caminantes habían desaparecido, incluso Rhiannon, en quien pensaba a menudo, había desaparecido. El agua, o su falta, estaba ocupándolo todo, como un dolor. Probó tomar algo de humedad de los recuerdos de su país; de las colinas y los techos y todos los rincones del campo empapados de lluvia. Se acordó de sí mismo mojado en la mina, con el frío intenso entrando hasta su médula. Evocó la impaciencia que sentía en aquellas ocasiones por terminar la jornada laboral y volver a un lugar seco. Intentaba compensar así, de manera ilusoria, el desagrado que le provocaban el suelo polvoriento y el viento constante resecándolo todo. Su lengua pastosa parecía duplicar su tamaño en su boca. Recordaba con hiriente placer lo que había vivido con incomodidad.

Un incidente lo sacó de su ensoñación: uno de los caminantes se negaba a incorporarse y otro trataba de convencerlo. Aminoró el paso para intervenir pero, a último momento, optó por no detenerse. Se dio cuenta de que, si lo hacía, no podría retomar la marcha. Tampoco les habló, porque ese esfuerzo extra le resultaba muy difícil de concretar.

Llegó la tercera noche pero no el río. El cielo no ofrecía ninguna esperanza de lluvia.

Una belleza deslumbrante

– ¡Búuu! –Alun se había aproximado a Rhiannon sin que se diera cuenta y le gritó. Ella dio un salto y cuando lo vio riéndose empezó a reírse también.

– ¡Eh! ¡Me asustó!

– ¡No me diga! ¡Jajajajaja! ¿Qué tiene en esos pies? ¿Resortes?

– ¡Ay! ¡Qué malo! ¿De dónde apareció?

– De las tinieblas de la noche. Busco a una joven perdida en sus pensamientos. Busco a la Gran Diosa que deshaga el hechizo y transforme este sapo que soy. Busco el beso salvador que me devuelva a mi condición de dueño de esta comarca y de estos castillos…

Ella le siguió un poco la corriente y después le preguntó si habían terminado todos los preparativos para el viaje con la chalupa.

– Sí. Está todo organizado. Pensamos salir mañana con las primeras luces. Ahora estoy listo para mi sorpresa. ¿Para dónde hay que ir?

– Para allá, para el acantilado. Tenemos que apurarnos porque tiene que haber sol. Sin sol no tiene ni la mitad de gracia.

Caminaron por la playa unos quinientos metros. La marea estaba baja de modo que rodearon el primer acantilado caminando por la arena.

– Allá –señaló Rhiannon. Ya sé, desde lejos no parece gran cosa pero acercándose… Venga.

– ¡Ya sé! Los restos de ese barco.

– No. Eso ya lo vimos todos.

Las paredes rocosas de la costa estaban tapizadas de almejas pequeñas que se abarrotaban una al lado de la otra, negras y brillantes, pegadas a la superficie del risco. Alejándose un poco y tomando con la vista todo el conjunto, éste se veía como un vestido apretadísimo de lentejuelas que le había puesto el mar al corte vertical de la tierra. Se acercaron nuevamente a esas colonias e intentaron quitar uno a uno sus botones para aliviar la presión de su densidad, sin éxito, porque estaban fuertemente adheridas a la pared. Acariciaron esa piel y apreciaron su dureza, su irregularidad, y los millones de filos y puntas les masajearon las palmas de las manos. Rhiannon le señaló a Alun otros habitantes, otros hilos de esa alfombra: colonias de animales, color claro, como puntitas de dedos con surcos longitudinales en la piel similares a las líneas rugosas que rayan las uñas de los ancianos. A cada uno de esos dedos le aparecía de adentro otro más pequeño con su uña cónica, que se alternaban con las almejas el cubrimiento de esa roca blanda que pese a ser enorme, fuerte, poderosa, no tenía el poder de sacudirse toda esa población de encima. Además de las almejas y los dedos, había también algo minúsculo, como un pastito color dorado que se intercalaba en algunas zonas, dándoles un brillo de oro que disputaba su primacía con los reflejos algo plateados y violetas de las almejas y las partículas de agua que todo lo humedecían.

Rhiannon se alejó un poco y lo llamó:

– Alun.

Él, que había apoyado las dos palmas de sus manos y una de sus mejillas contra la roca para observarla al sesgo, se volvió y sonrió. La tarde estaba soleada y todos esos seres de oro, zafiro y alabastro brillaban. Los ojos azules, la cara y los hombros de Alun contra el fondo de ese exótico tapiz azul conformaban una

imagen de una nitidez y una belleza tan deslumbrantes que –Rhiannon lo supo en ese mismo momento– quedaría grabada en su mente.

– Deberíamos volver –dijo minutos después para enmascarar su embeleso.

– Como quiera. Vamos.

Silueta en el acantilado

A la mañana siguiente, todos se reunieron en el sitio desde donde los viajeros zarparían. Rhiannon estaba también allí. Alun, cuando la vio, se le acercó sonriendo, le dio un beso rápido en la mejilla y le dijo:

– Nos vemos en el río.

Con esa frase se vio a sí misma dentro de una recién nacida historia en la que ambos acababan de diferenciarse del montón y se ubicaban dentro de un camino, de un brete, que empezaba en el barco, seguía con los encuentros entre los muebles en la playa y llegaba hasta el beso y esa frase. Decirle *Nos vemos en el río* era darle una herramienta para que ella siguiera despejando esa senda y avanzando por ella.

Subió hasta el acantilado para seguir con la vista la chalupa. Visto desde la playa, el mar era color plomo pero desde arriba se veía verde, se le adivinaban las variantes del fondo y los primeros rayos de sol le pincelaban una bandada de pájaros brillantes que parecían dirigirse hacia la salida de la bahía, a ras del agua.

Le gustaba pararse allí, tomando conciencia cabal de su inclusión en esa enorme tela. Sus ojos se situaban fuera de sus órbitas y se miraba a sí misma desde el agua: una silueta humana al borde del mar, una pollera larga. Se miraba desde abajo, desde la playa, y era una figura oscura y diminuta contra el cielo. Se miraba desde el cielo, sobrevolándose como un pájaro, y era un punto sobre una lengua de tierra que se movía al ritmo de los vuelos, asomada peligrosamente sobre el agua. Se miraba finalmente desde muy cerca, y veía su cara de ojos fruncidos por el sol recorriendo todo el círculo del horizonte.

La piedra bañada por el agua

Alun y otros tres compañeros zarparon. Llevaban víveres, herramientas, todo lo necesario como para que una cincuentena de hombres se mantuviera en el río mientras se realizaban las tareas de exploración del valle por donde éste circulaba, se elegía el sitio y se emplazaba la futura población. Desde la bahía seguirían saliendo grupos por tierra día por medio, ligeros de carga.

La navegación durante el primer trecho fue normal pero, cuando se aproximaron a la boca de la bahía, el viento les complicó la salida. Para no repetir la experiencia del *Mimosa*, que casi encalla al entrar, trataron de mantenerse lejos de la costa pero el oleaje los

arrojó contra las restingas, el bote se averió y comenzó a hacer agua. A duras penas lograron desembarcar, sacarlo a tierra y rescatar parte de la carga que había caído al agua. Viendo que las roturas eran serias y que con los elementos con los que contaban allí les era imposible repararlo decidieron regresar al campamento a buscar lo necesario. Tenían que apurarse porque, si todo resultaba conforme lo previsto, el grupo que había salido el día anterior ya estaría llegando a destino y necesitaría las provisiones.

El camino de regreso era largo: tendrían que cubrir a pie, haciendo un rodeo por el semicírculo de la bahía, lo que en el bote habían recorrido en línea recta. La contrariedad trocó rápidamente en actividad febril para salir del paso con la mayor eficiencia posible. Los cuatro estaban acostumbrados a caminar. Alun era el más joven y, al momento de dejar su país, recorría casi a diario los diez kilómetros de ida y vuelta entre su casa y la parcela arrendada por su padre. El pueblo más cercano y la playa en la que juntaban guano para abono también estaban a considerable distancia, y en distintas direcciones. Lo que tenía por delante no era nada nuevo para él.

Para acortar el trayecto subieron a la cúspide de los acantilados. Apareció ante sus ojos un páramo interminable. Alun se debatía entre la admiración ante un paisaje grandioso y la preocupación, porque no veía un solo metro cuadrado que pareciera apto para el cultivo y empezaba a sospechar que habían desembarcado en el lugar equivocado. Más adelante bajaron, para evitar un hondo cañadón y, mientras los otros hacían un alto, él se dirigió hacia el agua, contando sus pasos para medir la playa y asombrándose de la amplitud de las mareas. Regresó pisando meticulosamente sus propias huellas, empeñado en dejar

la mínima mancha del hombre en la planicie lisa y virgen.

Siguieron caminando, durmieron bajo una intensa helada y, a las pocas horas, optaron por retomar la marcha como mejor manera de combatir el frío. Cuando llegaron a los refugios, tres días después de haber zarpado de allí, fueron recibidos con gran consternación. Como ellos ya sabían, el grupo que había salido por tierra no llevaba más víveres que los necesarios para el viaje y, a esa altura, no tendrían qué comer. Además, tal como se había planeado, habían partido once hombres más en las mismas condiciones.

Tenían que recuperarse lo más pronto posible, volver hasta el bote, arreglarlo y zarpar. Lo más lógico era que los relevaran otros cuatro que pudieran salir enseguida pero ellos pidieron ser designados nuevamente porque se habían propuesto terminar la misión encomendada. Uno de ellos, Nagle, era insustituible por ser el único que tenía experiencia de marino pero Alun y los otros dos sólo podían ofrecer su recién adquirido conocimiento del terreno.

Se celebró una reunión y se decidió que fueran ellos de nuevo, especialmente porque, luego de sus descripciones del mar, de la costa y del accidente, no hubo muchos voluntarios para salir al mar abierto en un bote remendado. Tenían dos días para comer bien, descansar, curarse las ampollas de los pies y partir nuevamente. Gozando de una repentina popularidad, fueron rodeados por los colonos, asediados con preguntas de toda índole sobre el territorio que acababan de recorrer. Les ofrecieron un mejor calzado, aquí; una prenda abrigada, allá; posesiones útiles para el camino.

Cuando lo vio solo, Rhiannon se acercó a Alun y le tocó el hombro.

– ¿Cómo se encuentra?

Una pura formalidad. En realidad, como la sola presencia de Alun le activaba a Rhiannon, entre otras cosas, su vena humorística, estuvo a un tris de iniciar la conversación bromeando sobre el regreso sin gloria del coprotagonista de su historia, pero se reprimió a tiempo: era prematuro llamar *historia* a unos pocos diálogos e inadecuado bromear en esa situación.

Alun, agradablemente sorprendido, le respondió con un efusivo ¡Bien!, y, felicitándose por el inesperado beneficio que le acarreaba su accidente, bromeó:

– Como ve, el héroe volvió vencido a la bahía.

Y aunque lo último que quería hacer era caminar un paso más, le propuso:

– ¿Me acompaña hasta el acantilado? Le muestro por dónde anduvimos.

Rhiannon ocultó como pudo una expresión de júbilo y antes de hablar, ya había dicho que sí con el cuerpo: aunque Alun no llegó a tomarla de la mano, el gesto de su brazo invitándola a que se aproxime, junto con el de ella poniéndosele a la par, conformaron ese paso que está en todos las danzas pensadas para bailar en pareja.

Caminaron por la playa circundando los acantilados, luego subieron. Desde ese punto panorámico intentaron adivinar, ayudándose con indicaciones de los brazos extendidos, dónde terminaban las lenguas de tierra blanca del grosor de un hilo que casi cerraban la gran bahía y dónde se encontraría el bote. El *Mimosa*, quieto en un mediodía no muy ventoso, parecía el dueño de ese enorme refugio.

– Eligieron bien, los guías. Esta parte de la bahía es tranquila, en comparación con el resto –dijo Alun,

alardeando de su flamante experiencia de navegante. Le contó sobre el accidente, le describió la costa que habían recorrido, los lobos marinos que habían visto. Le gustaba conversar con Rhiannon: ella acotaba con propiedad, contribuía al avance de la charla, hacía suposiciones acertadas, prestaba y obtenía atención y todo fluía con facilidad.

Bajaron un trecho y se sentaron en un balcón cercano a la playa. Abajo, diseminados en la arena, pedazos de rocas blandas desprendidas en tiempos pretéritos eran visitados por el agua.

– Mire esa piedra.

Alun siempre había sido muy observador y esa facultad, en el nuevo mundo, se le había exacerbado. El haz de luz de su mirada barría el entorno con suma efectividad, tanto para el detalle como para el idioma del conjunto.

– Mire el agua alrededor de la piedra, cómo llega… la rodea… y se va. Llega…

– La rodea… y retrocede, sí.

Repentinamente inspirado al comprobar que Rhiannon lo secundaba, Alun se acostó boca abajo y, asomado, siguió hablando. Rhiannon habría querido imitarlo pero, fiel a su propósito de parecer correcta y educadísima, se mantuvo sentada con los pies colgando.

– La que hace todo el trabajo es el agua. Fíjese que logra cubrir a la roca sólo algunas veces –y apenas– y se escurre. ¡Ahí! La roca queda toda envuelta con arroyitos blancos cuando se retira el agua. Se arrojan todos a la vez, desde la cúspide, en distintas direcciones.

– Parece un trompo cubierto de puntillas blancas.

Alun advirtió que hacer una descripción en voz alta en lugar de observar en silencio era una experiencia rara: las palabras adquirían un carácter suntuario, engañosamente redundante. Lo fascinó conectar la vista, lo visto y las palabras; hacer coincidir el presente continuo de un paisaje con la ocurrencia en el tiempo de su descripción. Hablándole a Rhiannon comprobó que ese presente no era tal: al pretender describirle la acción de la ola sobre la roca, advertía que sobre su tarea pendía una cierta urgencia, porque el paisaje, aunque diera la impresión de una eternidad inamovible, no era ni una sola vez igual a sí mismo.

En cuanto a Rhiannon, comprobaba que el hecho de mirar algo escuchando su descripción, era como mirar dos veces, mirar a través de los propios ojos primero y de los ojos del otro después, una forma excitante de someterse a dos realidades, y se dejaba invitar alternativamente por la una y la otra. El mundo ante sus ojos y el mundo presentado por Alun no eran ni parecidos, de manera que había que superponerlos: aprehendía la combinación de datos que manaba hacia sus cinco sentidos y notaba el trabajo febril de su cerebro moviéndose entre una edificación y la otra, o encimándolas en una construcción efímera e inolvidable.

– También parece un castillo, la roca, hundido en la arena y rodeado por un foso –dijo–. El agua llega, llena el foso, sube en espiral por la piedra, sube, sube, sube… y baja enseguida en redondo.

– ¡A qué velocidad! ¿No? La piedra no le permite al agua que la pase sencillamente por arriba, por lo menos en este momento de la marea.

– La obliga a hacer todo ese rodeo esforzado. Es como un trompo transparente que gira unos segundos y se deshace.

Cuando tácitamente dieron por finalizada esa suerte de juego de ingenio, se quedaron en silencio, un largo rato, abstraídos. De pronto, Rhiannon dijo:

– Thomas salió para el río, en el primer grupo.

Alun sintió fastidio al escuchar ese nombre y no pudo evitar ser irónico:

– ¿Thomas, su salvador?

– Estoy preocupada.

– Bueno –Alun rectificó el rumbo– no se inquiete. Nosotros salimos pasado mañana.

– ¿Y si de nuevo no pueden llegar?

– En ese caso tendrá que empezar a preocuparse por mí.

Thomas

Thomas… ¿Quién es ese Thomas? pensó Alun irritado. Su pregunta no se limitaba a su identidad: se refería a lo que *ese Thomas* significaba para ella.

Como suele ocurrir cuando alguien está demasiado cerca, Rhiannon jamás se había planteado cuán importante era Thomas para ella, cuánta necesidad tenía de él, de qué tipo era su cariño hacia él. Si en un momento dado se le exigiera una respuesta rápida, lo equipararía a un hermano mayor: por la libertad de expresión y la comodidad que experimentaba en su compañía; por cuánto se conocían; porque cada uno volvía al otro luego de una rabieta, un insulto, un

desplante; porque se demostraban todos sus estados de ánimo.

La noción de amigo, en cambio, no se le adaptaba. Amigos –inseparables– eran Thomas y Lyn. Ella, ante la falta de padre y madre y porque, de hecho, ambos le llevaban varios años, los consideraba sus mayores. Lyn había estado allí desde que tenía uso de razón y Thomas, desde que se trasladaron a Mountain Ash, hacía siete años, cuando ella tenía apenas diez. Habían sido inquilinos fijos de una habitación de la casa de su familia desde entonces.

Luego de dos o tres años de vivir allí, Rhiannon fue notando, a lo largo de un período que duró varios meses, que los cuerpos de Thomas y de Lyn se iban distanciando del de ella: ya no le hacían arrumacos, no la ayudaban a vestirse, no le permitían que los viera en paños menores, no la tomaban de la mano cuando caminaban por la calle. En principio lo interpretó como un complot dirigido a desentenderse de ella pero terminó por aceptar la situación gracias a la madre de Thomas quien se tomó una tarde explicándole, con eufemismos y palabras elegidas cuidadosamente, algo que ella no entendió en su verdadera dimensión: que se estaba transformando en mujer y que determinadas conductas ya no correspondían a su condición.

A partir de ello, perdió un poco la espontaneidad con Thomas. No así con Lyn, quizá porque él no la perdió con ella. Thomas, en cambio, fluctuaba entre las viejas demostraciones de cariño e inesperados y repentinos distanciamientos.

De todas maneras Rhiannon obtenía continuas pruebas de la incondicionalidad del amor de ambos. La más reciente: el hecho de que se unieran al proyecto de formar una colonia fuera de su país. Porque había sido ella la que los convenció. Rhiannon era la

única que no estaba embrutecida por el trabajo y, quizá por eso mismo, la única que se pudo permitir soñar con una vida mejor. Una vez convencido Lyn, Thomas –aunque su situación económica no era tan estrecha como la de los hermanos– no tardó en unírseles.

Era la primera vez que Rhiannon se separaba de Thomas desde que lo conocía. Y la primera vez que tenía razones para preocuparse por él.

Caminantes

¿Existirá el río? La pregunta rebotaba en el cerebro afiebrado de Thomas. Mientras seguía caminando reconstruía mentalmente los informes escuchados en Gales, los comentarios del capitán del barco, los mapas que le habían mostrado y, aunque la alteración de sus facultades le impedía pensar con serenidad, terminó por contestarse que no podía no existir. No podía ser un engaño mayúsculo o el resultado de equivocaciones sucesivas de viajeros y geógrafos.

Se detuvieron y retomaron la marcha en la oscuridad, muy de madrugada, con serias dificultades porque estaban severamente deshidratados y, los que habían bebido del mar, se negaban a ponerse de pie, doloridos y descompuestos. Hacía casi setenta y dos horas que no tomaban agua y, a la hora de haber salido, el grupo estaba desperdigado a lo largo de tres kilómetros. Thomas, completamente desfalleciente, supo que si no hallaban agua pronto, no podría seguir caminando. Para darse fuerzas trataba de emular al

guía, quien parecía estar más preparado que los demás para sobrellevar la penosa situación. Quizá –reflexionaba Thomas– su sentido de la responsabilidad con respecto al resto le diera una fuerza adicional. Trataba de recordar los discursos que este hombre había pronunciado en Gales, emotivos y convincentes, para moverse al compás de aquellas palabras que tanto lo habían impresionado.

Lewis Jones se refería Roberts como un huracán que los dejaba sin aliento, tanto a él mismo –representante de Liverpool– como a los demás integrantes de la Asociación Colonizadora:

En aquel tiempo (1861), desembarcó Edwin Roberts en Liverpool para ir solo a la Patagonia cansado de esperar de los conferencistas y los diarios. Nuestra Comisión Colonizadora lo buscó y convinieron que diera una conferencia sobre la colonia galesa en el Hope Hall de Liverpool. Luego de su despliegue de oratoria parece que fue a reunirse con su parentela en el condado de Flint pero se cansó allí también y fue hasta lo de su amigo Robert James de Wigam donde se unió con otros voluntarios para aprender el manejo de las armas, previendo el caso de que fuera necesario en la colonia. Mientras se encontraba allí, se lo envió a Ceredigion a dar conferencias sobre la colonia y a despertar al pueblo. De allí siguió al condado de Morganwg, donde su carácter sencillo y sin afectación y su fogosidad galesa ganaba de a cientos los corazones de los mineros. Después de convertir a Morganwg en tal foco de entusiasmo, regresó a Ceredigion a través de las comarcas de Myrddin y Penvro, conmoviendo a toda la población a su paso. La comisión de Liverpool no estaba preparada para semejante huracán y, aunque era el único lugar donde se hiciera algo, la cruzada de Edwin Roberts les quitaba el aliento. Había logrado interesar al Alcalde de Aberystwyth y entre todos organizaron una conferencia allí. Se estableció que la mañana se dedicara a los proyectos y estudios de detalles y la tarde, a la oratoria. Había allí una gran multitud de habitantes de todo el condado de Ceredigion. Tal era el entusiasmo que la

principal misión del representante de Liverpool fue aplacarlo, esgrimiendo las dificultades y la inmadurez de los planes… La reunión se extendió fervorosa y entusiasta hasta las once de la noche y al cabo de muchos años algunos de los presentes decían que Aberystwyth no vio otra igual.

Ahora, cuatro años después de aquella campaña proselitista ya estaba en la Patagonia, intentando concretar el sueño tan soñado. No podía aflojar. Los mapas le indicaban que, siguiendo la costa del mar hacia el sur tenían que encontrar el río, más tarde o más temprano. *Si tuviéramos agua… Se trataría de caminar, nada más.* Pero ahora no podían darse ese lujo. El rival era el tiempo: se les iba a una velocidad que los obligaba a hacer el sobrehumano esfuerzo de apretar el paso.

Hacía menos de un mes Edwin Roberts se había salvado milagrosamente de morir de una manera horrible y no iba a entregarse ahora. En honor a Jerry, su salvador en aquella oportunidad, tomó una decisión: optó por avanzar él solo en el caballo carguero. Bajó los bultos y partió, dejando atrás al resto.

Jerry era uno de los peones que él y Lewis Jones habían contratado para la construcción del campamento en Bahía Nueva. Cuando estaban trabajando en la excavación del que sería el Pozo de Agua Salada, encontrándose Jones en Patagones, Edwin Roberts tuvo una fuerte discusión con ellos. Poco más tarde, mientras cavaba solo en el fondo del pozo, los demás decidieron el abandono tanto de sus tareas como de su empleador. Retiraron la soga con el balde en el que sacaban la tierra de descarte, tomaron los caballos necesarios y no pocas cosas más y simplemente se fueron. Pero uno de ellos se apiadó y regresó horas más tarde: Jerry. Mitad irlandés, mitad hindú, migrante hijo de migrantes, se diría que los caminos lo habían colocado en ese punto tan apartado de los lugares de origen

de su madre y su padre y de cualquier otro lugar de la República Argentina, sólo para salvar a Roberts. Salvarlo a él, migrante a su vez, con miles de kilómetros recorridos en su haber, que luego de desistir de un primer intento de establecimiento en Oshkosh, Estados Unidos, se había jugado por la Patagonia. A él, que después de viajar desde América del Norte hasta Liverpool convocado por los organizadores del éxodo y hacer la campaña pueblo por pueblo, se había trasladado hasta la Patagonia para casi morir en un agujero en la tierra cavado por sus propias manos. Teniendo en cuenta esa conjunción de sangres y de kilómetros, no podía, en este nuevo trance que se le presentaba, abandonarse así como así.

En cuanto a Jerry, dada su nacionalidad, nada impide suponer que había dejado su patria como consecuencia de la Hambruna Irlandesa de la Papa, que azotó al país vecino de Gales entre 1845 y 1849 dejando una cifra estimada en dos millones de muertos hasta este último año y dos millones más en los años posteriores, y desnudó el régimen de explotación al que los señores de la tierra de la potencia ocupante –Inglaterra– sometían a sus arrendatarios no sólo de Irlanda sino también de Gales y de Escocia. ¿Qué tiene que ver la papa? El tubérculo traído de América en el siglo XVI era la base de la alimentación de los campesinos y en 1945 fue atacado por un hongo desconocido que aniquiló tres cosechas consecutivas a lo largo y ancho de Irlanda mientras los campos de cereal del propietario crecían saludables. Estos propietarios siguieron exigiendo el pago del arriendo en todos los años de la hambruna sin que el detalle de la falta de comida los conmoviera, con el rigor acostumbrado y aplicando la misma política de desahucios o "despejes" que regía antes de la catástrofe. Miles de personas hambrientas y endeudadas se volcaron a las ciudades buscando

recursos y miles emigraron a Estados Unidos, Canadá, Australia, Argentina y Uruguay. Si a la cifra de muertos se le suma la de emigrados, la plaga del tizón tardío en combinación con la conducta de los lores y la inacción del gobierno redujeron en un cuarto la población del país. Lo cual vino a favorecer los planes de Inglaterra de "regenerar Irlanda", esto es, reemplazar las parcelas de labranza por tierras de pastoreo y combatir a una nación que no se les sometía.

En cuanto a Edwin Roberts, una vez más tuvo suerte: encontró, no muy lejos de allí, una barrosa laguna que les salvó a todos la vida. Cargó lo que pudo y se dedicó a llevarles agua a cada uno de los rezagados y a conminarlos a seguir. Cuando se cercioró de que no faltaba ninguno, cargó el caballo con la ayuda de un Thomas revitalizado y se dirigieron hacia la fuente de agua.

Al otro día, luego de comer, beber y descansar a la vera del gran charco, y ya menos desesperados, retomaron la marcha. Y por fin, una de las tantas lomas, ella sí, los premió con la vista tan esperada: el río. Fueron agolpándose y cada uno que llegaba, antes de empezar a hablar, se quedaba su tiempito absorto, admirando el espectáculo, saboreando de antemano el agua dulce y abundante y tragándose una que otra salada lágrima.

El valle era llano y muy ancho y tan árido como todo lo que habían visto hasta ese día, excepto por los sauces que bordeaban el río y poblaban los islotes que se formaban a su paso sinuoso, serpenteante. Eran los primeros árboles que veían en el lugar.

Aún estaban lejos, separados del río por un camino cortado por cañadones que debían subir y bajar, subir y bajar, como cumpliendo un castigo divino. Pero habían recuperado el ritmo y el premio del agua dulce los atraía como un cebo.

Se reunieron todos en la costa del río y la alegría y el optimismo tomaron su lugar luego de tantas horas de miedo y sufrimiento.

– Compañeros, si ustedes me permiten, querría decir unas palabras.

Era William, que se había puesto de pie y parecía decidido a no dejar pasar la oportunidad de pronunciar un discurso. Aunque hacía frío, muchos se habían sacado los zapatos y tenían sus pies en el agua. Se sintieron en la obligación de calzarse y recomponer su aspecto para escucharlo. Los que se habían alejado, se aproximaron. Recién cuando logró la atención de sus dieciocho compatriotas, William hurgó entre sus cosas y sacó una botella de líquido ambarino.

– El señor Thomas Owen, aquí presente, ha pensado en nosotros y reservado esta botella para que brindemos por el río Chupat. Thomas, por favor, acérquese y beba usted primero.

Poniendo los sueños sobre el terreno

Edwin Roberts y los que se encontraban en mejor estado físico –Thomas y William entre ellos– se dirigieron río abajo en busca del bote con las provisiones. Habiendo desaparecido el acuciante problema de la sed ahora se daban cuenta de que estaban famélicos ya que lo poco que cada uno había llevado les alcanzaba escasamente para uno o dos días más. Si hubieran sabido

que precisamente en esos momentos la chalupa estaba dañada a mucha distancia de allí y sus tripulantes caminaban de regreso al lugar del desembarco, gastarían sus energías procurándose comida ellos mismos.

Unos ocho kilómetros antes de la desembocadura del río encontraron los restos de un grupo de casuchas de adobe diseminadas en el interior de un predio que parecía una fortificación abandonada hacía buen tiempo. Todos se asombraron de que hubiera habido allí un asentamiento más o menos permanente ya que la Patagonia, al sur de Patagones, a lo largo de unos mil quinientos kilómetros de sur a norte por la costa, era y había sido, según creían, una tierra completamente despoblada de hombres blancos. No tenían ni la menor idea de la historia de esas ruinas pero el hecho de que las pocas construcciones estuvieran rodeadas por un foso y de que en el río se vieran aún los restos de una pequeña embarcación hundida, los llenó de inquietud: no necesitaban mucha imaginación para deducir que sus habitantes habían perecido víctimas de un ataque indígena. Instintivamente miraron hacia los alrededores.

Regresaron con los demás y los informaron del hallazgo. Algunos, sin necesidad de verlo, se opusieron firmemente por considerar que era de mal agüero erigir una población sobre ruinas; otros argumentaron que si los indígenas ya conocían ese viejo asentamiento, seguramente lo visitarían periódicamente y no tardarían en atacarlos; otros, que era inútil hablar antes de examinar el terreno, cosa que harían todos al día siguiente. Thomas y William permanecieron en la reunión hasta que el debate dejó de discurrir por canales razonables. Cuando se transformó en tribuna para los más charlatanes, decidieron hacer el intento de pescar.

Al día siguiente, antes del mediodía, todo el grupo se encontraba frente a la población abandonada.

El lugar parecía bueno, las casuchas ya levantadas les ahorrarían trabajo, el foso podría reconstruirse con poco esfuerzo y ser llenado con agua fácilmente, dada su poca distancia del río y, de hecho, los indios podían atacarlos allí o en cualquier otro lugar. Antes de una hora, la mayoría había decidido quedarse allí.

Cuando tuvo oportunidad de estar a solas, Thomas, sentado al lado del agua, se dispuso a imaginar un pueblo con su centro en ese viejo fuerte. Tapizó con verdes plantaciones los pardos alrededores, agregó laboriosos habitantes en plena actividad. Siguió con la mirada el curso del agua, río arriba; calculó distancias, inclinaciones del terreno, accesos, sombra, reparo. Encontró un área donde hacer aterrizar sus corrales, sus sembrados y la que sería su casa. Los hizo posarse y finalmente incluyó a una Rhiannon que le sonreía de pie junto a la puerta de entrada. A cierta distancia, imaginó una casa para Lyn, una esposa, niños, lamentando que su querido amigo no esté allí con él, en ese momento que ya consideraba histórico en sus vidas. Sin demasiado esfuerzo, logró que todo ello permaneciera en pie durante un largo minuto y se dijo:

– Ahá. Aquí es.

La cara de Rhiannon

En el trayecto de vuelta hacia el bote, Alun llevaba, dentro de su cabeza, la cara de Rhiannon: algo más chica, algo más difusa, algo más bella que la verdadera, allí se había instalado, adentro de su cráneo,

detrás de sus ojos, a pocos centímetros de su dermis, invadiendo su masa encefálica.

¿Cómo había ocurrido? Las primeras veces –en el barco, en la playa, en el corto viaje en el bote– la había hecho pasar él, por la evocación. Pero ahora ingresaba sola. ¿Habría sido Rhiannon quien le ordenara a esa réplica de su cara que transmigre y llegue hasta él? Le gustaba esta explicación pero la desechó: ella había dejado bien claro en quién estaría pensando en ese momento. ¿O ese subrepticio ingreso no había sido ordenado por ella sino por una combinación de facciones y movimientos del cuerpo y gestos que la habían hecho volar hasta él? ¿Serían responsables los astros, la química, las palabras que habían salido de su boca y de la boca de ella?

Pasada la sorpresa –y el placer– ante la intromisión de esa doble, y sonriendo levemente mientras se sumergía en esas reflexiones, Alun caminaba lleno de alegría y buen humor. El rostro ocupó sus pensamientos durante toda la travesía.

– El que se ríe solo… – recitó uno de sus acompañantes, codeando a otro y señalando a Alun.

– ¡Toc, toc, toc! ¿Qué pensamientos hay ahí? ¿Se puede pasar? –le dijo el segundo golpeando la cabeza de Alun como si fuera una puerta.

– Deje las nubes, amigo, que se las arreglan solas. Mire el piso también. No vaya a tropezar –intervino el tercero.

Exageraron unas carcajadas ruidosas y no dejaron de hacerlo blanco de sus bromas hasta que llegaron al lugar donde habían dejado la embarcación. Una vez allí, se abocaron, bajo las indicaciones de Nagle, a la tarea de arreglarla, con el cuidado y la atención que ameritaba el hecho de tener que salir al mar en ella.

Cuando comprobaron que estaba en condiciones de flotar, lo cargaron y se alejaron de la costa. Estaban atrasados más de una semana.

Entre las razones que había ofrecido Alun para que lo incluyeran en el grupo que iría hasta el río por mar, estaba el simple hecho de que, a diferencia de muchos, sabía nadar. Pero, habiendo dejado las aguas tranquilas de la bahía, advertía que una cosa era dar algunas brazadas como divertimento de verano, y otra, muy distinta, tener que alcanzar la playa, en caso de naufragar, nadando en la agitación de ese oleaje temible y helado. Desde el *Mimosa* no había ponderado adecuadamente el tamaño ni la fuerza de las olas. El bote con ellos cuatro parecía, como suele decirse, una cáscara de nuez.

Trataban tanto de no acercarse demasiado a tierra, para no repetir el percance que tanto trabajo y tiempo les había costado remediar, como de no alejarse, para no perderla de vista. Antes de salir les habían informado que el río Chupat recorría un último tramo paralelamente a la costa, razón por la cual se dificultaba el avistaje de su desembocadura. Viajeros anteriores le habían puesto nombre al lugar: Bahía Engaño, justamente por ello. Cuando lo descubrieron estallaron en gritos de júbilo y silbidos.

Pero, aunque todo parecía indicar que sí, no habían llegado aún. Nagle, que tenía suficientes noticias sobre las dificultades con que tropezaría para entrar al río, no les había dicho nada a sus compañeros para no asustarlos pero ahora sí decidió advertirles. Antes de que tuvieran tiempo de hacer preguntas estaban galopando sobre un infierno de olas que iban y venían y ante su vista una línea de espuma delataba la existencia de un peligroso banco de arena que se erigía frente a la boca casi cerrándola. Después de varias horas de

intentarlo por un lado y por el otro, Nagle logró sobrepasarlo mientras los demás achicaban el agua que entraba a raudales dentro de la embarcación. Cuando pasaron el arrecife y entraron al río, pese a que corría un fuerte viento y las olas no eran para despreciar, les pareció que flotaban en un estanque. Se miraron y, excepto uno de ellos que se tapó la cara con las manos para ocultar sus lágrimas, los demás estallaron en carcajadas, bromearon a los gritos, felices, excitadísimos, extenuados, asombrados, incrédulos.

Cuando toda esa marea de emociones amainó, terminaron de desalojar el agua y Nagle buscó un buen lugar para atracar. Bajaron a la playa y lo primero que hicieron fue beber. Alun, luego de liquidar un jarro lleno, exclamó:

– ¡Dulce! ¡Verdaderamente dulce! ¡Una miel!

Nagle se acuclilló a su lado, le pidió que le convide, saboreó el agua como si fuera un buen vino y, habiéndose asegurado que concitaba la atención de todos, dictaminó, serio:

– Aunque no tanto como los pensamientos del joven.

Como no había ni rastros de sus compatriotas, decidieron volver a embarcarse y remontar el curso de agua porque, tal como le habían informado a Nagle, el río hacía posible su navegación con embarcaciones de regular calado. Poco después avistaron el campamento. Llegaban casi dos semanas más tarde de lo previsto.

En el interior del fuerte y sobre la base de las derruidas construcciones, los que estaban allí habían completado unas precarias chozas de juncos que acababan de incendiárseles, de modo que el lugar ofrecía un aspecto deplorable. Por otra parte, estaban todos

muertos de hambre. Al primer grupo se les habían sumado otros tres sin mucha más comida que la transportada en sus estómagos. Para cazar contaban con algunas armas de fuego y casi ningún buen tirador y tampoco querían desperdiciar municiones que resultarían valiosas en caso de sufrir un ataque. Thomas y Lyn, sin ir más lejos, no habían disparado un solo tiro en sus veintisiete años de vida. Las suyas y las de los demás eran las típicas vidas de proletario: vivían en la ciudad, cumplían largas jornadas laborales y las pocas horas que les quedaban las repartían entre el hogar, la taberna y –algo menos– la capilla.

Los que habían logrado pescar algo o derribar algunos pájaros o cualquier cuadrúpedo de reducida talla estaban siendo tratados como héroes. El pastor de una de las congregaciones allí presentes, cuando, ante la vista de un zorro hervido, tuvo la peregrina idea de recordarles a sus acólitos cuáles eran los animales puros y cuáles los impuros según la ley mosaica, vio tales caras que se apresuró a autorizar la ingesta de todo lo que pudiese masticarse.

Los contingentes que habían salido hacia el río conforme lo planeado –uno detrás del otro, día por medio o cada dos o tres días– habían extraviado todas las ovejas que llevaban de arreo y ellos mismos habían perdido el rumbo varias veces. Grupos que iban al río se habían cruzado, a corta distancia y sin verse, con otros que habían decidido volver a la bahía antes de morir de hambre. Ante esta situación caótica, Alun y sus compañeros pasaron a engrosar el podio de los héroes. Sin necesidad de hablar coincidieron en esto: después explicarían cuán disminuida estaba su carga y por qué, y calcularían para cuánto tiempo les alcanzaría. Por ahora permitirían que creyeran que sus penurias habían acabado. Estaban reunidos en el

lugar que sería su hogar, con suficiente agua y comida como para espantar los fantasmas de la sed y el hambre, al menos por unos días. La mayor parte de los hombres jóvenes o maduros estaban allí; las mujeres, los niños y los ancianos, las posesiones de cada uno, más animales, las herramientas, el grueso de las provisiones serían trasladados hasta el río dentro de una o dos semanas en una embarcación que se fletaría desde Patagones. Lo peor parecía haber pasado.

Rhiannon, entretanto, exploraba la Bahía Nueva a la manera reservada en ese entonces a las mujeres: modesta, doméstica, de tramos cortos.

En las rocas blandas diseminadas aquí y allá por la playa, el mar había horadado huecos como vasijas de distintos tamaños que, cuando la marea se retiraba, quedaban llenos de un agua tan transparente que, si no fuera por los restos de viento que lograban entrar hasta su superficie y moverla tenuemente, parecerían vacíos. Su interior era un cosmos dentro del cosmos: piedras, algún caracolito, una diminuta playa de arena. Algas de verde intenso extendían sus ramas indolentes, moviéndose lentas en el aire del agua. La limpidez de esos pequeños mundos era tan absoluta que remitía a la del principio del mundo.

Rhiannon tenía un espejo, pero mirarse en estas superficies, mezclar sus facciones con las del relieve de sus fondos, le resultaba un ejercicio de reverente humildad ante el milagro de la naturaleza.

Compás de espera

Lyn, Thomas y William se levantaron subrepticiamente. Antes de que el sol saliera ya estaban sus figuras flacas encaminándose hacia un promontorio desde el cual se veía el mar. Era imposible aún divisar algo, ni siquiera sus propios pies, pero el madrugón se justificaba ante la posibilidad de que el barco estuviese allí y poder ser ellos tres los primeros en dar la noticia. Se sentaron a esperar la salida del sol. Aguzaron su vista en una puja tácita por ser, cada uno, el primero en anoticiarles a los otros el avistaje pero, cuando la claridad les permitió comprobar que el barco no estaba, Lyn –que hablaba menos de lo imprescindible– hizo un gesto con la cabeza y Thomas le respondió:

– Bueno, volvamos. Está visto que no seremos los destacados de esta jornada.

La mañana los encontró corriendo una liebre y riéndose de su propia impericia. Todos se habían puesto de acuerdo en cazar y acopiar una modesta cantidad de animales autóctonos para agasajar a los que llegaran en el barco, y ellos tres no lograban aportar ni uno solo.

– Ni puro ni impuro –acotó Lyn.

Esa tarde llegaron diez hombres más. En cuanto supieron que el barco aún no estaba allí, se alarmaron porque, según dijeron, ya estaba cargado y por salir cuando ellos partieron caminando.

Desde que arribaran a Liverpool desde sus respectivos condados, prácticamente nada había tenido lugar en tiempo y forma. La dilación, la reformulación de los planes y la frustración de las expectativas se habían transformado en una incómoda y constante

compañía. Pretender la puntualidad era un lujo que no iban a darse, eso era un hecho, y nadie se inquietó demasiado, pero dos días después, se habían quedado sin explicaciones que justificaran la tardanza. El contingente de colonos estaba compuesto mayormente por familias, de modo que casi todos los hombres y las contadas mujeres que habían llegado al río por tierra tenían una madre, un padre, hermanos menores, hijas, hijos en el barco. Para mayor desasosiego, se había desatado una tormenta.

Se reunieron para deliberar, para rezar y, también, para llenar las horas con alguna actividad distinta de la espera. Se aferraban a las más ilógicas posibilidades proponiéndolas al debate en los momentos de reunión o instalándolas en sus corazones en los momentos de soledad, pero conforme pasaban los días se iban quedando sin argumentos. Era muy improbable que, habiendo cargado la embarcación y encontrándose todos los pasajeros aprestándose para partir, se haya dejado sin efecto la decisión de zarpar. ¿Qué tendría que haber ocurrido para que una nave contratada expresamente para ese fin se quedara en la bahía? Las señales de tormenta habían sobrevenido después de la fecha prevista para la salida. Además, seguramente se les habría agravado el problema de la provisión de agua.

Alun pensaba con intranquilidad en Rhiannon. No tenía manera de saber a ciencia cierta si había zarpado u optaría por hacer el recorrido a pie como ya lo habían hecho algunas mujeres. Pero, recordando su impaciencia por llegar al lugar definitivo de una vez por todas y teniendo en cuenta que su hermano y el amigo ya estaban en el río, Alun llegó a la conclusión de que no desaprovecharía un viaje por mar, rápido y seguro. En consecuencia, era un hecho para él que

Rhiannon se habría embarcado. Descartó la idea de acercarse a su hermano para averiguarlo porque no se le ocurría ninguna excusa aceptable para justificar su interés. Se limitó a mantenerse atento a los comentarios e incluso inició dos o tres conversaciones para averiguarlo, sin éxito. Le preguntó a Nagle qué opinaba de la posibilidad de que el barco haya pasado de largo por la desembocadura. Éste le aseguró que era muy poco factible porque el capitán era un marino avezado y sus coordenadas eran las correctas. Si la Bahía Engaño lo hubiera confundido, no habría tardado en advertir su error y regresar. Salvo que, preso de la tormenta se haya alejado mucho.

Práctico e inquieto como era y pese a que, de a ratos, llovía a cántaros, Alun decidió ocupar el tiempo en explorar el lugar en varias direcciones, buscar huevos de ñandú, descubrir algún vado que les permitiera llegar a la otra orilla, observar el recorrido del río desde diversos puntos, clasificar rudimentariamente las matas más comunes para empezar a conocerlas. Le costaba permanecer inactivo: generalmente descansaba en cuclillas o directamente de pie, con las piernas separadas, abrazándose a sí mismo como si vistiera una camisa de fuerza y balanceándose hacia delante y hacia atrás. Cualquier espera lo exasperaba. Cuando se descubría en situación de expectación con respecto a algo, no tardaba en poner manos a la obra para hacerlo realidad. En caso de que las probabilidades de éxito fuesen escasas, desalojaba de sí en plazo corto ese factor de intranquilidad, ayudado por su índole despojada e independiente. De todas maneras, el barco se iba agrandando en su mente y reduciendo la importancia de todo lo demás.

Thomas, aunque tan sólo fuese por no llamar la atención con un gesto inusual, esperaba como todo

el mundo: la mirada caída, yendo y viniendo como un padre primerizo y sin poder distraerse con nada. Había dado forma a esa espera: una mujer gordísima sentada delante de él, instalada cómodamente en una silla desbordada por sus carnes, que imponía su enormidad a todo el entorno. Era cada día más voluminosa, más ineludible, más desagradable. La forma de aguardar de Thomas hablaba de su íntima conexión consigo mismo y de su modestia: como reconocía sus límites, sus debilidades y sus impedimentos mucho más que sus cualidades, rápidamente supo que, en tanto el barco no llegase –en tanto Rhiannon no llegase– él no podría hacer otra cosa que ir a mirar el mar. Como no sabía a ciencia cierta si ella estaba a bordo, sus rezos se dividían: pedía tanto que el barco llegara como que ella no lo haya abordado. Reconoció que, si le fuera dado elegir sólo una de las dos opciones, sacrificaría un barco lleno de gente con tal de no perderla.

Lyn se maldecía por haberse separado de ella. Cuando falleció el padre de ambos, Rhiannon tenía tres años de edad y Lyn trece y desde esa corta edad la había cuidado y atendido como lo habría hecho un padre, abandonando la escuela para trabajar. Era lo que más amaba en el mundo. *Tendría que haberla traído conmigo, tanto que me rogó y yo que no, que no. Si está en mejores condiciones que yo de caminar. Sí, los indios, los indios. Al final vinieron mujeres por tierra y no pasó nada. ¿Cómo se me ocurrió dejarla? ¿Por qué no me quedé con ella? ¿Y ahora qué hago? ¡Dios mío!*

Alun se ofreció para ir hasta la bahía a fin de averiguar qué había ocurrido. Cualquier cosa era mejor que seguir dentro de ese paréntesis exasperante. La idea fue aceptada, le dieron una serie de indicaciones no del todo coincidentes ni útiles sobre el camino a seguir y se le entregó un caballo para que hiciera la travesía lo más rápido posible.

Salió de madrugada y no tuvo mayores problemas en llegar. Antes de avistar la bahía el animal ya había apurado el paso como si, pese a su corta estadía allí, la reconociera como su hogar. Cuando todavía se encontraba a buena distancia, se le acercaron tres hombres. Le confirmaron lo que ya se le había hecho evidente al llegar y ver que allí no había ningún barco: aunque atrasado varios días había salido por fin, hacía una semana. ¡Una semana! Él les dio, a su vez, la mala noticia y se pusieron en camino rápidamente, para reunir a los que quedaban allí y decidir qué hacer. Fue acosado con preguntas sobre la costa, las características de la desembocadura del río, su accesibilidad, el clima, el viento. Si bien todos estaban informados al respecto por boca de quienes habían regresado desde el río apremiados por el hambre, él era el único que había cubierto el trayecto por mar y regresaba a la bahía para contarlo. Todos tenían información sobre lo que ese mar del sur podía llegar a ser en caso de tormenta. En todas las cabezas bullían las imágenes más pesimistas: el barco llevado mar adentro, asediado por olas inmensas, su cubierta inclinándose peligrosamente, velas rotas, gente gritando y cayendo al agua; o encallando con su precioso cargamento y diseminando cuerpos, ropas y trozos de madera en una costa desconocida que podía no encontrarse muy lejos de allí.

Acondicionaron el galpón y dieron inicio a una reunión. Uno de los presentes tomó la palabra y anunció formalmente lo que ya sabían:

– El Mary Helen no ha llegado al río.

Aprovechando la presencia de Alun trataron de despejar todas sus dudas: ¿Habían explorado suficientemente la playa hacia el norte y hacia el sur? ¿Habían vigilado a toda hora? ¿No habría, el capitán, intentado tocar la costa y, al no poder anclar, haberlo hecho en

otro sitio? Él contestó que se habían turnado los vigías y que un promontorio desde el cual se veía el mar estaba más concurrido que el campamento donde se habían instalado; él mismo había integrado un grupo que exploró una larga extensión de la costa situada al norte de la desembocadura, cruzó el río con la chalupa e hizo lo propio con la costa sur.

Rhiannon no estaba en la reunión. Preguntó si faltaba gente y le dijeron que sí, que algunas mujeres y ancianos habían permanecido en sus refugios para no mojarse. *Quizá esté acompañando a los padres de Mary*, se decía. *Aunque, con lo curiosa que es, no creo…* Preguntó por el matrimonio y le dijeron que les había ocurrido lo inconcebible: su otra hija, Jane, se había contagiado y había fallecido también. *¡Mi Dios! ¡Pobre gente! Y Rhiannon misma ¡cómo debe estar!* Debía dominar su impaciencia: la noticia –buena o mala– le llegaría, a más tardar, al finalizar la reunión cuando le entregaran la lista de los embarcados. *Y si Rhiannon está aquí, voy a buscarla.*

A pedido de un colono y seleccionando las mejores palabras, describió el lugar en donde se había emplazado el campamento. Echó mano a sus impresiones más vívidas y personales. En vez de un informe sobre beneficios y desventajas para el establecimiento, les describió, repentinamente inspirado, los enormes huevos de ñandú que habían hallado, los animales desconocidos, los vestigios del fuerte junto al río, el amplio valle y las formas caprichosas que dibujaba el Chupat. Se abstuvo de mencionar las serias dificultades que habían tenido él y sus compañeros para entrar desde el mar. Omitió también la vieja embarcación hundida frente al fuerte y otra, de mayor tamaño, que habían hallado encallada en la costa sur de la desembocadura. Y que sufrían hambre.

Al día siguiente bien temprano emprendió el regreso. Estaba desolado: el nombre de Rhiannon figuraba en la lista y el barco había zarpado hacía ocho días. Poco antes de llegar al fuerte se desvió lo suficiente como para echar un vistazo desde lo alto al océano y a la desembocadura. Nada. Ya en el pueblo sus noticias provocaron una conmoción general. La lista pasó de mano en mano y cada persona que la leía, casi sin excepción, se derrumbaba.

Thomas, pasado el estupor y el dolor iniciales, resolvió no perder las esperanzas. Continuó caminando bajo la lluvia hasta la cima de la loma, dos o tres veces al día como si el barco estuviese por llegar de un momento a otro. Se obligaba, además, a que la repetición no le traslade al acto su automatismo: subía, cada vez, con el entusiasmo y el ímpetu de aquel amanecer previsto para la llegada. Cumplía a rajatabla con una serie de cábalas: ascender más de una vez por día; hacerlo con la certeza de que vería el barco (sí, esa vez sí, allí estaría); permanecer arriba, como mínimo, el tiempo que dura una canción (había llegado a entonar mentalmente hasta diez, una a continuación de la otra, para reforzar su poder de convocatoria); y, por último, no cerrar los ojos durante un lapso mayor que un pestañeo, para impedir que el hilo de su mirada se separe del mar. Estaba convencido de que una espera intensa e inspirada doblaría las posibilidades del barco. Confiaba en que sus ojos atentos y su poderoso corazón lo mantendrían a salvo.

El grupo todo hacía gestos parecidos a los de cada individuo. Esa colmena en ciernes no se reunía ni se dispersaba según los patrones de una fundación: no levantaba casas, no construía caminos, no reconocía los alrededores. Sus abejas caminaban insistentemente hacia un punto que no revestía el menor interés para la

siembra ni para la defensa ni para el acopio de material alguno. Ese pueblecito, ese ser humano incipiente, esa semilla, amenazaba con no prender.

Como llovía sin parar desde hacía una semana, la población se transformó en un barreal y, entre humorística y amargamente, comenzó a ser llamada *Colonia de Barro*. El viejo fuerte parecía un nido de hornero destechado, y los pobladores, larvas, crías recién nacidas de batracios moviéndose en un caldo opaco y espeso de cultivo.

Fundación

En ese estado calamitoso se encontraba el proyecto de asentamiento cuando ocurrió algo inesperado. El día 11 de septiembre llegó un grupo de soldados a caballo, al mando del comandante militar de Patagones. Aparecieron así, sin más, encapotados, bajo la lluvia. Venían, por orden del gobierno, a hacerles la entrega formal de las tierras y a izar el pabellón de la República Argentina. El militar, algunos soldados, un traductor, un agrimensor que, cuatro días después, cuando los ánimos no podían estar más decaídos, realizaron, en conjunto con los líderes galeses y todas las personas que hasta ese momento podían considerarse sus habitantes, el acto de fundación del pueblo al que denominaron *Rawson*, en honor al ministro Guillermo Rawson, quien venía favoreciendo el proyecto de una colonia desde hacía varios años. Como "pueblo" se decía "tre" en galés, para los colonos quedó TreRawson.

El agrimensor se quedaría entre ellos para llevar a cabo la tarea encomendada por el gobierno nacional: mensurar un total de quinientas chacras y una planta urbana e ir repartiendo la tierra entre los colonos. Lo que, en mejores circunstancia habría sido para ellos un acontecimiento mayúsculo ahora carecía de significado. Casi todos tenían parientes o amigos en el Mary Helen y habían perdido todo interés en el lugar, en la colonia, en la propiedad de la tierra e incluso en sí mismos.

Cinco días después, a mediodía, junto con el inicio de la primavera, uno de los tantos hombres que había subido una vez más a la loma para vigilar el mar comenzó a gritar y a gesticular desaforadamente: *¡Barco a la vista! ¡Eh! ¡Ehhhhh! ¡Un barco!* No les era posible saber si era *su* barco, el que todos esperaban, porque estaba lejos de la boca del río, mar adentro y hacia el sur, pero en cuestión de minutos todos transitaban a buen paso los ocho kilómetros que los separaban de la playa; buscaron a Nagle para que fuera en el bote a su encuentro, se subieron con él los que cabían y salieron río abajo. Alun entre ellos.

Thomas y Lyn se buscaron uno al otro y, sin permitirse aún la alegría, se unieron a los demás. Los que llegaron primero fueron corriendo la voz hacia los que venían detrás: sí, eran los suyos y estaban desembarcando. Lyn y Thomas apretaron el paso. Traspusieron las dunas que los separaban de la playa y la vieron. Allá estaba Rhiannon, en un grupo de mujeres, con un niño en brazos y otro tomado de su pollera. Por un segundo, se detuvieron a apreciar el espectáculo que les daba esa mujer tan querida. *¡Qué belleza! ¡Gracias, Dios mío!*, pensó Thomas y corrió hacia ella.

Lyn se quedó atrás, discretamente.

Por esa época, la reina Ginebra amaba a Lanzarote por su coraje, por su cortesía, por su fama y por su falta de astucia. Aún no tenía el propósito de transformarlo, de echarle hacia atrás el indómito rizo de la frente, de azotarlo con la duda y la confusión y los celos para que su imagen de reina no dejara de fulgurar en su cerebro. Su afecto era tibio y mesurado, esa especie de amor que a una mujer le permite ser afable, amistosa y muy prudente… Demasiado prudente como para hablar con toda franqueza. Aún no lo amaba tanto como para ejercer la crueldad. (John Steinbeck, *Los hechos del rey Arturo y sus nobles caballeros*, Sudamericana, Buenos Aires, 1999)

capítulo 2

Cuando vio a Rhiannon, Alun tuvo el impulso de correr a abrazarla. *Pero, a menos que camine sobre el agua…* se dijo burlándose de su impaciencia. Se contentó con observarla desde lejos. Los primeros compatriotas a los que pudieron acercarse les relataron en pocas palabras y a los gritos lo que había ocurrido: la embarcación había sido arrastrada por la tormenta y llevada mar adentro y mucho más al sur de la boca del río. Pero ¡diecisiete días de navegación! ¡La cuarta parte de lo que habían empleado en cruzar el océano Atlántico desde Gales! ¿Adónde habían ido a parar? Los insultos y las maldiciones contra el capitán se repetían hasta el infinito y Alun no entendía muy bien por qué. Dejando las preguntas para después se dedicó al salvataje. La situación era apremiante. La entrada al río se estaba desarrollando de la peor manera. Debían colaborar con su bote en el desembarco de los tripulantes, rescatar rápidamente lo que se había caído al agua, socorrer a quienes estaban en peor estado físico. Cuando volvió a localizar a Rhiannon entre la gente, ya estaba acompañada de su hermano y el infaltable Thomas… *¡Bah!*

Su oportunidad de acercársele llegó dos días después, cuando todo se estaba normalizando.

Regalo

Los vestidos de las mujeres, que durante las semanas pasadas en el golfo lucían en el ruedo una ancha puntilla blancuzca y tiesa de sal, ahora la lucían de barro. Barro húmedo y pesado durante el día, barro apenas más seco cuando volvían a vestirse a la mañana siguiente. La tierra, rojiza, impermeable y gredosa, era muy diferente a la de Gales; una vez que se pegaba a los zapatos se quedaba allí prendida como un cepo y a medida que se caminaba aumentaba su espesor. Si bien había dejado de llover, el lodazal del pueblo era demasiado hondo como para que los vecinos pudieran albergar la esperanza de que se seque en un corto plazo. Rhiannon, recién instalada en un hogar que más que eso era un campamento, colgaba ropa sobre unas matas ubicadas fuera del fuerte. Alun la observaba. Al estirarse para extender una camisa con su mano derecha mientras el resto de las prendas colgaba de su brazo izquierdo, resbaló y cayó al piso. A su vestido sucio y transpirado sólo le faltaba este revolcón para convertirse en un harapo impresentable. En lugar de impacientarse o maldecir, Rhiannon se rió y Alun admiró su buen humor, su temperamento flexible y ligero, que sobrevivía aún en ese lodazal que a todos había sacado de quicio.

Se le acercó a ayudarla y la saludó haciéndole saber su satisfacción por verla sana y salva. Se ofreció a llevar la ropa hasta el río, ella aceptó y se dirigieron hacia la costa. Le ayudó a sacarse las botas, a enjuagarlas y ponerlas al sol. Cuando terminaron, le preguntó sobre lo ocurrido con el Mary Helen y ella empezó a contarle. Poco después, excitada por su propio relato, Rhiannon hablaba sin parar. Alun la dejaba hacer, la dejaba seguir, para poder mirarla con toda libertad. Le tomó la mano invitándola a sentarse, se

zambulló en la corriente que desató ese contacto y se la soltó algo más tarde de lo necesario. La combinación entre lo que ella decía y la imagen que Alun tenía frente a sí, lo colocaron en una rara situación parecida a un hechizo. Ella hablaba y él disfrutaba de mirarla sin entender muy bien lo que le estaba siendo relatado y sin importarle en lo más mínimo qué había ocurrido en el barco.

– Se movía como cuando zarpamos de Gales ¿recuerda esa tormenta?

Recuerdo su cara en mi cabeza pero ahora está más linda que cuando la tenía en mi mente, será por las ganas que tenía de verla, es linda, linda, me gusta.

– Wood es el apellido del capitán, nos encerró a todos en la bodega pero después la tormenta había pasado y no nos dejaba salir, nos trató muy mal a todos, como si fuéramos ganado, nos dejó ahí abajo, no entendíamos por qué no nos dejaba subir, no encontrábamos comida ni lugar para cocinarla, imagínese, si íbamos a hacer el viaje en un día.

El río detrás de ella aumenta su belleza, es como un espejo que la hace brillar más; sus gesticulaciones revelan aspectos de su cara que no había advertido, aspectos de sus pensamientos, también; cada gesto la desnuda, hace ver lo que siente, cuenta una historia paralela; ¡Ay!, su boca en movimiento, sus labios y sus dientes sonriendo, sus labios apretados, sus labios tristes, quietos, ¡quietos! ¡Paró de hablar! Tengo que decir algo urgentemente…

– ¿Y cómo sobrevivieron?

– Uno de los niños, hurgando en unas cajas, encontró muchas galletas, justo cuando yo ya estaba decidida, Dios mío, a empezar a revisar todo hasta encontrar algo para comer, sea de quien fuere, y el niñito me ganó de mano.

– Sí, es una mujer decidida, no me la imagino aceptando órdenes así como así, esos ojos y esas cejas gruesas delatan su carácter…

– La bodega oscura, sucia, todos sucios, sedientos, hambrientos, y nadie que le pueda hacer frente al capitán porque éramos mujeres, niños, viejos, yo pensaba en la preocupación de todos acá, me imaginaba la tortura por la que estarían pasando mi hermano y Thomas

– ¡Ah! ¡Thomas! ¡Thomas! ¿Y yo? ¿Por qué no me incluye? No. No se anima, no puede dar por sentada mi preocupación si no le doy una señal, pero si se lo digo se va a turbar y va a dejar de hablar y yo voy a tener que salir de esta laguna tibia de sus palabras y su boca y su imagen contra el río, de su hablar y hablar y de mi mirarla, mirarla, pero… ¡Se puso seria! ¿Qué estaba diciendo? ¡Está por llorar! Tengo que consolarla.

–No se ponga así.

–Cómo no me voy a poner así ¿Sabe lo que es ver morir un niño? ¡En dos meses he visto morir cuatro niños! Nunca más me voy a subir a un barco, soy yo la que les traje mala suerte ¿Se imagina lo que es? No, ni por asomo puede. ¿Le conté de Mary? ¡Pobrecita! Tan chiquitita y ¡Cómo hablaba! Jugábamos las dos a decir palabras. Más les hubiera valido a sus padres quedarse allá. Este viaje fue una desgracia para ellos ¡Y después Jane, su hermanita! ¿Sabía que falleció también? De lo mismo, se debe haber contagiado ¿Puede imaginarse peor desgracia para sus padres? Sus dos hijitas muertas y enterradas, allá en la bahía, y nosotros acá y ahora dos niños más…

¡Ay! cómo querría abrazarla, al final este lugar tan desierto y nunca podemos estar solos, faltaría que aparezca el tal Thomas; abrazarla fuerte, pobre, estando así, tan, tan…. Un pañuelo, qué le voy a ofrecer mi pañuelo si es una mugre.

–Cálmese, Rhiannon, bah… llore nomás…

Como si la recomendación fuera necesaria ¡Qué manera de llorar! ¿Qué puedo hacer? Contarle algo, mostrarle alguna cosa para que se distraiga… ¡El huevo de ñandú! ¡Pero claro! ¡Qué cabeza!

Cuando llenaba las horas de espera del Mary Helen recorriendo los alrededores, Alun había guardado para ella uno de los huevos que había encontrado y vaciado, según las indicaciones de uno de los acompañantes de Murga. No osó interrumpirla para contárselo pero cuando ella sacó de entre sus ropas su propio pañuelo y se secó las lágrimas y se sonó, aprovechó para decirle:

–Tengo un regalo para usted.

Rhiannon lo miró con los ojos cargados de lágrimas y la cara enrojecida y después sonrió – como los niños, que pasan del llanto más amargo a la sonrisa – y le preguntó:

– ¿Un regalo? ¿Qué? – y fue para Alun como si, en vez de estar atardeciendo, saliera justo en ese momento el sol, y se envalentonó y le dijo que adivine…

– No sé, deme una pista.

– Es enorme.

– Enorme como qué.

– Más o menos así.

– Eso no es enorme.

– Sí, es enorme en su clase.

– En su clase… ¿Color?

– Verde claro.

– ¿De mujer?

– ¡Ja! No.

– No sé. Dígame algo más.

– Se puede comer, pero a éste ya lo comimos.

– ¿Y si se lo comieron, qué queda?

– Queda el envoltorio.

– ¡Es un cadáver!

– ¡No!

– No sé. Dígame la primera letra.

– Hache.

– ¿Y la segunda?

– No, así no vale.

– La última.

– No.

– Mire que me largo a llorar de nuevo.

– ¡No! ¡No! Llorar más, no, por favor. Pregúnteme lo que quiera.

– ¿Lo compró en alguna de las tiendas que hay por aquí?

– No. Estaban todas cerradas.

– ¿Lo trajo de Gales?

– Frío, frío. Es de por aquí.

– Bueno, me rindo.

– Entonces va a tener que acompañarme a buscarlo.

– ¿Su residencia queda lejos, caballero?

– No. ¿Prefiere caminar o vamos en mi carruaje?

– Prefiero caminar, gracias.

– Bueno. Venga por aquí. Sigamos los canteros de flores. Dicho sea de paso…

– Diga.

– Yo también me preocupé por usted.

– Bueno… Gracias.

– Me debe muchas horas de compensación.

– Y… ¿cómo sería el pago?

– Ya pensaremos en algo.

Fuerte Viejo

Al día siguiente ya estaban juntos nuevamente. Alun se las había arreglado para avivar la curiosidad de Rhiannon con respecto a la historia de las ruinas del fuerte y para, una vez encendida esa curiosidad, ponerle fecha y hora a la ocasión de develarle el misterio ya que *él sabía* qué había pasado allí.

– Fue un intento de establecimiento fallido de hace once años. Se armó una compañía para dedicarse aquí a la caza y comercialización de ganado salvaje que, según datos que habían reunido, era muy abundante. Viajaron desde Buenos Aires hasta Patagones en barco y allí prepararon la expedición para venir por tierra hasta acá.

– ¿Cómo sabe todo eso?

– Me lo contó el traductor que vino con el comandante Murga. Murga es el que vino a hacer la fundación oficial del pueblo. El traductor lo sabía de primera mano por haber formado parte de la expedición, por haber vivido unos meses exactamente en este lugar. ¿Puede creerlo? Yo que pensé que jamás nos enteraríamos de lo que había ocurrido.

– Bueno, siga.

– El que dirigió todo fue un tal Enrique Libanus Jones, no sé si no sería galés como nosotros, digo por el apellido... En Patagones organizan todo y salen para acá, hace hoy exactamente once años: el 25 de septiembre de 1854, por tierra, haciendo la travesía por el medio del desierto. Dice que son ciento setenta millas de completo desierto. Mire, yo, lo poco que pude ver cuando volvimos desde el bote, también es así ¿eh? Es la pura verdad. Bueno, salieron dieciocho personas y llevaban un centenar de caballos, provisiones para un buen tiempo, armas, por supuesto, municiones. Pensaban ir por un camino pero al final tomaron por otro porque ese año había una gran sequía, para colmo. ¿Sabe cuándo llegaron?

– ¿Arriesgo?

– Pruebe

– Dos semanas, tres, no sé.

– El cuatro de noviembre. Cuarenta días de marcha.

– ¡Dios mío! ¿Tan lejos de todo estamos?

– Así parece. Por lo menos hacia el norte. Eso es lo que me contó el hombre. Y yo le digo que, cuando ustedes no llegaban, cruzamos el río, con los mismos amigos del bote y dos o tres más, y anduvimos bastante hacia el sur y es todo, todo igual.

–Y ahora, cuando el traductor volvió a venir con el comandante ¿Cuánto tardaron?

– No, ahora vinieron por mar, bajaron en la bahía y cubrieron a caballo solamente el trayecto hasta acá.

– Ah. Estaban avisados…

– Parece. Aunque, de sequía, nada esta vez. Más bien exceso de agua. Se les cayó encima la misma tormenta que a ustedes en el Mary Helen. Bueno, la cuestión es que Enrique Libanus Jones no vino con ellos, hizo el viaje por mar, en el barquito ese que está hundido ahí. Cuando llegó ya todos estaban acá. Llamaban a este lugar Potrero de las Lagunas. Construyeron este fuerte, hicieron toda la zanja alrededor, un depósito, casas, pusieron piezas de artillería en las esquinas…

– Me imagino para qué. ¿En el camino no los atacaron?

– No. Me dijo que habían atacado Patagones hacía poco pero que en el camino, a ellos, no. De todas maneras no se iban a confiar, imagínese.

– No como nosotros, que estamos completamente desguarnecidos.

Alun se arrepintió de haber mencionado el tema de la artillería. Ya tenía ella suficientes tribulaciones vividas como para agregarle otro factor de inquietud. Pero ocurría que el de los indios no era un tema más, era *el* tema. Todos lo traían a colación constantemente.

– Bueno y acá viene el asunto: parece que del "abundante ganado salvaje" no veían ni una cabeza y al mes o dos se les fueron terminando las provisiones, tuvieron que empezar a pescar y a cazar cualquier cosa, a Jones se le amotinaron varios…

– ¡Dios mío! ¿Hubo muertos? ¿Cómo terminó todo? ¿Los atacaron los indios nomás?

– No, no. Sólo que comprobaron que no había ganado. Osamentas sí, muchas –todavía ahora se pueden ver si uno anda un poco– pero animales vivos, nada. Así que los primeros días de febrero informaron al socio de Jones que estaba en Buenos Aires, éste organizó el rescate y a fines de abril se fueron.

– ¿Y la embarcación?

– ¿Cuál?

– Esa que está ahí hundida en el río.

– Ah… Estaba averiada y la abandonaron.

– Bueno, al final la historia no era tan dramática. Me alivio. Digo: no hubo ataque, no hubo muertos, simplemente un emprendimiento comercial que no prosperó. Levantaron todo y se retiraron. Por suerte el proyecto nuestro se basa en la agricultura. Qué raro… ¿Y qué había pasado con el ganado?

– Dicen que mucho después supieron que los indígenas, cuando se enteraron del plan, arrearon grandes cantidades de animales y se los llevaron a otra parte, para la Cordillera de los Andes, hacia el oeste.

– ¿Y cómo pueden saberlo?

– Las noticias van y vienen. Todo se sabe. Hay muchos indios que van a Patagones, comercian con los pobladores, son pacíficos; otros que no quieren hombres blancos en su tierra y los combaten.

– O los dejan sin recursos, como hicieron los de por acá.

– Bien pensado. En ese caso, fueron inteligentes: lograron lo que querían sin derramar sangre.

– Sí, lástima que lo que querían está claro. Mejor dicho, lo que no querían: gente aquí, en sus dominios.

– Ahá… Pero, vaya usted a saber. En once años las cosas pueden cambiar mucho.

– Lo fundamental, para mí, sería poder hacerles llegar señales ciertas de que nosotros somos amigos, de que solamente queremos trabajar la tierra y vivir en paz.

– Una buena señal sería ofrecer un espectáculo de tiro al blanco. Nuestra puntería los dejaría tranquilos para siempre.

Rhiannon rió de buena gana.

– Somos un desastre ¿No?

– Y… somos malísimos disparando, cazando, cabalgando, construyendo, navegando, pastoreando ganado… pero ¿qué le vamos a hacer? Tendremos que ir aprendiendo.

– Bastante desorganizados los organizadores.

– Bastante, sí. Pero yo los defiendo. Si no fuera por esos tres o cuatro tipos que prendieron la mecha y armaron todo este asunto no habríamos llegado hasta aquí. La tierra está, el río está, tenemos provisiones. Hay que entrar en acción. Hay un par de cosas del relato del traductor que a mí me interesaron particularmente: parece que el hijo de Libanus Jones recorrió bastante: hacia el sur, cruzando el río; hacia el oeste río arriba y hacia el norte, entrando a la península Valdez. Informó que en la península había una salina enorme con sal de primera calidad que puede ser una fuente de recursos. Tendríamos que ir a explorar allá para ir buscando todas las posibilidades. Además dijeron que había mármol negro ¿Recuerda, en el barco?

– Sí. Pero salir a explorar… unos pocos hombres... es peligroso.

– ¡Bah! No digo que no, pero tampoco vamos a quedarnos todos acá como un enjambre. Hay que organizarse bien y ser prudentes pero empezar a moverse.

Cartas

Ahora sí que podía hablarse de fundación. La colmena se puso en marcha. Trabajaban con ahínco recuperando sus efectos personales, erigiendo sus viviendas, planeando modos de organización, mirando los alrededores y haciéndolos suyos, aprendiendo las múltiples destrezas que su flamante situación les exigía. Habiendo quedado despejada la incógnita que los había paralizado durante las últimas semanas, las tareas pendientes eran innumerables.

Hacia fines de octubre el Mary Helen llegó de Patagones con un cargamento invalorable: medio centenar de vacas, dos toros, seis cerdos, ovejas y provisiones por valor de ciento cincuenta libras esterlinas.

Todos fueron invitados a escribir sus cartas, las que se enviarían a Patagones, aprovechando el regreso del barco, y luego a Buenos Aires y Gales. Unas pocas habían sido llevadas por el capitán del Mimosa cuando, unas tres semanas después de desembarcar, retornó a la patria, pero para ese entonces la mayoría estaba desperdigada entre la bahía y el río. Ahora, en cambio, se habían instalado, tenían noticias concretas para dar, historias para contar, pronósticos para hacer.

Cada uno reunió lo que consideró más significativo y lo plasmó en el papel.

Rece por mí, esposa mía. Aquí cambiaré, escribía uno de los recién llegados. Un pequeñísimo pero completo relato en dos oraciones que llama a imaginar unas cuantas historias, a cada cual más sugerente. Sea cual fuere la del hombre que pedía refuerzos en sus oraciones, una cosa es cierta: allá, sea donde fuere que viviera su esposa –una despoblada aldea agraria, un puerto de pescadores o una de las ciudades precarias y barrosas de la Revolución Industrial– él había empezado a trazar las líneas de su mapa personal para sustituir el hombre que había sido por otro que nacería en la costa de esa gigantesca *Tierra de Indios*. Otro itinerario comenzaría *aquí*, si lograba dar por terminada la forma de ser propia de *allá*. Ronroneaba en él la máquina a vapor de la utopía; la certeza de que *aquí* cambiaría, y cómo, con o sin rezos.

El padre de Mary se disponía a dar por la noticia del fallecimiento de sus dos hijas a sus seres queridos. ¿Cómo redactar un texto semejante? ¿A qué clase de fortaleza apelar a para abocarse a la tarea? ¿Cuántas veces habrá de posponerse porque se adivina que la visión de los queridos nombres sobre el papel será un espectáculo imposible de soportar? ¿Cómo se puede, aturdido por un dolor tan cegador, dibujar las palabras que den la mala nueva? ¿O será que, relatar esas muertes, será como poner una primera venda para detener el chorro de sangre de la herida? *Por mi parte, creo que habría sido mucho mejor si nos hubiésemos quedado en Bala porque hemos pasado muchas desgracias. Después de salir, la pequeña Mary se resfrió muy fuerte, empeoró mucho quince días antes de llegar y murió la noche en que anclamos en Bahía Nueva. Por los mismos días, a la pequeña Jane se le declaró la misma enfermedad y ella también murió justo a las*

tres semanas, dejándonos solos para llorar su partida. Pueden imaginarse cómo nos sentimos, no tengo palabras para expresarlo. Hace un mes que Catherine no se levanta… Extrañamos Bala y pensamos volver si estamos vivos. El padre de Mary encontró esa forma y entregó su carta. La madre no parecía pertenecer a este mundo.

El dinero no vale aquí más que las piedras, sentenciaba gráficamente un colono; *les mando un paquete con caracoles para Mary Ann,* escribía otro. Regalo sencillo y valioso, portador de múltiples mensajes de ultramar, prueba de amor para ser tomada entre las manos y tomar contacto con el que partió.

Los tres pastores del contingente y los numerosos hombres capaces de dirigir los cantos y las ceremonias religiosas daban cuenta de los avances y retrocesos de la fe en aquellas circunstancias extremas: uno sostenía que a bordo del Mimosa se dictaban diariamente clases de lectura y doctrina, se daban sermones y se celebraban reuniones de oración. Cerraba el párrafo asegurando: *Después de viajar mucho por mar he comprobado que ningún pueblo se mantiene tan fiel a las ceremonias religiosas, tanto en el mar como en la tierra, como el galés.* Otro, apelando al humor, sostenía lo contrario: que la inasistencia al culto dominical, desde el momento mismo de zarpar de Liverpool, cundía como una epidemia. *Al día siguiente, domingo, todo el mundo se levantó bastante temprano para preparar el desayuno y ver el Mimosa abriendo las alas para el viaje. Yo creía ¡pobre iluso! que entre los 153 ninguno padecería esa maldita enfermedad que suele atacarnos una vez por semana…* Otro, en una extensa y pormenorizada carta en la que informaba todo lo que pudiera ser de utilidad para los futuros colonos que quisieran instalarse en la zona, dejaba un renglón para las rencillas partidarias: *el pastor bautista se separó de nosotros y predica por su cuenta a una media docena. Bautizó a uno el domingo pasado.*

Un boticario les informaba a sus padres que su hermano menor, quien al embarcarse se movilizaba con muletas debido al reumatismo, se había recuperado completamente luego de dos meses de *gozar del clima más sano que existe bajo el sol. ¡Se sorprenderían al vernos! Podía caminar durante millas para ir a cazar antes de desayunar, aunque hemos dormido al aire libre, con helada, durante varias noches.* La misma impresión –y una teoría– dejaba Richard Berwyn, nacionalista convencido de múltiples capacidades: hombre de mar contratado por Peperrell como sobrecargo del *Mimosa*, maestro normal becado en Londres y tenedor de libros. Escribió: *esta región es asombrosamente saludable. Muchos de nosotros hemos tenido forúnculos y la causa es que el aire saca toda enfermedad de la sangre.*

Todo andaría mejor, al menos para mí, si estuviera casado, se quejaba uno de los tres pastores, *aunque este lugar es todavía bastante desagradable para traer una esposa.* Los que la tenían, hablaban por ellas: *Rachel dice que está feliz en su cabaña*; *Catherine hace un mes que no se levanta*; *Ann les manda cariños a todos y dice que espera tenerlos por acá pronto.*

Hubo cartas optimistas de principio a fin (*¡Querido hermano, mantenga en alto el espíritu patagónico! Si la Providencia nos sonríe en pocos años habrá aquí un hogar confortable para miles de galeses*) y otras sumamente desalentadoras (*Nunca nada me decepcionó tanto. La región no se corresponde con nada de lo que leí o escuché antes acerca de ella y debo decir que se han dicho mentiras tremendas al describirla*).

Un nombre para el río

James Davies tenía la misma edad de Alun –18 años– y era poeta ya reconocido en Gales cuando llegó a la Patagonia, tanto que usaba un apodo literario: Iago Mawrfryn. Como tal, se preocupaba por la forma de su carta, enviada a su amigo Tobit: *Mi tiempo y mi papel son muy escasos y mi asiento un poco incómodo, así que no debes esperar gramática, detalles ni mucha coherencia sino la verdad lisa y llana.*

En el precario asentamiento patagónico el poeta pensaba impulsar reuniones literarias y certámenes de improvisación de discursos. Emulando las que se realizaban en Gales, se propondrían temas y en la reunión siguiente los contendientes se medirían. Todavía no se había celebrado ninguna de ellas pero, entre los adeptos, corrían los posibles títulos. Los había de corte regionalista como "Río Chupat", "La Patagonia" o "Charqui"; ensayísticos y rimbombantes como "La Patagonia como lugar apropiado para la instalación de los galeses"; satíricos como "Avaro" o "Mog y su jinete" y las numerosas aproximaciones a temas religiosos. Como a Rhiannon le gustaba leer y se hacía ilusiones con llegar a componer alguna descripción y ponerla a consideración de los concurrentes, se había acercado a él. Iago resultó ser un profesor generoso y convincente que le inculcó el interés por la literatura en galés y la necesidad de que cada uno de los emigrados se constituyera en guardián y difusor de su lengua materna. Al fin y al cabo, su rescate y revalorización había sido una de las razones del éxodo. Iago había traído libros que le prestaba a Rhiannon y luego los comentaban. En su país de origen, dada la incomunicación entre un pueblo y otro y el consecuente aislamiento, había notorias diferencias en el uso del

idioma galés al extremo de que se presentaban dificultades para comunicarse. Ellos confrontaban con otros colonos las maneras de decir de cada uno, buscaban esas diferencias y reflexionaban sobre ellas. También, incorporaban palabras nuevas del español y bautizaban animales y plantas autóctonos.

Sentados en sendas cabezas de vaca instaladas en la costa del río, Iago y Rhiannon celebraban lo que podía considerarse una reunión de trabajo. Organizaban otra más amplia para elegir qué nombre ponerle nombre al río. Circulaban varios, además del autóctono "Chupat" que, según les había informado la gente del comandante Murga, era una voz indígena que significaba "transparente".

– ¿Transparente? –protesta Rhiannon– ¡Es cualquier cosa menos transparente! El río es marrón, o colorado. También gris pero ¿transparente?

– Es quee… Muchos topónimos obedecen a lo que se quiere que un sitio o un accidente geográfico sean, más que a lo que son en realidad –disertaba Iago con esa seguridad que imposta el que está apenas tentando una explicación.

– No estoy de acuerdo. Los nombres, salvo raras excepciones, reflejan las características de lo nombrado. *Llwyd* estaría bien. *Gris* –repitió Rhiannon en español.

– Puede ser también que sea transparente en sus nacientes. Si los originarios le han puesto así, habría que prestar atención. Nosotros somos recién venidos. Ellos deben estar aquí desde hará quién sabe cuánto tiempo.

– Pero Chupat, Chupat… No me gusta. Suena trabado. Es difícil. ¿Y *Camwy*? De hecho creo que es el que nuestra gente prefiere y esa circunstancia también hay que tenerla en cuenta. Es realmente sinuoso, además.

– Sí… Aunque, por otra parte, Rhiannon, pienso que un nombre genuino se impone solo. No se decide en una reunión.

–Cierto, pero es lindo participar de una en la que se hable de nombres para un río.

– ¿En vez de pelearse por irse o no irse?

– ¡Eso!

Se habían hecho amigos y tenían grandes planes en relación con la educación de los niños de la futura colonia y con sus respectivas producciones literarias.

Mary querida. Reina de las Palabras. Cuando tenga una hija llevará tu nombre, era la anteúltima oración de su diario. La última rezaba: *Alun. Voy a escribir acerca de su cara,* pero el anuncio no se había concretado, como si la magnitud de la tarea la hubiese excedido. Ahora sí, incentivada por Iago, escribió, borró, volvió a escribir pasando en limpio, tachó, hasta que terminó una descripción. Claro que no la daría a conocer jamás pero eso no le importaba. Leyendo sus propias palabras lo veía a él.

Cuando los ojos son tan azules lo tiñen todo, porque el color se expande hacia fuera de la órbitas, se sale de madre, como una inundación. Esos ojos penetrantes resaltan entre las líneas rectas de su cara ya muy quemada por el sol, brillando.

Su mirada parece ser el vehículo de una comprensión profunda de las cosas y queda en el aire como un perfume. A veces es honda y abarcadora, otras risueña, inquisitiva, nunca desprevenida ni desatenta.

Todos los ángulos de las facciones –los que forman la mandíbula y el cuello tenso, la nariz recta en el camino hacia los pómulos, las comisuras de los labios con los músculos que enmarcan su boca– son el justo sostén de esa mirada. Los rasgos son concordantes y armónicos. Ninguno impone su primacía.

Como si tuvieran conciencia de su propia belleza pero hubieran resuelto sacrificarla al conjunto. El todo sería sobrio y sin altibajos si no estuvieran allí esos ojos y ese mentón partido.

El barco náufrago y la balsa

Al día siguiente Rhiannon vio juntos a Iago y a Alun y se les acercó. Sentados cerca de la ribera del río, descomponían gruesas sogas en varias más delgadas. Las habían traído el día anterior de una vieja nave encallada en la costa del mar, del lado sur de la desembocadura. Les hizo infinidad de preguntas relacionadas con la embarcación y, al enterarse de que al día siguiente irían de nuevo, les preguntó si podía ir con ellos a verla. Alun cruzó una rápida mirada con Iago y luego le contestó que ambos lo lamentaban pero que no era posible, en absoluto. *Tener que decirle que no justamente a ella* –pensó Alun– *la testigo ideal para cualquier descubrimiento… ¡Cómo se impresionaría al ver el barco!* Rhiannon insistió, con calma pero decididamente, argumentando que ellos ya habían ido, que conocían la forma de llegar, que prometía no ahogarse, que ayudaría a traer maderas y sogas, que ¡deseaba mucho ver ese barco! Alun, que bien comprendía es avidez y compadeciéndose de su condición de mujer, le volvió a explicar que no tenía sentido correr riesgos innecesarios; que su hermano se opondría y que tendría razón, porque los indios podían estar ocultos esperando justamente que una mujer se alejara del grupo en compañía de unos pocos; que del otro lado del río quedaban totalmente aislados; que si les robaban

el bote, por ejemplo, mientras ellos trabajaban en el barco, tendrían que cruzar nadando y que el río, bajo su apariencia calma, era profundo y traicionero. Agregó que el barco no tenía nada especial, era un simple barco hundido.

Esto último, en vez de aplacar la curiosidad de Rhiannon, se la acrecentó de tal forma que, aunque ya resignada a no verlo con sus propios ojos, les pidió que se lo describieran, y les hizo además, todas y cada una de las preguntas que ellos mismos y los otros ya se habían hecho sin poder responder; preguntas tendientes a incluir esas sogas, mástiles y hierros oxidados en una historia; preguntas dirigidas a reconstruir la nave, a erigir nuevamente su velamen caído y desgarrado, a llenarla de los hombres que la habían tripulado y conducirla marcha atrás, en un santiamén, al puerto desde el cual zarpara, en una operación de retroceso en el tiempo lo suficientemente rápida como para luego hacerla navegar hasta esa desembocadura en el confín del mundo con su carga, sus marineros, las ilusiones y los pañuelos que los habrían despedido y poder imaginarse la fecha del hecho, las alternativas del naufragio, la procedencia y el destino de los ahogados: la historia, en fin, con sus tranquilizadoras fechas de inicio y de final, sus detalles multicolores, sus momentos álgidos y sus personajes. Sin ello, el barco encallado tomaba en la imaginación de Rhiannon proporciones fantasmagóricas como las toman, para otros, las aldeas abandonadas.

Iago parecía muy concentrado en su trabajo pero los miraba, los escuchaba hablar y pensaba en escribir algo acerca de esa tensión, esa ola vital, esa suerte de aceleración que se genera a veces entre dos personas.

Iago, Alun y algunos hombres más salieron al día siguiente y regresaron dos días después. No había habido indios, ni bote robado, ni cruces a nado y, sí,

un hecho sorprendente, que relataron a los demás colonos, mientras anochecía, reunidos todos alrededor de un fuego: el hecho era que, encontrándose en la cosa trabajando al pie del buque, vieron algo que flotaba en el mar. Estaba lejos pero se acercaba. Aguzaron la vista y esperaron hasta que develaron el misterio: era una balsa con varios hombres. En esas soledades. Ellos hicieron todo el alboroto posible para que los vieran y se acerquen; prendieron rápidamente un fuego pero los misteriosos siete náufragos o fugitivos se alejaron adrede de la costa, remando. Ellos corrieron por la playa para no perderlos de vista pero fracasaron. La balsa desapareció y los dejó por un buen rato preguntándose si no habían visto visiones.

Mientras los escuchaba, Rhiannon caía en la cuenta de que, como si una incógnita fuera poco, ahora tenía dos: un barco hundido hacía tiempo y varios hombres en una rudimentaria balsa eludiendo el contacto con otros hombres. Escuchando las impresiones de los testigos, las diversas hipótesis acerca de barco y balsa, se subió al vuelo de un pájaro para imaginarse un mapa que contuviera el punto de luz que ellos habitaban en el desierto nocturno y el otro punto, en el mar, correspondiente a aquellos siete hombres en su derrotero hacia quién sabe qué destino todavía más al sur del extremo sur en que ellos se hallaban.

Aquella noche estrellada y llena de relatos, Alun y Rhiannon, entregados a la protagonización de su propia historia, aprovecharon la oscuridad, el hecho de que habían quedado ubicados a cierta distancia pero uno frente al otro y de que el fuego y las sombras en movimiento les enmascaraban los gestos para, cada uno por su lado, mirar al otro.

Pocos días después, Alun se alistaba nuevamente para partir. Él y uno de sus compañeros del bote irían

a caballo hasta la bahía y los otros dos llevarían la embarcación. Se le acercó a Rhiannon y le dijo:

– Vengo a despedirme.

– ¿Cómo?

– Nos vamos a la bahía. Nace una empresa pesquera. Hasta los astilleros no paramos.

– Ahá… sí, ya sabía. ¿Cuánto tiempo piensan quedarse allá?

– Dos semanas, tres. Además de pescar, queremos aprovechar para hacer una excursión a la Península.

– ¿Para?

– Para explorar un poco. Ver la salina. Hacer unas pruebas a ver si hay oro.

– ¿Nace una empresa minera?

– Usted ríase…

– ¿Y los indios?

– ¡Ay! ¡Qué horror! ¿Se preocupará por mí?

– Se lo prometo. Si es cierto que usted se preocupó por mí cuando no llegábamos los del barco, le debo una retribución.

– Así no vale. Tiene que ser preocupación genuina.

– Va a serlo. No se preocupe.

– Esto es un trabalenguas.

– Bueno, cuídese.

Gran Inglés que vives en Londres

A la semana de pescar con buenos resultados hicieron un alto y partieron, bien provistos de agua. Contaban con tiempo y con la ventaja de poder ir a caballo.

Bordearon toda la costa sur, una sucesión de semicírculos y semicírculos, algunos pequeños, otros enormes y hondos. Cada punta daba lugar a otra serie de ribetes que terminaban, a lo lejos, en más y más irregularidades de una misma puntilla. Pasaron al pie de altas paredes grises talladas por la intemperie como un mural gigante frente al mar, con figuras babeantes mitad ser humano mitad animal desconocido, cruzadas aquí y allá por los trayectos rectangulares de la que podría imaginarse como una enorme espátula que hubiera alisado tramos de aquellas filas chorreantes de salivas, sangres, mocos inmemoriales. Los agujeros distribuidos en el mural podían ser completados, uno a uno, por las toscas que les dificultaban el paso al pie de esa obra de arte. Transitaron también por una costa de conformación diferente: pisos rocosos, oscuros y tan planos que parecían balsas enormes estacionadas allí, o muelles, separados por lenguas azules de agua, que quedaban apenas sumergidos bajo un manto transparente cuando subía la marea. El paisaje los dejaba repetidamente boquiabiertos.

Llegaron al istmo: una lengua de tierra tan angosta que daba la impresión de que, en caso de cortarse, dejaría a la gran península a la deriva. Veían dos bahías, a uno y otro lado, separadas por ese cordón umbilical; enfrentadas, según como se viera o, más

bien unidas, como dos siamesas: la bahía Nueva, ya conocida; otra, al norte, más pequeña. Cruzaron hasta esa otra costa. Allí, con los bellos ojos vírgenes del caminante, con esa mirada ávida del niño que descubre, Alun y sus compañeros vieron, frente a ellos, una isla completamente llena de pájaros que, en realidad, era –según lo aseguraría después un ser tripartito conformado por un aviador, un narrador y un principito–, una enorme boa que se había tragado un elefante.

Comenzaron a caminar hacia el este hasta que descubrieron los vestigios de una construcción**.** Otra vez ruinas, ahora mucho más antiguas. Mientras deambulaban entre esos pocos restos de mampostería y pedazos de madera blanqueados por el tiempo, la mente de Alun, como una colmena, bullía de preguntas. ¿De qué fecha datarían? ¿Quiénes habrían levantado esas construcciones? ¿Qué habría sucedido con ellos? ¿Por qué nadie había mencionado su existencia? Según se les había informado, los indígenas de la Patagonia eran nómades: levantaban campamentos que se llevaban consigo cuando se trasladaban a otro lugar. ¿Loberos, entonces? No parecía probable que éstos se hubieran tomado el trabajo de erigir edificaciones definitivas. Sea como fuere, sus moradores ¿Habrían muerto allí? Y, en ese caso ¿dónde estarían sus tumbas?

Si ante un grupo de lobos marinos Alun se asombró sobremanera al asumir la enormidad que significaba para sí mismo –un anónimo labriego de las Islas Británicas que jamás antes había pensado en viajes– verse ahí, tomar conciencia de su persona integrando ese cuadro exótico, cuánto más lo excitaría la comprobación de que en ese sitio que los mapas designaban como tierra inexplorada había habido hombres blancos y edificaciones. ¡Cuánto se parecía un objeto construido por la mano del hombre al hombre mismo, luego de haber sido pisado por las plantas del tiempo

y el clima! Esos restos parecían un anciano gris, entregado a la nostalgia de su perdida lozanía.

Se angustió ante la perspectiva temporal que le abría el espectáculo: dentro de algunos años, los refugios, el depósito y el fuerte también podían ser despojos y, avanzando varios decenios más, no quedar de ellos más que unas pocas tablas grises dispersas en el lugar antes de ser halladas por otros hombres que recalaran allí.

Uno de sus compañeros recogió algo del piso y los llamó para exhibírselos. Les dijo que a él le parecía la reja de un arado. Alun, con afectada seriedad y mirando hacia los alrededores, dijo:

– Cierto, porque éste parece un buen lugar para la agricultura.

Los otros tres lo miraron interrogativamente durante un breve lapso y empezaron a reírse. Alun siguió, acentuando las palabras:

– ¿A quiénes se les puede haber ocurrido venir a cultivar a este desierto?

– Habiendo tanta tierra fértil en el mundo. Seguro que los trajeron engañados.

– Sí, con bonitos discursos.

– Y en un barco que atravesó el océano Atlántico de norte a sur. Pobres tipos…

– ¿O habrán venido escapados?

– Puede ser: prófugos del "Gran Inglés que vives en Londres".

Era el título de la composición satírica del desaparecido David Williams que Alun se había aprendido de memoria.

– ¿Lo sabe entero? ¡Dígalo!

– ¡Ahá! ¿Cuánto pagan?

– Yo, mi mayor tesoro: unos buenos zapatos de repuesto.

– Yo, una liebre. Si la cazo.

– Yo, una botella de agua. Es mi mejor oferta. ¿Qué le parece?

– Está bien, pero sáquense las gorras y dispónganse a orar. Ahí va. En honor a David Williams, esté donde esté. ¡Y apréndanlo de una vez! ¡Parecen rústicos campesinos galeses!

"Gran Inglés que vives en Londres,
temido sea tu nombre,
endeudado está tu reino,
hágase tu voluntad
así en Gales como en Inglaterra.
Concédenos muchas labores y fatigas,
y perdónanos por considerar escasos nuestros jornales
y cuando dejemos de pagar nuestras deudas,
no nos permitas la independencia,
mas guárdate de los colonos;
porque tuyos son toda Gran Bretaña,
y el poder, y la riqueza y la gloria
por los tiempos de los tiempos…"

– ¡Amén! repitieron a coro. Se habían alejado bastante del lugar y todavía, cada tanto, repetían algunos versos y se reían.

– ¿Agricultores, acá? A mí ni borracho me traen a un lugar así. Amén.

Profundidad histórica

Estaban ante uno de los primeros intentos frustrados de asentamiento de hombres blancos en la Patagonia. Esa Patagonia irreductible, que se había sacudido de encima las monturas que habían intentado ponerle españoles, ingleses y portugueses desde la desembocadura del río Negro hasta el Estrecho de Magallanes durante 345 años: desde 1520, en que la pisara el propio Magallanes antes de descubrir el estrecho que llevaría su apellido hasta esa fecha en que un puñado de galeses hacía un intento más.

La historia que Alun tanto quería saber era, realmente, una buena historia, con virreyes, fortificaciones, alféreces y fundaciones. Con cruces, Nuestras Señoras, capillas y curas. Con tumbas, muchas tumbas. Con un Robinson Crusoe que resistió más de un año allí, solo, con su perro y vivió para contarlo. Los años de nacimiento y defunción de aquello que podría haber sido un pueblo cuando los galeses llegaron, fueron, respectivamente, 1779 y 1810: los últimos veintiún años de dominio español en el Río de la Plata; veintiún años de vida que habían terminado cincuenta y cinco antes de que Alun y sus compañeros descubrieran los restos.

Había empezado cuando el rey de España le ordenó al andaluz Francisco de Viedma –famoso por sus obras de agricultura en su tórrido terruño– algo inusitado: que se instalara en la costa patagónica y la transformara en similar vergel. Francisco debe haber estimado que la idea era absurda pero órdenes eran órdenes. Llegó y fundó, cerca del istmo, el Fuerte San José. Y lo hizo en grande: el 15 de diciembre de 1778 habían salido de Montevideo un total de doscientas

treinta y dos personas en cuatro embarcaciones. Las conducían Francisco y Antonio de Viedma, Juan de la Piedra, Pedro García y Basilio Villarino. Ya en las costas patagónicas terminaron recalando, el día 7 de enero, en un golfo desconocido para ellos al que elogiaron como fondeadero y bautizaron San José. Como buenos hijos de una potencia imperial tomaron posesión, en nombre de Su Majestad, no solamente del lugar que pisaban sino de toda la Patagonia.

La rimbombante fundación pronto trocó en inquietud porque no encontraban una sola gota de agua dulce por ningún lado. Sin perder tiempo Villarino reunió algunos soldados y, según sus propias palabras vertidas en un informe ulterior, salió *despechadamente a aquel desconocido y miserable campo* y descubrió los manantiales que les posibilitarían la permanencia allí. Francisco dejó a su hermano Antonio a cargo del fuerte y partió con Villarino hacia el norte. En tren de fundar y fundar, el 22 de abril de 1779 fundó, no lejos de la desembocadura del río Negro en el Océano Atlántico, Nuestra Señora del Carmen, población a la que después se llamó Carmen de Patagones y finalmente Patagones, a secas, y ella sí, sobrevivió y cuando Alun y sus connacionales llegaron, era, a ciento setenta millas de distancia, la vecina más cercana.

Mientras, en San José, doce enfermos de escorbuto aumentaban su número a cuarenta y seis antes de un mes y el agua seguía escaseando. Entonces, sanos, enfermos, médico y misioneros se dirigieron a Antonio de Viedma para peticionarle, primero, y rogarle, después, que los saque de ese sitio. Pero ni las encías inflamadas y sangrantes ni las lividece ni los dientes caídos lograban vencer su terquedad. Lo logró por fin una amenaza rimada, una simple copla colocada en la puerta de su vivienda por manos anónimas:

Si el embarco se dilata
con sofísticas razones
se verá la tropa alta
y con muy justas raciones.

La sospecha del improvisado juglar de que las coplas tenían, no sólo la facultad de hablar de la vida, sino de torcerla, fue confirmada por el destinatario quien, así advertido, ordenó que se alistaran las naves. Zarparon con rumbo norte el 1 de agosto de 1779. Y allí habría terminado la historia del Fuerte San José si no hubiera ocurrido lo inesperado: a último momento, el teniente Pedro García se ofreció a quedarse con otros ocho hombres. Y así, la guarnición siguió viva aunque ni el rey ni el virrey ni nadie en su cadena de súbditos volvió a prestarle mayor atención.

¡Lluvia!

Avanzaba la primavera. El agrimensor enviado por el gobierno en la expedición liderada por el comandante de Patagones estaba mensurando y diseñando parcelas y pronto se haría un sorteo para determinar cuál se le adjudicaría a cada familia o a cada grupo de personas asociadas para su explotación. Mientras tanto se decidió sembrar en conjunto una chacra común, vecina al Fuerte Viejo. Sin perjuicio de ello, Rhiannon, Lyn y Thomas decidieron garantizarse su propia provisión de hortalizas. Habían terminado de

desmalezar el lugar en donde, al día siguiente, plantarían las semillas que habían traído: papa, zapallo, maíz, acelga, una pequeña huerta ubicada fuera de los límites de la aldea y cerca del río, favorecida por la sombra de dos sauces. Tenían mucho trabajo por delante porque el traslado de la carga –que había quedado en la playa, a 8 km. del Fuerte Viejo, se hacía largo y dificultoso y no estaba ni remotamente terminado. A todo ello, debían sumarle el mejoramiento de su vivienda ya que Thomas y Lyn no habían hecho gran cosa durante la ausencia de Rhiannon y a las primeras paredes que levantaron se las había tirado abajo el viento. Retomaron la tarea pero la impericia primero y la desmoralización después habían hecho el resto. *Una verdadera porquería*, sentenciaba Thomas señalándola y haciéndola objeto de todo tipo de burlas. Era apenas un refugio que no usaban más que para guardar sus cosas y dormir, y esto último sólo a veces.

Atardecía y no había viento. Rhiannon se había ocupado de preparar ropa limpia para los tres así que se bañaron en el río y se cambiaron. Estaban más delgados y muy tostados por el sol de tanto andar a la intemperie. A Lyn, que nunca había gozado de muy buena salud, el cambio de clima y el hecho de haber dejado la mina lo habían favorecido visiblemente. El olor de la tierra húmeda, el terreno limpio y la temperatura agradable se conjugaron para transmitirles una potente sensación de estar haciendo lo correcto, en el lugar indicado, en la mejor época de sus vidas y con la mejor compañía.

– Ahora, una comilona y unos buenos tragos – bromeó Thomas. Y Lyn:

– ¡Alcohol! ¿Qué es eso?

– Un brebaje especialmente indicado para ocasiones como esta.

– Me gustaría probarlo.

Se reían constantemente de todo, especialmente de su propia situación. Ocupaban la mayor parte del tiempo en tratar de cazar o pescar algo para comer, con poco éxito; añoraban comidas tan elementales como el pan con manteca, el dulce, la leche. Pese a ello, especialmente para Rhiannon y Lyn, después de haber vivido siempre en hospedajes de mala muerte, yendo de acá para allá según lo ordenaran los transitorios y mal pagos trabajos de él, la nueva vida les resultaba excitante y prometedora.

Durante los últimos años, desde que Lyn entrara a trabajar a la mina de carbón en Mountain Ash, la casa donde la madre de Thomas les alquilaba una habitación había sido su hogar y, la familia de él, lo más parecido a su propia familia. Pero de todos modos, vivían en una casa ajena. Ahora, por pobres que fuesen, tendrían un trozo de tierra del que obtener el alimento, una modesta casucha en esa inmensidad y constituían un núcleo unido y acogedor. S*us hombres* –siempre bromeaba llamando así a Thomas y a Lyn– eran ese lugar seguro desde donde observar y modificar el mundo, desde donde enfrentar sus peligros y obtener sus premios.

– ¿Vamos a *Trifa*?

Trifa –o *tres*, en español– era el nombre que le habían puesto a la vivienda que William Williams, el flamante amigo de Thomas, compartía con Watkin y Louiza, sus hermanos. La casa, ubicada a tres kilómetros río abajo del fuerte, estaba hecha de ¡alfombras!, constaba de varios ambientes y resistió mejor las inclemencias que muchos refugios de bloques de adobe.

– ¿Tienen ganas de caminar? Tenemos que salir antes de que oscurezca del todo.

– De todos modos, hay luna llena.

– No como nuestros estómagos.

– Llevemos mantas y quedémonos a dormir allá.

– ¡Vamos!

"La lluvia del comandante" –así se referían a las precipitaciones de mediados del mes de septiembre– había dejado la tierra húmeda y prometedora y todo indicaba que estaban a las puertas de una temporada favorable para cualquier cultivo. Pero lo que ocurrió fue todo lo contrario: salvo uno que otro chaparrón aislado, seguido indefectiblemente por un viento constante que, en menos de veinticuatro horas dejaba todo más seco que antes, no volvió a llover. Ya veían que eran muy comunes esas tormentas secas: se cubría el cielo, relampagueaba y tronaba, se levantaba viento, se olía la proximidad del agua, caían unas pocas gotas y… nada más. Rato después todo había pasado, se despejaba el cielo y de nuevo salía el sol. La tierra de la chacra comunitaria estaba reseca. La pequeña huerta también había decaído aunque, acarreando agua desde el río, Rhiannon, Thomas y Lyn habían logrado un discreto crecimiento.

Hacia fines de octubre se les hizo evidente que, si no llovía en un plazo de pocos días, estaban perdidos. Se recriminaban no haber sembrado antes, en agosto, para que las plantas ya estuvieran creciendo en octubre. Pero también razonaban que, aunque el año entrante así lo hicieran –y eso, siempre y cuando se obtuvieran semillas del gobierno argentino– los sembrados tampoco resistirían meses sin agua y con temperaturas que sobrepasaban los veinte grados y ascendían de forma sostenida. Preferían decirse a sí mismos que esa sequía que estaba castigando la estación íntegra no se repetiría. Ignoraban que no enfrentaban

una sequía excepcional sino que ése, tal cual, era el clima de la región y que por esa simple razón, fuera de los alrededores de la costa del río, todo era tan seco. Ignoraban algo harto evidente: que debían despedirse de la esperanza de lluvias regulares.

Disensiones y renuncia

Ya avanzado noviembre, se decidió hacer un recuento general de las provisiones con que contaban y se determinó que, si no obtenían frutos de la tierra rápidamente, los víveres no alcanzarían para más de cuatro o cinco meses (y eso racionándolos cuidadosamente, más aún de lo que ya lo hacían). De la explotación de los recursos que Jones había informado en la cubierta del *Mimosa* –mármol, guano, cascajo, caballos– nada se había concretado. No se trataba simplemente de ir y extraer esa riqueza: faltaba el barco que hiciera el traslado, las herramientas, el lugar adecuado para la estiba y, fundamentalmente, gente que conociera los modos de extracción. Cada uno trataba de procurarse comida de la caza, la pesca, la recolección de huevos e incluso, los pastos y raíces comestibles pero no era suficiente ni remotamente.

– Volvimos a la época de las cavernas –bromeaba Thomas.

– Y aquellos dos en cualquier momento descubren el fuego – agregó Rhiannon señalando a sus vecinos que luchaban contra el viento para encender unas ramas.

Thomas y Lyn festejaban íntimamente las pruebas de este tipo que daba Rhiannon. Afortunadamente, a diferencia de muchos, mantenía el buen humor pese a las condiciones en que vivían. Ellos mismos no querían ponerlo en evidencia pero estaban bastante preocupados y cansados de levantarse cada día sin saber qué comerían durante las horas siguientes.

Frente a la gravedad de la situación, el grupo de dirigentes organizó una reunión general en el galpón que hacía las veces de almacén, capilla, escuela, depósito y taller. Se soliviantaron los ánimos y empezaron a acusar a Jones de todos los males que los aquejaban y de ser un irresponsable al haber embarcado a familias completas en una empresa que ya, a tres meses de haber llegado, demostraba un increíble grado de improvisación. Él y los suyos –porque ya se habían formado dos bandos enfrentados– enumeraban la serie de inconvenientes con que habían tropezado y les recordaban que muchas de las desgracias no podían achacárseles más que a la mala fortuna y a la impericia de los colonos. Todo terminó de la peor manera: Lewis Jones presentó su renuncia y anunció indignado que, ya que sabían tan bien cómo debían hacerse las cosas, los dejaba en libertad de nombrar otra persona en su lugar. Se propuso otro nombre –William Davies–, se hizo una votación y, en menos de una semana, ambos partieron hacia Buenos Aires, cada uno acompañado por un pequeño grupo de seguidores y Davies con la misión de gestionar ante el gobierno una pronta solución para poder resistir en el asentamiento todo un año más. Con la partida de la embarcación, los colonos se quedaban aislados del resto del mundo.

Alun regresó de la bahía poco después y en pocas horas estaba conversando con Rhiannon.

– ¿Y? ¿Cómo le fue en la bahía?

– Muy bien. Pescamos y salamos bastante. Y fuimos a la Península. Pero dígame usted, ¿cómo andan las cosas por acá? Se escuchan muchas quejas.

– ¿Se enteró ya de que Lewis Jones se fue? Se eligió un nuevo delegado en su lugar que se fue también para Buenos Aires a conseguir ayuda del gobierno nacional.

– Sí. Me enteré. Supe que algunos también aprovecharon para irse.

– Sí, pero pocos. El agrimensor que mandó el gobierno en septiembre, la señora de Lewis Jones, por supuesto. El médico, lamentablemente. Unos diez, creo. No más.

– A mí me hubiera gustado acompañarlos. Para conocer Buenos Aires.

– ¿Y volver? – Rhiannon se arrepintió en cuanto advirtió la ansiedad que, indiscreta, se había colado entre sus palabras.

– Quién sabe… Pero bueno, acá seguimos. Ya era hora de que reaccionaran ¿eh? Tienen que buscar una salida urgentemente.

– Sí, sí. Indudablemente, pero… ¿Por qué se excluye? Nosotros también deberíamos poner algo de nuestra parte. No podemos quedarnos sentados esperando que cuatro o cinco hombres nos traigan la solución en bandeja.

– Está bien: "tenemos". Pero ellos fueron los que organizaron todo esto.

– Usted también se queja, entonces.

– ¡No! No me quejo para nada. Antes de levantar una queja prefiero hacer algo para buscar una solución al caso. Más vale actuar que hablar.

– Ahí disiento. Hablar, también sirve. Yo, fíjese, estoy aquí porque un hombre me convenció con un discurso que no duró más de media hora.

– Es bueno saberlo.

Rhiannon esbozó una sonrisa e intentó decir algo que le permitiera a Alun tomar por ese camino de diálogos sugerentes pero como no se le ocurrió nada lo suficientemente sutil, continuó:

– A los organizadores podemos culparlos de algunas cosas: del atraso en la salida de Liverpool, del hecho de haber partido de todas maneras aun sabiendo que llegaríamos tarde para la siembra, puede ser; pero todo lo demás, la cantidad de cabezas de ganado que se nos perdieron, la tormenta de septiembre, la falta de lluvia después, la clase de gente que vino… Eso no es culpa de ellos.

– ¿No? A mí me parece que todo tiene que ver. Podrían haber estudiado el lugar con más detenimiento y, fundamentalmente, haber incluido agricultores y pastores, si su idea era la agricultura y la ganadería.

– Pero, ¿usted sabe lo que pasó?

– ¿Qué pasó con qué?

– Que en principio habían hecho una selección bien planificada pero cuando les falló el barco que habían contratado originariamente, muchos colonos se arrepintieron y regresaron a sus pueblos. Nosotros no nos volvimos a casa solamente porque Thomas consiguió un trabajo temporario en el puerto y pudimos resistir. La cuestión es que cuando finalmente contrataron al *Mimosa*, las deserciones eran muchas y tuvieron que salir por los pueblos a reclutar a cualquiera que quisiera venir. Y ahora estamos sufriendo las consecuencias. Acá hay mucha gente que no está

comprometida con la causa en lo más mínimo. Muchos vagos, muchos inútiles, incluso ladrones.

– ¡Epa! Es implacable, señorita. Yo soy uno de esos que se anotaron al final. Llegué a Liverpool una semana antes de zarpar.

– ¿Una semana? ¡Tuvo suerte! Nosotros estuvimos un mes esperando. Lo que digo en defensa de Jones es que se trataba de reunir el número planeado y partir o abandonar la empresa, y tomaron una decisión en la emergencia. No podían deshacer todo.

– Puede ser.

– Mire, si se consigue apoyo el año que viene por esta época tendremos grandes extensiones sembradas y estaremos cerca de la cosecha. Y en una tierra propia ¡Propia! ¿Se imagina? ¿Quién se podía dar el lujo allá de soñar con ser propietario? Esto es el principio. Ya mejorará todo. Nosotros hicimos una pequeña huerta cerca del río. Plantamos cebada, maíz, zapallo y papas. Están prosperando.

– ¿Nosotros…?

– Mi hermano, Thomas y yo.

– Y están prosperando…

– Por supuesto. ¿Por qué se pone sarcástico?

– Porque no creo que vaya a crecer nada aquí, discúlpeme la sinceridad. Creo que vamos a tener que buscar la prosperidad por otro lado.

– ¡Ah! Entonces es de los que piensan que nos tenemos que ir.

– No. Me refería a la agricultura. No es viable. Si crecieron sus hortalizas es porque les habrán arrimado agua, supongo. Pero ¿cómo se hará con las

plantaciones grandes? Porque está terminando noviembre y desde septiembre que no llueve.

– ¿Y entonces?

– Entonces el guano, digamos. La sal. El mármol negro. Ya lo escuchó a Jones cuando subió al *Mimosa*.

– Por lo menos para la sal y el mármol, no creo que vaya a encontrar voluntarios. Mi hermano y Thomas, lo último que harían es volver a una explotación minera. Y todos los mineros como ellos deben pensar lo mismo. El atractivo estaba en la tierra.

– Cómo se ve que no saben de qué se trata.

– Habla como si supiera.

– Lo que digo es que es un trabajo duro como cualquier otro y, en esta tierra dura como tosca, ni hablemos.

– Dura porque no ha llovido.

– O porque no llueve nunca. ¿Qué sabemos cómo es el clima acá?

– ¡Bah! ¿Y qué hacer, entonces?

– Bueno, el ganado. Todas esas cabezas que ahora usamos de bancos hablan a las claras de que había vacunos en abundancia. Y de que sobrevivían solos.

– ¡Ah! ¿Y dónde está ahora el ganado?

– Y… los indios se lo deben haber llevado hacia el oeste.

– Prefiero no imaginármelo. Dicho sea de paso: ¿ni señales de indios por la bahía tampoco?

– No. Por suerte. Pero si nos la pasamos temiendo a los indios tampoco podríamos pensar en cultivos. Por ahora están todos medio encerrados acá, sin

alejarse. Pero dígame cómo se van a defender los que tienen tierras río arriba.

– Espere, espere. Se está olvidando de lo principal: el plan es una colonia agrícola. De eso se está hablando desde las primeras reuniones en Gales. En ese plan nos embarcamos todos ¿O no? Jones habló de otras actividades pero solamente para procurarnos alguna ganancia antes de la primera cosecha.

– Usted quiere el trabajo de la tierra, aquí o donde sea ¿no? ¿Sabe de qué se trata? ¿Del esfuerzo que implica? ¿De lo duro que es?

– No, pero… Bueno… No será para tanto. Realmente, yo me ilusiono con una parcela. Me haría además una huerta pequeña para sacar de ella lo que se necesite para cocinar. Una linda casita. Animales.

Mientras Alun pensaba "Justo, justo lo que yo no quiero", Rhiannon siguió:

– Es lo que nos atrajo del proyecto: la posibilidad de ser propietarios. Bastante hemos andado Lyn y yo de acá para allá, alquilando piecitas, siempre pagando por el lugar donde vivimos. Malvivimos, mejor dicho.

– Si encontráramos oro, usted se podría comprar su propia tierra.

– ¿Comprar algo que ya tengo? ¡Si ya nos asignaron las chacras! Los títulos van a venir más adelante. Por eso tenemos que ponernos a labrar la tierra, para demostrar que esto puede funcionar.

– Y yo le digo que no le veo futuro. ¿Quién nos garantiza que el año que viene por esta época no se repetirá esta sequía? ¿O que el clima no es así, sin más, siempre? Y deje que avance el verano y verá que el sol es cada vez más fuerte.

– Nosotros acarreamos agua desde el río y mantenemos la huerta regada.

– Volvemos a lo mismo. Está bien, pero no se puede planear una colonia acarreando agua desde el río. ¿Me entiende lo que le digo? Si no llueve pronto…

– Me está asustando.

– No se asuste. Yo simplemente trato de ser realista… Además, ¿vio cómo aflora la sal por todas partes?

– Sí, pero también veo que las plantas crecen de todos modos.

– ¿Y qué me diría del oro? Estuvimos buscando en la península Valdés.

– ¡No me diga que encontraron!

– No. Pero hicimos unas pruebas. Creemos que hay posibilidades.

– ¿Creen o quieren?

– Ahora la que se pone sarcástica es usted.

– Está bien. Busquen. Pero siempre hay que comer, y para comer hay que sembrar y cosechar. Además, no me gustaría vivir en una de esas poblaciones nacidas de la fiebre del oro.

– ¿Conoce muchas? ¿Cómo serían, según usted?

– No conozco ninguna, no se haga el vivo. Pero sé leer, y escuchar: viviendas precarias, ambición, sed de riqueza, prestamistas, comerciantes inescrupulosos, gente desconocida. No es lo que planeo para mí ni para mis hijos.

Alun pensó: "¡Hijos! El ambiente aquí se está poniendo insalubre." Y agregó:

– A mí no me desagrada: gente venida de todas partes, movimiento, relatos de países lejanos, la emoción de la búsqueda…

– Mujeres de vida disipada…

– ¡Jajaja! Eso lo dijo usted. Pero dejemos este asunto. ¿Ha visto algún mapa de la península Valdés? Venga, vamos para la playa así le hago un dibujo en la arena. Es enorme, pegada al continente por una lengua de tierra muy, muy angosta.

Iba a besarla

Poco después, Alun dibujaba en la arena. Rhiannon miraba el mapa pero no entendía las indicaciones porque más miraba las manos de él, sus antebrazos cubiertos de vello rubio, su perfil, su barba crecida y esa parte de su cuerpo que recién ahora tenía oportunidad de apreciar con detenimiento: la oreja, la mandíbula y el nacimiento del cabello en la nuca. Recién ahora se daba cuenta de cuánto se le había aclarado el pelo y tostado la cara desde que desembarcaron. Quiso acariciar todo ese sector de la anatomía de él con sus labios, o con sus propias mejillas y cuello; pasar partes de su cuerpo por el cuerpo de él, como hacen los gatos. Reaccionó:

– Parece un hacha.

– Cierto. Un hacha de piedra prehistórica. Si uno se para acá, en el mango del hacha, puede ver las dos bahías.

– ¡Ay! ¡Cómo me gustaría ir!

(– Así me gusta más.)

A los tres días, una tarde muy calurosa, Alun se montó sobre la empalizada del Fuerte Viejo, le chistó a Rhiannon –que se encontraba en el interior– y, cuando ella giraba su cabeza, se arrojó al piso hacia afuera, ocultándose de su vista. Repitió la operación y ella volvió a mirar sin descubrirlo. A la tercera, ella, que había reconocido su voz, se subió a una precaria escalera y lo esperó, de tal modo que cuando Alun trepó al muro una vez más prácticamente chocó con su cara, se sobresaltó y cayó. Ella subió, se sentó en la pared y, riendo, le ofreció ayuda. Alun se incorporó y le pidió que saltara ella, regodeándose por anticipado ante la posibilidad de recibirla en sus brazos. Ella bajó por sus propios medios y se le acercó, sacudiéndole el pasto seco y la tierra que tenía en el pelo y la camisa.

– Venía a despedirme.

– ¿Otra vez?

– Sí, pero… Una palabra suya y me quedo.

– ¡Ah! ¿Se va de nuevo a la Península?

– No, vamos a explorar un poco río arriba, hacia el Oeste. Tiene que haber bosques, mejores tierras. Usted ha visto los troncos grandes que bajan a veces por el río. De otras especies distintas que los que se ven acá.

– Ah sí. Ya se venía hablando de eso. Claro, usted no se lo podía perder. ¿Cuánto tardarán?

– ¿En salir?

– No. En volver.

– Una semana. Dos. Tres. Depende.

– ¿De qué depende?

– De cuánto la extrañe.

Rhiannon tragó saliva y, pese a que intentó salir del paso con algún comentario jocoso, hizo lo contrario: lo miró azorada.

Alun estaba decidido: iba a besarla. A eso había venido. Para evitar miradas indiscretas había llevado a cabo la maniobra de sacarla hacia afuera. Constantemente hacía apreciaciones sobre su boca como posible puerto de un beso. Todas sus conversaciones, hasta la más intrascendente y casual, habían tenido un trasfondo de beso deseado, de tentativa de beso, de plan de beso, de beso imaginado y pospuesto. Se vio a sí mismo acercándosele, tomando su mentón y aprovechando su boca abierta por el asombro ante la frase audaz.

Pero no se animó.

Al día siguiente, odiándose por cobarde, salió con otros siete expedicionarios y el primero de enero del año entrante lo encontró en su actividad predilecta: arriba de un caballo, marchando por un sitio desconocido. La aspiración máxima era llegar a la cordillera de los Andes. No sabían cuán lejos estaba –unos seiscientos kilómetros– porque, en este aspecto, también, la información con que contaban dejaba bastante que desear. A Alun le interesaba particularmente llegar allí porque le habían dicho que siempre era más factible encontrar oro en cordones de montañas nuevos que en la costa. Pero pronto les cerró literalmente el paso un cordón de rocas que no pudieron trasponer y que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. De picos nevados, vegetación y arroyos transparentes, nada. Le pusieron a ese lugar el nombre de uno de los del grupo, procedimiento que les otorgó una agradable sensación de pertenencia, y optaron por regresar.

La buena noticia que trajeron: no había indios en ninguna parte. Unieron esa comprobación con la altura e inaccesibilidad de las rocas y sacaron una conclusión no muy lógica pero útil a fuerza de desearla: estaban protegidos por ese cordón de elevaciones; podían estar tranquilos. Iniciarían el año aliviados por esa certeza, extendiendo por los alrededores su radio de acción, cada vez más confiados.

Venga a ver esto

Durante la semana siguiente a su regreso, Alun y Rhiannon estuvieron juntos más tiempo que el compartido en los cinco meses pasados. Alun se había fijado algunas metas: llevarla a ver el barco hundido, enseñarle a andar a caballo, visitar la desembocadura del río. Mientras tanto, se dedicaron a pequeños descubrimientos, a observar pacientemente una liebre o un pájaro desconocido, a imitar el paso del ñandú, a ver el mismo paisaje a distintas horas del día para comprobar las trampas de la luz, a coleccionar flores silvestres, puntas de flechas, a pescar y, fundamentalmente a conversar, reírse, conocer, cada uno, el apasionante territorio del otro ser humano.

Alun siempre había estado muy conectado con la naturaleza, sus padres debían reprenderlo para que entrara a la casa y él lo hacía casi exclusivamente de noche o cuando las inclemencias del clima lo obligaban. Por eso no echaba de menos ni un techo ni las comodidades de la civilización. Sentado en la playa

descansando, con una buena provisión de almejas y caracoles en una lata para cocinar más tarde, recordó una oportunidad en que, sentado frente al mar en su país, descansando también de algún otro trabajo, miraba la superficie de la playa. Un caracol pequeño, una concha de mar vacía, abierta e inundada de arena, el enorme ramo de un alga intacta, un trozo de piedra rugosa, con su superficie marcada por el ir y venir eterno de las olas; seres del mar enteros e intactos y seres despedazados, mínimas partículas que ya no revelaban de qué animal o planta o piedra habían formado parte poblaban la arena recién dejada por el mar. Seres que, en breve, no estarían así, enarenados, pegados en el piso, adoptando la postura en que los había dejado la última ola que no volvió a tocarlos sino que, nuevamente, bailarían la danza del agua, los más livianos; se levantarían apenas y caerían al fondo, los más pesados, pero todos, sin excepción, serían trasladados por la marea incansable. Algunos no volverían jamás a esa playa, otros sí, conformando en el piso cuadros siempre diferentes aunque esencialmente idénticos. Esa coreografía, que alternaba con exactitud y puntualidad períodos de inmovilidad con tiempos de flotar, de moverse, de ser sacudidos aquí y allá por el cuerpo del mar; esa coreografía respetada por los seres del agua a lo largo de una extensión inconcebible de tiempo y de playas, era una sucesión de signos con los que la naturaleza, minuciosamente, le hablaba a Alun de su hermandad con los seres vivos y las piedras; lo situaba con delicadeza y arte en la tabla rasa de la que el humano se ilusiona con sobresalir.

Aquella vez se había puesto de pie y empezado a caminar por la arena húmeda y compacta, a grandes zancadas, mirando el piso. De pronto, se vio como un gigante que transitaba el relieve de un país semidesértico. Un charco bajo su bota era un lago; las ondas de

arena, una serie de lomas que hundía con su pisada desaprensiva; un caracol y una piedrita, casas, en el medio de un campo. Sus pies apareciendo y desapareciendo; los distintos seres del mar diseminados alrededor de ellos, que parecían dispuestos allí por una mano sobrenatural; las ondas dibujadas en la arena; todo ello, viniendo hacia él y pasando, comenzó a tomar un aspecto enrarecido, diferente del que ofrecía a primera vista. Dirigiendo su mirada al entorno, volvía la normalidad: el mar, la playa, el cielo. Volviéndola a la arena y, siempre caminando, otra vez el gigante.

Buscó a Rhiannon para contarle. Poco después estaban los dos en la playa repitiendo muy concentrados la experiencia. Eran niños, todavía, y éstos eran sus juegos.

Se sientan frente al mar. Él dialoga con naturalidad. Está a sus anchas en esa situación, observando a la persona que más le interesa, que más le gusta. Las cosas de las que habla son oportunas y se relacionan con los temas a los que ella se refiere pero intercala, en huecos de la conversación, gestos que hacen sospechar que en cualquier momento va a decir algo de tremenda importancia para los dos (– *Rhiannon, eh*…). No obstante, nada ocurre y sigue enmascarando con palabras ligeras otras palabras que tratan de salir pero no encuentran cómo, y laten, allí, en lo profundo. Cuando es él quien la mira a ella, alarga la acción un ápice más allá de lo necesario, abandonándose a un placer que, a juzgar por la forma en que se muerde el labio inferior, lo altera, lo emociona. Cuando ella a su vez lo mira y hace silencio esperando una contestación, él reacciona y contesta, o pregunta algo repentinamente para salir de ese arrobamiento. También se tapa la boca con el puño cerrado, como si sus labios pudieran llegar a hacer un movimiento reflejo que desenmascare

su fascinación, como si fueran a decir cosas que él no sabe si quiere decir. Cuando ella se distrae cada tanto, mirando a un niñito en la playa o a su madre detrás de él, o a dos viejos que buscan pulpos y festejan sus hallazgos, alarga su brazo hacia ella intentando sacarle un pelo de la cara o, simplemente, tocarla. Desiste. Cualquiera que los viera moverse, a la distancia, se daría cuenta. El cuerpo delata.

El hecho de querer mostrarle a Rhiannon todo lo que lo impresionaba no estaba motivado solamente por la generosidad ni por la atracción que ella ejercía sobre él. Lo estaba, también, por la búsqueda de la versión que, del hallazgo, ella habría de darle. Venga, quiero que vea esto, no quería decir solamente, Se lo ofrezco sino, Quiero verlo con usted, quiero que usted me haga saber qué ve para, así, poder encontrarle también yo la veta madre, porque solo no puedo, porque un mismo hecho tiene adentro varios más que solo usted puede exhibirme incluso sin hablar, porque su sola presencia –que obra de una manera ajena a la forma mía de captar las cosas– manda dirigir las luces de la percepción hacia otros puntos. Y cuando digo ajena esté quizá equivocándome, porque lo que usted encontrará, seguramente, será lo que yo estaba buscando sin éxito, y experimento, más que la alegría del descubrimiento, la de la ratificación de una sospecha. Y entonces ocurre que aguzo todos los sentidos y sobrepaso cualquier marca mía anterior en el arte de ver. Las palabras Venga, quiero que vea, quiero mostrarle, que tanto Alun como Rhiannon pronunciaban cada vez más a menudo, denunciaban la aparición del misterio de la afinidad, esa forma tan plácida del amor.

¡Mentiroso!

Este acercamiento espiritual, paradójicamente, le complicó a Alun el acercamiento físico que deseaba todo el tiempo. De pronto Rhiannon le parecía una frágil copa de cristal que debía manipularse con sumo cuidado y se felicitó por haber reprimido a tiempo el beso sorpresivo con el que intentó abordarla. Empezó a tentar una declaración de amor. Pero le costaba dar con la sintaxis justa porque de pronto también las palabras debían ser elegidas con cuidado.

Lo que sí hizo –en un acceso de sinceridad que consideró imprescindible dado el estado de cosas– fue decirle:

– Rhiannon, voy a confesarle algo.

Rhiannon tragó saliva. Se puso colorada. La cabeza comenzó a hacerle ruido y el corazón, a redoblar sus latidos. Tuvo que esforzarse para que no le tiemble el mentón. La sonrisa amable que quiso esbozar trocó en mueca de disimulo.

– Pero debe prometerme que quedará entre usted y yo.

– Se lo prometo.

– No se vaya a enojar.

– ¡No!

– Bueno, lo que quería decirle es que yo, en Gales, era agricultor.

Rhiannon esperaba recibir una declaración de amor. ¡Qué le importaba de qué había trabajado! La frustración de sus expectativas se transformó en indignación.

– ¿Qué me dice?

– Agricultor, como mis padres. Como mis abuelos.

– ¡Es usted un mentiroso!

– ¡Eh! Yo no le mentí.

– ¡Ah! ¿No? ¿Y por qué tanta cautela? ¿Por qué habla de "confesión", entonces? ¡Dependiente de un almacén! ¿O no me dijo eso?

– Fui también dependiente de un almacén. Pero por escasos dos meses. Toda mi vida fui labriego. Desde los ocho años de edad hasta que me vine para acá trabajé la tierra a la par de mi padre.

– ¿Y por qué ocultarlo? ¿Se avergüenza?

– No. Simplemente no quiero volver a ello. No pienso volver a ello. Por eso lo oculté.

– ¿Y se suma a un grupo que planea establecer una colonia agrícola?

– Me sumé al grupo para viajar, para cambiar de vida.

– Habla como si hubiera sido poco menos que una tortura. ¿Y viene a contármelo recién ahora? Perdóneme si me tomé demasiadas atribuciones pero creí que éramos… amigos.

– ¡Somos! Por eso se lo cuento. Usted es la única que lo sabe. Y le pido discreción.

– ¡Debería habérmelo dicho desde el principio! ¿O creía que yo iría a contárselo a todo el mundo? Yo sé guardar un secreto… ¡Con razón, tanta prédica en contra de la siembra! ¿Y nos deja que cometamos un error tras otro? Me imagino su satisfacción cuando se nos secó todo lo que habíamos plantado.

– ¿Qué dice? ¿Me cree tan miserable? Yo también, hasta cierto punto, creí que llovería, que quizá…

pero no. Este lugar no es apto. Yo se lo dije de mil maneras. Sólo que usted no me quería escuchar. Pero de ahí a gozar con su fracaso…

– ¿Y qué propone? ¿Qué vivamos de la caza y de la pesca? ¿Ciento cincuenta personas? ¿Que vivamos arriba de un caballo, de viaje en viaje? ¿Que comamos oro, paisajes, mármol negro, aventuras? Perdónenos, somos demasiado simples, demasiado limitados, no se nos ocurre nada más emocionante que sembrar y cosechar.

– Mire, la verdad: no sé para qué le conté.

– Me contó porque le dio vergüenza haberme mentido. ¡Vergüenza!

– Bueno. Va a ser mejor que terminemos acá nuestra conversación.

– Claro que terminamos. Y dudo de que volvamos a hablar. Prefiero relacionarme con gente honesta y sincera.

– Usted verá, entonces.

Se separaron. Alun, algo avergonzado, sí, y preocupado también por una reacción que juzgaba desmedida y que le revelaba, una vez más, el apego de ella a un plan de vida que él rechazaba terminantemente. Rhiannon, indignada contra sí misma por haberse hecho ilusiones con la posibilidad de una declaración de amor y contra Alun, más que por la mentira misma, porque su terca negativa a todo lo que tuviera que ver con instalarse allí le confirmaba que una relación con él no era posible.

En este punto de la historia entró en acción otro factor que contribuyó a torcer el curso que tomaban los acontecimientos. Está constituido por esa combinación tan propia de la época, de buenas costumbres,

cuidado de las apariencias, moral victoriana, prejuicios y, cómo no, dominación masculina.

Lo que ocurrió fue que Lyn, habiendo advertido cuán soliviantados tenía Rhiannon los ánimos e identificado al responsable de la erupción, comenzó a llevar a la práctica la autoridad sobre su hermana que, tácitamente, había recibido de su extinto progenitor como único acervo hereditario. En la emergencia, contó con la asistencia del comedido escudero Thomas quien, velando en realidad por sus propios intereses, aparentó velar por la decencia de Rhiannon, el deber, el decoro, la debida distancia, la discreción y todas esas virtudes consideradas apropiadas para una dama, que empiezan con *d* de *deseo* pero están dirigidas más bien a contenerlo. La asociación de defensores funcionó porque contó, a su favor, con el hecho no previsto ni sabido por ellos de que habían entrado en acción en el momento justo en que Rhiannon y Alun acababan de disgustarse el uno con el otro.

Lyn combinó un par de prohibiciones expresas dirigidas a su hermana –la de acercarse tan asiduamente a Alun y la de alejarse del radio de la aldea y sus inmediaciones– con una vigilancia que, no por haber sido ejercida con ternura y sin demasiada convicción, fue menos rigurosa. Finalmente, concretó una entrevista con el galán, al cual interrogó en pocas palabras sobre sus intenciones y puso sutilmente sobre aviso de que debía abstenerse de continuar gozando de los encantos de Rhiannon –quien podía no tener padres pero contaba con un hermano mayor que velaba por su honra– si no quería sufrir desagradables consecuencias sobre su integridad física y su estado civil.

En otras circunstancias, en otro relato, el enamorado habría hecho caso omiso y encontrado la forma de seguir viendo a la dama y ambos terminarían

casándose o escapándose. Pero en éstas, el adverbio *perdidamente* no es aplicable al grado del enamoramiento de Alun. Estaba entusiasmadísimo con Rhiannon pero también con sus planes, que no sabía muy bien en qué consistían pero sí sabía en qué no: no en ser padre de familia ni abnegado labriego.

Las palabras de Lyn le produjeron sentimientos encontrados: por una parte, lo alegraron, porque constituían la confirmación que él quería. No olvidemos que todo lo que sabemos sobre el efecto que Alun provocaba en Rhiannon –porque nos hemos metido de manera sumamente indiscreta en su cabeza– Alun lo ignoraba porque Rhiannon era una jovencita espontánea y comunicativa pero también inteligente, que sabía cómo mesurar sus impulsos y disimularlos cuando se le iban de las manos. Entonces Alun fluctuaba, en lo tocante a determinar qué sentía ella por él, entre la seguridad más absoluta y serias dudas. Por otro lado, las palabras de Lyn lo espantaron, porque de pronto y sin haberlo previsto, se encontraba a sí mismo bajo examen, sitiado por dos hombres celosos y una mujer hermosa que se le figuraba armada de una enorme tijera y dispuesta a cortarle las alas. Su recientemente adquirida libertad estaba en peligro. Sus sueños, sus planes. Un beso y estaba perdido. Una declaración de amor y se transformaría, antes de darse cuenta, en una réplica de su padre, de su abuelo, sólo que del otro lado del mar.

Tomó una decisión. Como primera medida, irse a la Bahía, poner tierra de por medio, como para no volver a tentarse con Rhiannon. Luego vería qué hacer.

Rhiannon tomó la decisión contraria. El desagrado inicial y el rencorcillo áspero que le provocó la discusión no la distanciaron ni remotamente de él. Recién lastimada por la mentira y por lo que ella

significaba pero no tanto como para precipitar una ruptura, se le hizo patente que, como una nueva Ginebra, quería conquistarlo, asediarlo y vencerlo, como una amazona que se las arregla tanto para el amor como para la guerra, como una sirena con los huidizos marineros, con el embrujo de sus senos al aire y su cola de pez.

Hasta aquel día Rhiannon había navegado por la apacible laguna del más absoluto desconocimiento de las verdades profundas de Alun. La fascinación por él se había alimentado a sí misma de una perfección imposible, esa que se sabe aparente pero se disfruta como real. Hizo falta ese paso al costado hacia un desvío por el que ella no era invitada a transitar, esa imperfección en su conducta para que su consecuente cuidador, en cierto modo aliado, fiel sirviente también, devoto de su culto, un poco actuadamente esclavo a la manera de los trovadores con su dueña, se transformase en un ser de carne y hueso, con contradicciones y dobleces. Y quizá por lo mismo, más atractivo.

Luego de la discusión, se habían cruzado en dos o tres oportunidades simulando no verse. Tenía que buscar la manera de reiniciar el diálogo. Lo observaría atentamente. Quizá se disculparía por haberlo enjuiciado tan drásticamente. Le preguntaría por su pasado y se constituiría en una comprensiva confidente. O le aceptaría sus disculpas, en caso de que él se las ofreciera. No debía olvidar que estaba indignada. Que se había entrampado diciéndole que no iba a hablar más con él. Podría inventar alguna buena excusa. Cómo no se le iba a ocurrir algo. Aunque también podría acercársele y ser sincera con él. Hacerle saber que… ¿Qué? ¿Que lo extrañaba? ¿Que temía que se aleje? Bueno, no era necesario exagerar. Con sólo hablarle daría por sentado que la pelea había terminado.

Ya vería qué hacer. Pero tenía que ser rápido. El tiempo de los elegantes avances y retrocesos debía terminarse. No más pasos de baile ni tímidos mohínes. Más sentimientos y menos sensatez. Pero ¿dónde se había metido? Hacía tres días que no lo veía.

Alun, mientras preparaba su caballo y sus cosas para partir hacia la bahía, iba recuperando un cierto estado de prescindencia con respecto a Rhiannon. Debía ser práctico. El mundo estaba demasiado lleno de atracciones como para detenerse. Era capaz de hacer grandes esfuerzos para procurarse aquello que quería. Era enteramente feliz en el sacrificio, siempre y cuando corroborara –en una medición día a día– que se estaba encaminando hacia la consecución de sus planes. En cuanto no se le ofrecían signos elocuentes de éxito o, al menos, signos que le permitieran interpretar los reveses como retrocesos sólo parciales, su empeño decaía. Pasado este último período de abandono y toma de conciencia –corto, siempre, aunque pletórico de dolor y de rabia– se abocaba metódicamente a desatar los diferentes nudos que había tejido hasta lograr dejar que su necesidad, que su deseo, que su efímero o prolongado sueño se aleje lentamente de él hasta perderse en la bruma del agua.

Desatar nudos fue lo que hizo con Rhiannon cuando advirtió las pocas probabilidades con que contaba para concretar, junto con ella, la vida que él quería. En rigor, al desatar estos nudos, actuó, no con aquella certeza de que la meta era inalcanzable –ya que, por el contrario, ella se le acercaba desprevenidamente, respondía a sus llamados y señales con la puntualidad y el modo de un niño pequeño frente a un dulce– sino casi preventivamente, por haber comprobado en varias ocasiones –entrañables, vibrantes– que, quizá, el que estaba en el interior de una red era él. Él, por obra de su propia actividad para atraérsela.

Él, por obra del paciente y desapercibido modo en que ella se dejaba seducir, esperaba sus pasos, respondía a sus llegadas o se les resistía. Firmemente decidido a sustraerse, se abocó a la tarea de detectar dónde estaban las ataduras más difíciles de soltar, luego las menos, todas: las hechas con sogas toscas y las de resbalosas cintas que se deshacían en cadena con sólo tirar inteligentemente de un cabo suelto.

Se desató de los primeros destellos que lo llevaron a fijarse en la cara de Rhiannon y no en otra; soltó el nudo de aquella nariz apoyada en su pecho cuando eran dos desconocidos; se libró de la manera tan singular de ella de concentrarse en lo que decía cuando las palabras y los hechos eran ligeros y su tráfico parecía no tener precio; se desprendió de las suficientes evidencias de su cuerpo que ofrecían sus vestidos. Pescando tranquilo en la bahía, luego de haber reflexionado sin interrumpirse acerca de lo que le estaba pasando, la dejó ir, barco ella, muelle él.

Prenda de amor

Poco tardó Rhiannon en enterarse de que Alun se había ido nuevamente a la bahía. Lo esperó durante todo enero, mes de calor, de días largos y luminosos. Reconstruyó repetidas veces el diálogo que terminó en pelea y se echó, conforme pasaba el tiempo, cada vez más culpas.

Tenía que hacerle llegar una señal. Pero ¿qué? Una misiva, por intermedio de alguien que fuera para

allá… no. No sabría qué escribirle y, de cualquier manera, sería demasiado atrevido de su parte. Algún pedido verbal, tampoco. ¿Qué le iba a pedir? Tráigame los vestidos que dejé, tráigame un plato de cerezas, yo hago un delicioso pastel y lo comemos juntos sentados mirando el río, tráigame otro huevo de ñandú, que el que me regaló me lo robaron… ¡Tráigame su presencia! Tráigase usted mismo y háble me de lo que hace allá. Sin mí. ¿Cómo no me extraña?

En febrero le llegó la solución: Iago. Le habían encomendado ir a la bahía.

Las mujeres del grupo a menudo cosían la ropa de los hombres solteros que no tenían madres ni esposas que lo hicieran y Rhiannon se había ofrecido a arreglarle un saco a Alun. Si ya en agosto estaba bastante desgarrado de tanto andar en el campo, entre las matas espinosas, en enero era un desastre. ¡Qué disgustado estaría con ella para no habérselo pedido antes de irse! ¿O no querría acercársele? Rhiannon tenía suficiente confianza con Iago como para pedirle que se lo entregara, discretamente. Así, no sólo se disculpaba por la discusión sino que a la vez, rompía el hielo y le daba la posibilidad de que le envíe de vuelta una señal que, por insignificante que fuera, ella sabría interpretar.

Iago aceptó el encargo con una imperceptible sonrisa de complicidad.

Mi padre acomodó a cada lado del caballo carguero, que era el único que teníamos, dos canastos: en uno iba mi hermana y en el otro yo, con la cabeza afuera mirando el desierto gris. Quizá de tanto mirar el desierto, su infinita extensión y el viento azotando mi cara, aprendí a quererlo y marcó mi alma para siempre. (John Daniel Evans, *El molinero*, El Autor, Buenos Aires, 1994)

capítulo 3

Qué desgracia...

Thomas subió al *Mimosa* ya enamorado de Rhiannon. Por ella se sumó al contingente y lo hizo decidido a declarársele en cuanto se le presentara una ocasión propicia.

Cuando, en la cubierta del barco, la vio reclinada sobre el pecho de Alun, sufrió un violento sobresalto. Con el corazón latiéndole aceleradamente, se acercó a ellos y, pese a que escuchó una buena explicación, el cuadro le dio vueltas en la cabeza todo el resto del viaje. Había dado por hecho que Rhiannon sería su esposa y la escena le hizo patente que no debía estar tan seguro. Se convenció de que no había razón para preocuparse recién cuando comprobó que ella no volvía a cruzar palabra con el desconocido. Urgido, pensó en confesarle su amor inmediatamente pero el barco atiborrado de gente no lo ayudaba, la niña enferma le quitaba a Rhiannon de su lado, y él, como todo enamorado, no reunía el valor, no encontraba el momento ni la seguridad en sí mismo. Luego desembarcaron, él salió para el río y pasaron casi dos meses separados.

Verla hablando nuevamente con Alun a dos días de la accidentada llegada en el Mary Helen, sentados ambos frente al río de espaldas a la población conversando como si el resto del mundo no existiese y unir la escena con aquella del barco fue una sola cosa. Rato –mucho rato– después, Rhiannon apareció radiante

con un huevo de ñandú en sus manos, les dijo a él y a Lyn que el que se lo había regalado era uno de los que había hecho el viaje con los víveres en la chalupa, se llamaba Alun y provenía del norte de Gales, les repitió lo que él le había contado sobre cómo extraer el huevo sin romper la cáscara… y todo la delataba. Thomas, mientras disimulaba lo mejor que podía su consternación, veía erigirse en lugar de ella, una bella, deseable, adulta, voluptuosa mujer completamente desconocida para él y tanto más adorable, extraña, amenazadora, dueña de sí e indiferente al dolor que le estaba causando, embarcada en su panegírico de ese Alun que llegaba para quedarse en sus pesadillas.

Con el conocimiento que proporciona la observación más meticulosa y constante, con la clarividencia que a veces dan los celos, Thomas fue constatando en Rhiannon todos los signos de su enamoramiento. El corazón de ella había empezado a bombear una avalancha compuesta por los extraordinarios seres del amor y Thomas lo advirtió antes que nadie. A partir de ese momento comenzó a observarla y, conforme el tiempo iba pasando y él hacía sus comprobaciones, su declaración, aquella que venía ensayando desde hacía meses, perdía consistencia, se achicaba como un pan seco. Para qué describir su sufrimiento. No debe haber hombre o mujer que no haya pasado por ello. Al amor no correspondido se le sumó el espectáculo de Rhiannon interesada en Alun.

Pero como buen enamorado no dejó ni por un minuto de alimentar la esperanza de lograr desviar en su dirección la corriente dirigida al otro. Afortunadamente –constató– su rival no pasaba mucho tiempo en el Fuerte Viejo, y eso le daba algo de ventaja, un precioso tiempo que no desaprovecharía. Pero si las ausencias del odiado joven le daban a Thomas largos

respiros, sus vueltas a la población, por cortas que fuesen, le proporcionaban una suerte de pócima de dolor concentrado. Por más que Rhiannon disimulase su excitación y su embeleso, él los advertía claramente. Luego de tantos años de convivencia en su casa familiar, luego de haberla visto crecer desde niña, la conocía muy bien.

Le quedaba la posibilidad de que Alun no se sintiese atraído por ella, de que a ese privilegiado imberbe Rhiannon le resultase indiferente. ¡Qué decía! Lo observó. Lo descubrió, en una oportunidad, dedicándose a apreciarla. Así, sin más, como un niño (*como el niño que es* –acotó para sí–. *No debe tener más de diecisiete o dieciocho años*). Él, que había tenido incontables oportunidades de observarla abierta o subrepticiamente, nunca se había atrevido a tanto. Además de la duración de la mirada, estaba el cómo: *registra todos los detalles de la fisonomía de Rhiannon sin ningún tapujo; y de todo su cuerpo; disfruta de ella; no le importa en lo más mínimo ser descubierto; es más, parece estar buscando que ella lo advierta; es audaz ¿eh? No tiene vergüenza, no tiene miedo de que ella se enoje, se ofenda; no repara en consecuencias; quiere mirar y mira, eso es todo. Está lanzado.*

En otra ocasión los vio pasar caminando y prestó atención al idioma de sus gestos: se reían, él hablaba –seguramente alardeando de su conocimiento del lugar y disfrutando de la completa atención que concitaba–, y en un momento dado se colocó frente a ella y caminó retrocediendo, como si ir a su lado no fuera suficiente para acapararla. Como no podía ser de otra manera dado lo accidentado del terreno, tropezó con una raíz y cayó al piso, exagerando el accidente, dando manotazos al aire y provocándole a ella más risas aún.

Él también está interesado en Rhiannon. Más que interesado. Es un hecho. Qué desgracia.

Habría querido hablar con Lyn para corroborar sus sospechas pero no encontraba cómo hacerlo sin ponerse lastimosamente en evidencia. El principal reparo que se había opuesto a sí mismo para declarársele a Rhiannon había sido justamente Lyn. Temía que pudiese reaccionar mal e, inclusive, había pensado en que correspondía confesarle sus sentimientos a él antes que a ella, para sondear el terreno y obtener su venia antes de lanzarse al vacío. Ahora, nada de eso tenía sentido.

Hasta que el propio Lyn le preguntó:

–¿Quién es ese chico que está con Rhiannon?

Thomas no le informó ni su nombre ni su lugar de origen ni su ocupación. Sin desaprovechar la ocasión, fue al nudo de la cuestión. Se escuchó a sí mismo decir, con inflexiones de comadrona ávida de chismes:

– El mismo que le regaló el huevo de ñandú.

– Tendría que controlarse un poco. Ella, digo. ¿No?

Friso de identidad

Rhiannon se arraigaba como uno de esos arbustos raquíticos pero firmes como la roca que crecían por todas partes. Si un viajero le preguntara cómo era esa parte de la Patagonia, ella ya era capaz de ofrecer un panorama bastante exhaustivo: animales y plantas autóctonas, clima, distancias, relieve. Y si aquél le

permitiera dar una respuesta personal y antojadiza le diría que esa tierra que pisaba, que caminaba junto con ella desde el mes de julio de 1865, que se despertaba y se dormía con ella y no se le separaba ni un palmo, era un ser singular hecho de una materia no descriptible: no estaba compuesta por los objetos del mundo de la geografía, ni por los de la poesía, ni por los del tiempo, ni por los del hombre. No tenía ríos ni mesetas, tampoco palabras, cadencias ni rimas; ni sucesivas estaciones, nacimientos, muertes y decrepitudes; ni edificaciones, caminos, marcas de la laboriosidad o la destrucción humanas. Era, en cambio, un friso tridimensional tan enorme como el cielo; monumental pero transportable, etéreo. Y, eso sí, tan suyo como su nombre. No había hombre ni mujer capaz de reconocerlo o compartirlo. La Patagonia, para ella, ya era ella misma, subyacía en sus estados de ánimo, condicionaba sus respuestas, distribuía afinidades y rechazos, discutía procederes y omisiones, influía, despejaba o encapotaba su semblante, daba a sus ojos el mirar acostumbrado a las grandes extensiones vacías.

Esa tierra la miraba y ella podía *verla* también, si se lo proponía. Y en ella se veía a sí misma, protagonizando muchas de las escenas del friso, como aquella de la cara de Alun y, de fondo, las rocas tapizadas de almejas brillantes o aquella otra en que ambos regresaban de ver esas rocas y él, de pronto, deteniendo su marcha, había dejado de hablar, la había mirado y se le había ido transformando el semblante como si recién ahí la hubiese descubierto y no pudiera dejar de mirar ese espectáculo. Ella se había sobresaltado ante el repentino silencio de él porque no estaba prestando atención a lo que decía sino a las modulaciones de su voz, al conjunto constituido por su boca de perfil, su mandíbula y su cuello, con el mar detrás, su sonido y su olor. También en el mismo retazo de tiempo,

gravitando sin que ella lo hubiera advertido en aquel momento, estaba la libertad. Cortadas las amarras que la habían atado a su país, tan decidida a construir un mundo y tan segura de poder lograrlo que el frío y la soledad y lo desconocido no sólo no le hacían mella sino que le insuflaban valor.

Si sólo eran ideas de ella, eran tan vívidas que, a sus ojos, constituían la pura realidad. Por eso decía que la Patagonia era ella misma y a un documento que se refiriera a su identidad –ese documento monumental, minúsculo– no podía faltarle esa caminata, esa mirada, ese descubrimiento, esa sensación de libertad.

En esa dimensión algo irreal se movía Rhiannon cuando Thomas intentaba hablarle de su amor. Y el pobre enamorado, dándose cuenta de que no era su hora, posponía y posponía.

Ataque de nostalgia

Durante los sucesos que culminaron con la desvinculación de Lewis Jones del Consejo y el nombramiento de Davies en su lugar, Thomas le dio un respiro a sus tribulaciones amorosas. Alun se había instalado en la bahía para pescar y cuidar de lo que había quedado allí y no lo verían por el Fuerte Viejo durante un mes de noviembre que a Thomas le pareció el paraíso.

En cuanto el Mary Helen y el barco de los Harris –que casualmente había llegado con animales desde Patagones– partieron con Lewis Jones y el nuevo presidente él y Lyn convinieron con los hermanos

Williams en ir a buscar madera a un sitio al que se había bautizado como "Punta de las Tablas". Thomas lo recordaba muy bien porque se habían detenido allí en agosto, en el accidentado viaje hacia el río, en el momento más crítico, cuando todos desfallecían de sed y los pocos adelantados como él mismo y William se habían detenido a esperarlos. Estaba ubicado a unos diez kilómetros del Fuerte Viejo, en el punto en que las barrancas del límite norte del valle terminaban en el mar y les había llamado la atención el hecho de que había muchos barriles desparramados por la playa. William y su hermano Watkin, con su característica libertad a la hora del diseño, ya habían hecho un viaje hasta allí y construido una coqueta mesa redonda de tres patas con un fondo de esos barriles y Lyn y Thomas habían decidido hacer lo propio. Habían quedado de acuerdo en que irían los cuatro varones y Rhiannon se quedaría con Louiza Williams en la casa de ellos pero cuando su hermano la despertó a la madrugada se arrepintió y no hubo forma de hacerla levantarse.

Ahora atardece. Thomas regresa de la Punta de las Tablas cansado pero contento. Solo, porque Lyn hubiera querido quedarse a disfrutar de las atenciones de Louiza. Desde cierta distancia ve a Rhiannon dando vueltas cerca de la huerta y se detiene a mirarla. Quiere emular a Alun en su observación descarada y sensual pero una ola de ternura lo hace sonreír y emocionarse un poco. Ella camina lentamente, se detiene aquí y allá, se apoya en uno de los sauces y mira hacia el río. Cuando lo ve corre hacia él.

– ¡Thomas! ¡Cómo tardaron! ¿Y Lyn? ¿Se quedó en Trifa?

– Sí. Quizá pase la noche allá. ¿Y esa cara?

– ¿Qué cara?

– Esa nariz caída y esa boca triste.

– No tengo la nariz caída.

– Sí. La dejamos muchas horas sola.

– ¡No! Si los tres sabíamos que iban a llegar a esta hora. Estaba aburrida, nada más ¿Cómo les fue?

– Bien, bien. Dejamos todo en Trifa y mañana lo traemos para acá. Pero ¿Qué pasa?

– Nada, nada. Es que… ¿Quiere agua?

– Bueno. Es que… ¿Qué?

– No, nada.

– Rhiannon. ¿Cómo que nada? Venga, acompáñeme hasta la costa. Me quiero sacar estas botas.

Llegaron a dos troncos secos que habían colocado en la ribera, cerca de su casa, para sentarse allí, asearse y lavar los utensilios de cocina.

– Yo los ayudo. Deme ese pie.

Se sientan y Thomas ensaya un chiste. Simulando hablar a través de un cuerno de caza, dice:

– ¡Cuidadooooo! ¡Apártense todos!

Rhiannon tira hacia atrás riendo y, cuando le saca la primera bota, la arroja lejos, se tapa la nariz y hace arcadas. Simula recomponerse y tira de la otra. En cuanto la broma termina, está de nuevo muy seria.

– Eh, se apagó otra vez. Qué pasa.

– Mmmm es que, me puse a pensar en casa, en Mountain Ash. Cómo debe extrañarnos Lizzie.

– Y… sí.

– Si al menos su padre trabajara menos horas y más cerca de la casa, para ella sería más llevadero.

Pasar el día entero sola cuando antes estaba yo todo el tiempo revoloteando por ahí y ustedes llegaban a la tarde y había siempre de todo para hacer. Ya hace seis meses que nos fuimos y recién va a recibir nuestra carta… ¿cuándo? Dentro de dos meses más, y eso con suerte. Sí que sería lindo ir un rato ¿no? Si uno pudiera… Ser una especie de Merlín, preparar un brebaje que te coloque de pronto allá.

– Ah…

Se quedan callados, enfocando cada uno su propia imagen de la casa y de la ciudad de los últimos años. Thomas comparte la ola de remembranza pero reacciona enseguida porque advierte que Rhiannon está por llorar. Asiente con afectado entusiasmo:

–¡Sí! Estar en la calle, ver gente yendo de aquí para allá, escuchar el bullicio, los gritos, las risas, los insultos, los chirridos de los carros, los cascos de los caballos sobre el empedrado de la plaza.

– Movimiento, gente, edificios, casas, casuchas, pasillos, puentes, el olor del humo de la fábrica…

– Mire que era asqueroso ¿eh?

– Sí, pero yo, igual lo extraño. Me ha quedado en la nariz como uno de los olores característicos de mi vida de antes.

– El olor de los puercos de Griffin…

– ¡Cierto!

– ¿Cierto? ¡Rhiannon! ¡Me estaba burlando!

– ¡No es que me guste! No me entiende. Es que lo asocio a Gales. Acá está todo tan… tan…

– ¿Vacío?

– Y… sí. Abierto. Despejado. Solo.

– ¡Uuuuh! Nariz caída. ¿Va a llorar?

– No. Digo nomás. A veces me dan ganas de un poco de civilización. Negocios. Chimeneas. Ventanas con vidrios.

– ¡Ventanas! Y la vieja Gwen despotricando, como cuando pasábamos a las carcajadas. Pagaría por verla ahora.

Thomas hace equilibrio en el límite entre la seriedad y la burla tratando de llevarla hacia una charla ligera, entusiasta, para que ella no se desmorone. Pero Rhiannon ni siquiera sonríe.

– Es que esto es tan inmenso, tan enormemente vacío. Toda esta naturaleza me está dando escalofríos. Es angustiante. El cielo gigantesco, las olas del mar con ese estruendo cuando rompen y rompen y rompen, el correr del río, los pájaros y los días y días que llevamos sin escuchar una ciudad. ¡Los meses! Y, mientras, todo es viento y tierra y sol… Pensaba en Patagones, si estuviera más cerca, sería lindo poder ir de vez en cuando. Volver a ver una calle bien trazada, pasear con mi ropa buena, comprar algo en un negocio, por pequeño que fuera. ¡Llevar dinero en los bolsillos, simplemente!

– Tampoco era que llevábamos dinero en los bolsillos tan seguido.

– Bah… no sé para qué le hablo, no entiende nada. ¡Nada de nada!

– Bueno, no se enoje, señorona mala.

– ¡Déjeme!

– En cuanto podamos vamos a ir.

– ¡Thomas! ¿Adónde? ¿Es en chiste? En cuanto podamos… ¡Dentro de diez años! Si estamos vivos,

nada más. Dígame qué nos va a pasar si no vuelve el flamante Presidente de la Colonia ¿Cómo se llamaba?

– William Davies.

– William Davies. Esa es otra cosa: ¿quién lo conoce a ese tipo? ¿De dónde salió?

– Yo lo conozco. Me parece que…

– ¿Qué idea puede tener sobre tratar con gobernantes de un país? ¡Negociar con un ministro, tan luego! Nosotros vinimos aquí siguiendo a Lewis Jones, a Edwin Roberts, personas que desde hacía años venían haciendo gestiones, viajes, consiguiendo plata, convenciendo gente, de todo tipo de cosas en pos de una colonia lejos de Inglaterra. Edwin Roberts ya había viajado a Estados Unidos, Lewis Jones ya había venido acá hacía dos años a elegir un sitio. Y con Sir Love Jones Parry, barón de Madryn. ¿Entiende lo que quiero decir? Barón de Madryn. O el reverendo Michael D. Jones y su esposa, que solventaron toda esta locura con su propio dinero. Galeses, sí, nacionalistas, sí, pero con dinero, instruidos, con relaciones en las altas esferas.

– Rhiannon, Lewis Jones era un simple tipógrafo en Liverpool.

– ¡No importa eso! Tipógrafo o no, se las supo ingeniar para conseguir apoyo en Gales. Así pudo conseguir el *Mimosa*, el *Mary Helen*, el *Juno*, conseguir los peones, los animales, las provisiones; conseguir el agrimensor y las tierras. ¿Y ahora qué? ¿William Davies, Thomas? ¿De qué puede servir un Don Nadie como William Davies, un pobre inútil como usted, como yo?

– Rhiannon, un poco de indulgencia con el prójimo. No insulte.

– ¡Bah! Seamos realistas. Dígame: si lo mandaran

a usted a Buenos Aires con la tarea de fletar un barco para el culo del mundo para ayudar a unos mineros muertos de hambre que no le importan a nadie aquí en este país ni en ningún otro, venidos de la loma de la…

– ¡Eh!

– A ver: si estuviera ahora mismo en lugar de William Davies desembarcando en Buenos Aires, ¿por dónde iba a empezar? ¿Quién le iba a hacer caso?

– Rhiannon, primero: ni usted ni yo fuimos elegidos para ir a ninguna parte. Segundo: ya está hecho. Ya se fueron. No hay más remedio que esperar. Y confiar en Dios.

– ¿Y si no vuelve? Qué se yo, porque no se le da la gana o porque no consigue más apoyo del gobierno ni de nadie ni en qué venir, ese es otro pequeño detalle. ¿Qué hacemos? Puede tener muy buenas intenciones pero con eso ¿qué logra?

– Rhiannon, escuche. Te digo quién es William Davies: es un devoto cristiano, tiene bien pasados los 36 años –no como Lewis Jones que tiene como diez menos, y eso se nota, no me lo puede negar– maestro mayor de obras, hombre hecho y derecho, activo y emprendedor pero también realista, responsable. Yo he hablado varias veces con él y me parece adecuado para la tarea.

– Qué tendrá que ver la edad… Y no va a decir que Jones no era activo y emprendedor.

– Y… demasiado. Si los comparamos le diría que la edad importa. Lewis Jones es un optimista desaforado, no mide consecuencias, me parece; se lanza y atrás nos arrastra a nosotros; está tan empecinado en armar la colonia acá que no ve los obstáculos. A mí me parece medio loco. Yo a Davies lo veo más mesurado, y más práctico, también. Puede tener sus

ideales pero antes que nada va a buscar que podamos instalarnos bien en algún lugar, con beneficios concretos. Y está muy entusiasmado con América y con una colonia. Además, otra cosa: dudo que Jones lo abandone a su suerte allá en Buenos Aires. Estará indignado, dolido, harto, pero este es su sueño. Lo sigue siendo. No lo va a dejar solo.

– Solo… Solos estamos nosotros aquí en esta maldita Patagonia. No hay nada ¡Nada! Para donde uno mire: nada. Nada.

– Nada.

– Nada, sí. Deje de tomarme el pelo. Esto es como una celda de nada. Yo no puedo moverme a más de doscientos metros a la redonda si no es con ustedes. Estoy mirando aquellas lomas desde hace más de dos meses con ganas de subir hasta ahí pero largarme a caminar es peligroso. Además, me estoy quedando sin zapatos. Es un encierro espantoso. Querría cruzar del otro lado del río, aunque sea, pero no, tampoco se puede. Y la verdad, ¿caminar? ¿Para dónde? ¿Para qué?

– Pero Rhiannon, del otro lado es exactamente igual.

– ¡No me importa! ¡Ya sé! ¡Pero no me importa! ¡Y cómo vivimos, Thomas! ¡Como salvajes! Ni bañarme bien puedo. ¡Estoy tan sucia todo el tiempo! Mire mis manos. ¡Mire estas uñas! La Gran Reina de las Uñas Sucias.

– ¿Qué?

– Nada. Que mi nombre, Rhiannon, es de origen celta, es bien galés y significa Gran Reina.

– ¿Y eso?

– Nada. Lo decía... David Williams, el hombre

que desapareció; el que escribió los Diez Mandamientos y el Padrenuestro en broma y los recitaba en el Mimosa.

–Y tiene razón. No hay reina más grande que Rhiannon.

Rhiannon se tapa la cara y se larga a llorar. Thomas la abraza y mira los alrededores, como si en alguna mata, en la superficie del agua, en alguna porción del paisaje pudiera encontrar una solución para ella. Cuando empieza a calmarse le dice:

–Mire, Rhiannon. Cómo está el cielo.

Y ella, con los ojos hinchados y la nariz roja, se maravilla:

–Qué belleza.

Muebles de lujo

Al día siguiente el chubasco había pasado. Llegaron los Williams y Lyn con la madera, construyeron la mesa y dos bancos largos, asaron pescado y el optimismo de todos le cambió el color a las cosas.

En cuanto pudo estar a solas con Lyn, contraviniendo el pedido expreso de Rhiannon, Thomas le contó lo ocurrido y juntos se pusieron a pensar qué hacer.

– Primero y principal: no tenemos que volver a dejarla sola. Turnarnos. Y está Louiza, está Iago.

–Sí, podríamos hablar con él para que se apure a concretar esas reuniones literarias que quería hacer.

Habría que acondicionar mejor el galpón, ayudarles a correr la voz. Hay que encontrarle una ocupación agradable, algo mejor que acarrear agua y desplumar patos.

–Demasiado ha resistido, pobre hermanita mía. No debimos haberla traído. Podría estar ahora en la casa acompañando a Lizzie, de lo más tranquila…

–¡Ah! ¿Y cómo íbamos a hacer eso? ¿Nos habría hecho caso? Ella fue la promotora, no hay que olvidarse de eso.

–Sí, ya sé. Pero nosotros somos mayores y somos hombres. Tendríamos que haber previsto que las cosas podían resultar mal.

–¿Tan mal? No se lo imaginaba nadie.

–La verdad… Nosotros que, para esta altura del año, nos veíamos en medio de una colonia agrícola, preparándonos para cosechar…

–Mejor ni hablar de eso, Lyn. Ahora, busquemos la forma de que Rhiannon no se venga abajo. Algún plan, alguna actividad, algo que le dé una perspectiva mejor hacia el futuro.

–¡Qué lenguaje, señor! ¡Teníamos un líder acá y no nos habíamos dado cuenta!

–Idiota ¿Y a qué se debe tanta risa? ¡Ahhhh! "Amor bajo un techo de alfombras persas" ¿Así se llama la canción? Y, a propósito ¿Pasó algo?

–¡No! Todavía nada pero me parece que la cosa viene bastante bien.

–Así se habla.

–Thomas, se me ocurre algo. Hagamos un paseo hasta la parcela que nos tocó; con Iago y los

Williams, si quieren. Que Rhiannon vea que tenemos una tierra nuestra; que la toque; que vea cuáles son sus límites; que planee dónde va a estar la casa. No importa si después todo se viene abajo. Por ahora hagamos como si estuviéramos todos seguros de que vendrá la ayuda.

–Faltaría que pase algo por alejarnos tanto.

–¡No! No podemos pensar así.

–Bueno. Hagámoslo. Parece mentira pero estar pisando un lugar que va a ser de uno, arraiga, impulsa.

–Yo voto por usted. Es un hecho. "Partido patagónico. Thomas Owen al Consejo". Tiembla David Williams.

Una carta sin pagar

Cuando, hacia finales de diciembre, se resolvió mandar un grupo a explorar hacia el oeste, Thomas pensó en ofrecerse pero no se animaba a dejar a Rhiannon a merced de las efusiones de *¿Alun, se llamaba? Alun, sí.* Por otra parte, el propio Alun se ofreció a ir antes de que Thomas pudiera dedicarle más tiempo al tema. Entonces, decidió quedarse. No desaprovecharía la oportunidad de estar a solas con ella.

Por esos días, el nuevo presidente de la colonia escribía desde Buenos Aires una carta que, al menos en lo atinente a su compromiso con sus lejanos connacionales, daba por tierra con todos los temores que albergaba Rhiannon:

Buenos Aires, 23 de diciembre de 1865.

Queridos papá, hermano, hermana y familia, tío y todos los parientes y amigos:

Ya les escribí brevemente antes pero no sé si recibieron mi carta. Les envío ésta desde Buenos Aires, a donde vine de parte de la Colonia. Espero volver allá en unos pocos días.

Ahora creo totalmente en el éxito de la Colonia. ¡Ya veremos! La tierra es asombrosamente fácil de trabajar, no hace falta desmontar. Todavía no pudimos cazar muchos de los animales que hay aquí; son tan ariscos y la región es tan despejada que nos ven a una milla de distancia. La verdad es que hemos pasado dificultades pero ahora las cosas van mejorando y parece que seguirán encarrilándose. La región tiene un clima fabuloso, nunca antes estuve más sano que ahora; para mí en particular esto es muy valioso.

Deseo ser verídico sin equivocarme en uno u otro sentido y, así y todo, ahora es demasiado pronto. Si dijera que todo está bien después vendría alguno y se decepcionaría y diría que le mentí. Si dijera que todas las cosas están mal, después no vendría nadie y así saldrían perdiendo ellos y la Colonia. Repito lo que dije antes: estoy convencido que (si viene gente) habrá aquí una magnífica colonia en pocos años. Estaría bien si vinieran algunos jóvenes solteros y emprendedores pero me parece que es un poco pronto para que vengan mujeres y chicos.

Indudablemente se comentarán muchas cosas gracias a ésta y otras cartas, pero les convendría esperar un poco antes de formarse una idea sobre la región. No estoy para nada arrepentido de haber dejado Liverpool. Me encantaría ver a mis familiares y amigos pero me parece que estaré aquí mientras viva.

La región es pobre, muy pobre en árboles; hay mucho menos de lo que dijo nuestro Caleb (Lewis Jones) pero es

probable que haya árboles valle arriba. También hay poca agua pero en el río la hay en abundancia. No tienen idea de las liebres lindas que hay acá, del tamaño de una oveja chica; lo malo es que pueden verlo a uno a distancia; cuando se siembren granos y haya cerdos, habrá reparo y entonces habrá más posibilidades de cazarlas. En cuanto a los guanacos, todavía no matamos ninguno, son muy ariscos y rápidos. Los patos van a parar a la olla seguido y, algunas veces, gansos y cisnes también.

El pescado es excelente en Bahía Nueva. Sin embargo, nuestro gran asunto será sembrar grano y criar animales. Con relación a lo primero todavía no tuvimos tiempo y no puedo decir nada pero, con relación a lo último, pienso que todo lo que hace falta es un plantel para empezar. La tierra parece ser buena pero hay algo raro en ella: después de llover fuerte durante dos o tres días, el agua se infiltró en el suelo una o dos pulgadas nada más. No sé si esto es bueno o malo. Hay muchísimas focas en estas costas en la época apropiada y cuentan que se hace muchísima plata. Si viniera alguien con un barco pequeño y cuatro o seis marineros le iría muy bien.

En general el contingente está muy animado lo que, considerando todo, es destacable. Espero que el tono de mis cartas vaya mejorando una tras otra. A pesar de que sólo conseguí un periódico desde que estoy acá (no sé quién lo mandó sino T. Roberts), nos han llegado algunos otros por un medio u otro. Confiamos en que el gobierno o alguna compañía ponga un vapor que corra entre Buenos Aires, Bahía Blanca, Patagones y Bahía Nueva.

Día sábado: Ya veo que en esta carta no podré darles muchas noticias sobre mi éxito en las gestiones. El vapor zarpa el lunes y la gente aquí está todavía retrasada. Lamento mucho mandar una carta sin pagar, me dicen que así no es seguro que llegue, pero estaré más al tanto de todo para el próximo vapor.

Me encantaría recibir unas líneas de todos ustedes. Cuéntenme qué se comenta de la Colonia, si se habla de venir o no y todo lo que oigan sobre ella. Yo les escribo a todos juntos para ahorrar franqueo.

Termino por ahora, prometiendo algo mejor para la próxima vez.

Suyo, etc. etc.,

William Davies
Colonia de Galensos, Patagonia
Vía Buenos Aires

Los expedicionarios de la "Colonia de Galensos" no se perdieron en el desierto –como Thomas hubiera deseado en sus más inconfesables sueños– ni le dieron un mísero mes de respiro: a los diez días estaban de vuelta. Allí empezó para él una verdadera tortura: Rhiannon y Alun exhibían, cuando estaban juntos, la capacidad inigualable de los adolescentes de no hacer nada útil durante horas, de remolonear al sol como los lagartos, de reírse de cualquier estupidez hasta casi descomponerse. Hasta que Lyn intervino, el gavilán voló hacia la bahía y Rhiannon, al menos en apariencia, se llamó al orden. El mes de enero transcurrió, para Thomas, con relativa tranquilidad. Intentó en varias oportunidades acercársele en plan de conquista pero ella no estaba allí. No cerca de él. Miraba el paisaje, caminaba, se perdía en sus pensamientos. Leía y escribía.

Welsh not

Recién en febrero Lyn y Thomas le pidieron a Iago que acelerara la concreción de las reuniones literarias y le explicaron someramente los porqués. Iago no necesitaba razones de fuerza mayor para empezar pero lo cierto era que, al igual que los más inquietos del contingente –que no eran todos– ocupaba casi todo su tiempo en tratar de procurarse alimento y en participar de las tareas comunes que se iban fijando. Como buen intelectual su tendencia natural hacia la acción se traducía en observar y analizar más que en hacer, en el sentido estrictamente corporal del término. Pero cuando pisó la Patagonia y fue viendo que todo faltaba –hasta el agua, la comida, el techo– puso toda su juventud y su músculo al servicio de la situación. Durante tres meses empleó su labia en intercambiar ideas con otros para lograr dar con las soluciones que cada día les exigían. Cada semana lo tenía a él y a un grupo de amigos sopesando la viabilidad de distintas actividades económicamente redituables que, antes de ser descartadas, gozaban de unos días de gloria en sus febriles pensamientos. El pedido de Thomas y Lyn lo ayudó a reservar una o dos horas de cada día para concentrarse en lo que mejor sabía hacer y más le gustaba.

Le propuso a Rhiannon que se reuniesen a diario para leer en voz alta, convenir temas y seleccionar algunas lecturas que ayudaran a incentivar la creatividad de los futuros artistas. Ahora que tenían sus flamantes mesas redondas y el verano los acompañaba con atardeceres calurosos y luz hasta más allá de las nueve de la noche podían hacerlo cómodamente al aire libre.

– ¿Cómo hacemos? ¿Dónde nos juntamos? – le preguntó Rhiannon.

–Me parece mejor venir yo. La casa de ustedes está más cerca de todo. ¡En pleno centro de la ciudad!

Rhiannon sonrió. No se le había escapado que, a escasos veinte metros de su casita vivía la familia de una joven que Iago miraba con mucho interés.

– ¿Cuándo empezamos?

– Yo primero tengo que ir a la bahía a ver cómo están nuestros pescadores y llevarles unas cuantas cosas. Ya hace casi un mes que se instalaron allá.

– Sí. Tres semanas largas.

– Me ofrecí y no puedo echarme atrás. Creo que salgo pasado mañana pero voy a caballo y vuelvo enseguida así que… El próximo lunes. ¿Está bien? Ahí planificamos todo y después empezamos a invitar casa por casa. Hay que hacer una lista de los que no pueden faltar.

– Está bien. ¿Trajo la lista de los textos que hay en la colonia?

– Sí. Se los dicto así podemos pensar, cada uno por su lado, cómo utilizarlos. Le fueron donados a Michael D. Jones por distintas personas e instituciones religiosas especialmente para la Colonia. Él se los entregó creo que a… ¡Bah! No sé quién los tiene en su poder. Eso podría averiguarlo usted mientras yo estoy en la Bahía. Debe tenerlos en reverendo Abraham Matthews ¿no? O Edwin Roberts, quizá. O estarán repartidos entre varios. O todos juntos en el depósito. Le dicto:

Cien Biblias y Testamentos donados por la Sociedad Bíblica; dos ejemplares de *El libro de los celtas* del señor De Gaulle; más de mil tratados religiosos en

inglés; tres ejemplares del libro de Daniel S. Evans, de Llanymawddwy; numerosos libros de Escuela Dominical para los niños redactados por el señor William Roberts y cincuenta Testamentos que envió la Sociedad Bíblica Metodista–Calvinista de Liverpool.

– ¿El título del libro de Evans?

– No lo sé. Habría que echarle una hojeada.

– Por lo pronto tenemos bastantes libros. Yo tengo un tema para que lo vaya pensando: "Welsh Not".

– ¡Claro que sí! No debe haber uno solo que no sepa de qué se trata, que no haya sufrido alguna situación relacionada con la prohibición. Aparte, tiene que ver directamente con nuestros intereses aquí y ahora: la educación y nuestra lengua.

– Inclusive podríamos hacer algunas representaciones. ¿O no? Maestros persiguiendo a los alumnos, el cartel para acá y para allá…

Inglaterra, para imponer su lengua y desalentar las veleidades separatistas de sus súbditos del País de Gales, había prohibido que los niños hablaran el galés en las escuelas. A los remisos se les colgaba del cuello un cartel que rezaba "Welsh Not", del cual podían deshacerse sólo si señalaban a otro que dijera alguna palabra en el idioma prohibido. El que llegaba al fin del día escolar con el cartel encima recibía castigos físicos. Doble ganancia para la Corona: los niños se cuidaban muy bien de hablar un idioma que les acarreaba castigos y, de paso, se ejercitaban en el sano deporte de la delación.

– ¡Si estuviera acá el pobre David Williams!

– Qué pérdida. Podría estar aquí y ahora mismo con nosotros.

A Iago lo fascinaba el destino de ese hombre, que tras viajar tantos días cruzando el mar, haya pisado tierra para desaparecer, envuelto en el misterio. La imagen de su silueta deambulando en el desierto se le hacía presente siempre, como un sueño recurrente. Había anotado ideas para plasmar esa suerte de alucinación pero la empatía hacia su desgracia le impedía trabajar con eficiencia. *Quizá ahora, con estas reuniones, me sea posible distanciarme un poco y trabajar en un poema.*

– ¡Con la habilidad que tenía para escribir versos! –siguió Rhiannon.

– Y para hacer reír… Pobre. Este habría sido un tema hecho a medida para él. Pero, bueno. Miremos hacia adelante. ¿Algo para enviar a la bahía?

Rhiannon lo miró agradecida de que le haya ahorrado el trabajo de buscar una excusa y le contestó de manera casual:

– Yo cosí el saco de uno que está allá y quizá lo esté necesitando.

– Alun.

– Sí.

– Si está listo, lo llevo. Cómo no.

Cruce de pensamientos

Alun pensaba en Rhiannon. Thomas pensaba en Rhiannon. Y si bien Rhiannon pensaba en Alun y no en Thomas, la forma que adoptaban sus

pensamientos con respecto a aquel era muy parecida a la que adoptaban los de Thomas con respecto a ella: estaban llenos de planes futuros y de escenas hogareñas. Esta combinación de situaciones que, expresada así, parece un juego de palabras, tiene su importancia, porque las imágenes que compone cada uno en su propia mente –o que florecen también a espaldas de su dirección– son parte de la realidad y deben ser tenidas en cuenta. No sólo los hechos importan. La tramoya y el guión de los pensamientos también gravitan. Porque están ahí, aunque los demás no puedan verlos y sus dueños los nieguen o los disimulen.

Cuando la cara de Rhiannon se inmiscuyó en su cabeza, Alun reaccionó sin más tardar y empezó a convocarla, de manera planeada y sistemática, y muy a menudo: por ejemplo, al dormirse, siempre. Al cerrar los ojos ideaba alguna escena estimulante con ella y se dormía así, bañado por esos pensamientos a veces eróticos, a veces no, siempre benéficos. Las escenas que inventaba eran relativamente intemporales y del tipo de la que protagonizaron en el balcón del acantilado describiéndose mutuamente la piedra y el agua. Podían datarse a voluntad y situarse en cualquier parte del globo. Se abrazaban, eran novios. O no se conocían y se miraban intensamente en una ciudad, entre la gente. Ella era rica y él pobre, o a la inversa, y se veían envueltos en un amor imposible que triunfaba al final. La veía desnuda, semidesnuda, desvistiéndose ante sus ojos, mirándolo con alegría, con picardía o con suma seriedad; se veía –se sentía– a sí mismo también desnudo tendiéndose sobre ella; se detenía reiteradamente a pensar en el beso que quería darle, en la ocasión en que podría concretarlo, en suponer el gusto y la textura de su boca y en memorizarlos. Ninguna de estas ensoñaciones se proyectaba hacia el futuro ni hacia el mundo real. Solamente estaban sus cuerpos,

sus miradas, y el entorno se acomodaba a la anécdota como telón de fondo. Cuando alguna incongruencia –gente que se desplazaba suspendida en el aire, pájaros parlantes, viajes al pasado– le indicaba que así no podía ser, en lugar de modificarlos hacía caso omiso porque en la posibilidad de avanzar en mundos imposibles anidaba eso que lo subyugaba: la libertad.

Los pensamientos de Rhiannon se diferenciaban de los de Alun en que, por una parte, eran de largo alcance y tenían lugares y fechas ciertas: más que ensoñaciones eran planes; por otra, en que su carga sexual era mucho menor. Rhiannon era virgen y, si bien había hecho objeto a Alun de una observación detallada y podía reconstruir mentalmente partes de su cuerpo de manera sumamente fiel, lo deseaba como quien repite la fonética de un idioma extranjero, sin saber el significado de las frases. Imaginaba miradas, besos, abrazos, caricias, sí, y reproducía y aumentaba la excitación que sintió en el barco, cuando él y su sonrisa la turbaron tan violentamente, o cuando Alun le tomó una mano por primera vez, o cuando la miró a los ojos desde el otro lado de la fogata y, en lugar de desviar la vista prosiguió, audaz, sin detenerse. Pero, no avanzaba más allá del terreno conocido. Se imaginaba casada con él, con hijos, prosperando, viviendo en su propia chacra, siendo amigos de las esposas de Lyn y de Thomas, visitándose, ayudándose los unos a los otros, creciendo juntos, en todo sentido.

Y los sueños de Thomas con Rhiannon eran bastante similares a los de Rhiannon con Alun. Tenían fechas ciertas, lugares posibles, verosimilitud e ilación aunque –y en esto coincidían con los de Alun– con el agregado del sexo explícito: la imaginaba mirándolo enamorada, mirándolo con arrobamiento, mirándolo con deseo, incluso mirándolo cuando él no lo advertía.

Por ejemplo: estaban casados, por supuesto; vivían en el campo, allí mismo, en el valle del río Chubut; al fondo del cuadro se dibujaba su casa. Él estaba trabajando la tierra y ella hacía alguna otra cosa a cierta distancia. Thomas se observaba a sí mismo desde el punto en que ella se encontraba. La mirada de ella (que él estaba experimentando) se detenía en su cuerpo. Ahí la cámara de sus propios ojos de soñador situados en las cuencas de los de Rhiannon enfocaba, por ejemplo, sus propios omóplatos, sus brazos trabajando, sus omóplatos de nuevo; luego bajaba por la espalda (desnuda y ondulante, por el movimiento de sus músculos) y se detenía en el cinturón, en esa parte del cinturón que se hunde un poco en la piel; luego recorría los glúteos, las piernas. Él (que estaba en dos lugares a la vez y saltaba de un punto de vista al otro) se incorporaba, y ella podía apreciar el conjunto. Se le acercaba, repentinamente urgida por el deseo de abrazarlo. La cámara de sus propios ojos de soñador se movía con el caminar de Rhiannon y, antes de que ella llegue a su lado, saltaba al punto de vista de él, que no había tenido tiempo de advertir nada, simplemente estaba secándose el sudor de la frente cuando ya la tenía al lado. Finalmente, dejaba la pala, le sonreía, ella le sonreía también y, como hacía ademán de besarlo, él no se hacía esperar y le abrazaba la cintura y la besaba. La cámara, que enfocaba la boca de Rhiannon hasta el mismo momento en que él dejaba de verla porque ya las caras estaban juntas, salía del medio de los labios y se alejaba discretamente dando barquinazos por la tierra arada. La pareja abrazada y besándose.

Iago

A mediados de febrero se desató una violenta tormenta de verano, cuando en la chacra común todo se había secado desde hacía más de un mes. De todos modos se la recibió con gran regocijo. Lyn y Thomas, desde el comienzo del verano, dormían casi todas las noches cerca de la choza, pero a la intemperie. Esa noche, sumamente calurosa, no había sido la excepción y poco después de conciliar el sueño fueron despertados por las primeras gotas. A la alegría sucedió la preocupación y a ésta, la desesperación. Una lluvia torrencial, que no cesó hasta veinticuatro horas después, inundó y destruyó no sólo las pequeñas huertas, sino también el foso que rodeaba el fuerte, donde –para aprovechar la pared ya levantada, dada la falta de materiales– muchos habían construido sus viviendas. Gracias a que se despertaron inmediatamente pudieron advertir a tiempo que el foso se estaba transformando en un río, despertaron a Rhiannon, dieron aviso y empezaron a llevar sus pocas pertenencias a un terreno más alto. Cuando el agua entró en la casita, ellos habían terminado de vaciarla y ayudaban a los demás. Rhiannon, completamente empapada y abrazada a Thomas, observaba el desastre.

– ¿Por qué no llovió así en octubre, en noviembre, en diciembre, en enero?

Lyn respondió moviendo la cabeza. Thomas, apretando el abrazo y dándole un beso en la mejilla.

Dos días después, cuando habían terminado de desarmar lo que quedaba de su hogar y se aprestaban con todos los demás a reconstruirlo fuera del pozo, en una suave elevación donde, a partir de esa fecha, quedaría emplazado el pueblo, se les acercó

corriendo un vecino dándoles una novedad bastante inquietante.

– Iago. El muchacho que enviaron a Madryn. Apareció el caballo.

– ¿El caballo solo?

– Sí. Lo debe haber tirado. Salimos a buscarlo.

– Matungo… Yo dije que ese no servía. Es asustadizo. Yo dije… –rumiaba Lyn.

– Yo voy –dijo Thomas resueltamente y mirando a Lyn.

Éste, en virtud del acuerdo tácito que habían sellado de no dejar más sola a Rhiannon, asintió sutilmente y dijo:

– Esperemos que no se haya roto nada. Debe estar lejos. Digo: si salió anteayer debe estar más cerca de la bahía que de acá. ¿Qué recorrido piensan hacer?

– Y… directo por el camino. Esperemos que no se le haya ocurrido desviarse por alguna razón…

Fruto de una feliz coincidencia, el grupo de montados del coronel Murga, al hacer, en septiembre, la travesía de ida y vuelta entre el fuerte y la bahía bajo la lluvia, había dejado claramente marcado un camino directo entre los dos puntos y esa huella era la utilizada a partir de esa fecha. Por esa razón descartaron que pudiera haberse perdido. Seguramente, su caballo se habría espantado con algún animal que se le cruzara y lo habría tirado al piso. Si había resultado herido, estaría esperando un grupo que fuera a rescatarlo. Si no, estaría regresando a pie a Rawson o a la Bahía. La falta de agua no era un problema porque había salido bien provisto y, además, después de la tormenta y, como el terreno parecía impermeable, todavía había

charcos por todos lados. Indios… No. No habrían desdeñado al animal; le habrían dado alcance para llevárselo. Allí estaba el caballo y conservaba su carga.

Ya va a aparecer, se decía Rhiannon con convicción. *En cualquier momento va a aparecer, dando sus zancadas, por allá* –repetía–, *o por allá,* mientras se proponía vigilar los alrededores para acercarse a ayudarlo en caso de que estuviese herido o golpeado. Luego se ocupó de recuperar el abrigo que había mandado como mensaje de amor, que se encontraba en el mismo lugar en que Iago lo había guardado. En virtud del continuo ir y venir de Alun había llegado a subestimar el peligro que implicaba salir solo al campo. Ahora le restituía su verdadera dimensión. Sufría por Iago, imaginando en qué penosa situación podría encontrarse en ese momento, pero también por Thomas, que integraba el grupo que había salido a buscarlo, y por Alun mismo, de quien no tenía noticias desde hacía un mes y medio y descontaba que estaría, como siempre, internándose en el desierto con una u otra excusa, detrás de una u otra atracción.

Thomas y su grupo regresaron tres días después sin haber encontrado ni rastros de Iago. Alun y los que estaban en la bahía habían salido a cubrir aquella parte del terreno y quedado de acuerdo en que darían aviso en caso de tener cualquier novedad, buena o mala. El fantasma del desaparecido el mismo día en que desembarcó se inmiscuía en los pensamientos de todos y Rhiannon le agregaba a su friso de la Patagonia un enorme agujero negro situado más allá de las lomas que delimitaban el valle y la bahía.

Salieron nuevamente otros dos grupos mejor pertrechados y en distintas direcciones, para cubrir una mayor extensión. Los restos de agua sobre el piso ya habían desaparecido bajo un sol abrasador y todos

los que habían hecho por tierra el trayecto sabían muy bien que si por cualquier razón el joven se había desviado del camino se podía perder fácilmente. Tan solo quince minutos caminando en la dirección equivocada podían ser fatales.

Rhiannon no había derramado una sola lágrima. Se imponía la esperanza. La dureza. Llorar le traería mala suerte; sería como dar por muerto a su amigo. Recién cuando se abandonó oficialmente la búsqueda tuvo un acceso de llanto tan duradero que creyeron que no terminaría nunca. Allí estaba nuevamente el fantasma de la desaparición. Otra vez la desgracia la tocaba. Abrazada al abrigo de Alun, lloraba por su querido amigo Iago, por las reuniones que ya no harían, por la escuelita donde él no iba a estar, y también por Mary y por Jane, por los niños fallecidos en el Mary Helen, por las cosechas arruinadas, por el aislamiento, por su pequeña casa destruida y por todo, todo lo demás.

La *Denby*

Un atardecer del último día de febrero, Rhiannon, Lyn y Thomas caminaban hacia el pueblo desde la chacra que les había sido asignada. Pese a que, desde la desaparición de Iago, el miedo a los indios había regresado, ellos tres hacían caso omiso de él e iban a visitarla por el solo gusto de estar allí, proyectando su futuro. Discutían sobre el lugar donde podrían construir la casa, cómo y por dónde trazar un camino de acceso, qué sector trabajar primero cuando

obtuvieran semillas, qué trabajos podrían ir haciendo entretanto, todo ello sin dejarse arredrar por el hecho de que hacía tres meses que Davies se había ido a buscar ayuda y no sólo no tenían noticias y seguían tan aislados como cuando partió sino que estaban ajustándose a un régimen de estricta supervivencia, viviendo rigurosamente de la caza y de la pesca.

De pronto Lyn, que caminaba algo adelantado llamó a Rhiannon y a Thomas a los gritos, señalando el fuerte viejo. ¿Era una alucinación? Nada de eso: ¡Dos embarcaciones subían por el río! Empezaron a correr.

El viento favorable, la marea y la pericia de sus capitanes les permitieron a los barquitos superar la peligrosa barra de la desembocadura y llegar hasta el frente mismo del fuerte. El nuevo delegado llegaba desde Buenos Aires con provisiones donadas por el gobierno para que la colonia pudiese resistir allí un año más. Una de las embarcaciones sería descargada y emprendería el regreso. La otra quedaría en Rawson para exclusivo uso de los integrantes de la colonia. Los emisarios la habían bautizado "Denby" en honor al gerente de la sucursal Buenos Aires de una firma comercial inglesa –J. H. Denby–, gran simpatizante y promotor de la colonia galesa que había favorecido con su intermediación las gestiones oficiales previas al inicio de la aventura y, por lo visto, seguía siendo un colaborador invalorable.

Les pareció un cuento de hadas. Al día siguiente se colocaron sendas planchadas entre los barcos y la orilla y comenzó la descarga: 60 bolsas de harina, 30 de papas, 3 toneladas de charqui, té, azúcar...

Pocos días después llegó Alun confirmando que Iago no había sido hallado por los alrededores de la Bahía. Tampoco habían encontrado ningún rastro de

él. Se lo había *tragado* el desierto. Sabiendo la gran estima que ella tenía por el poeta, habría querido darle personalmente la noticia y consolarla pero no se acercó porque temía que su cuerpo lo traicionara y terminara besándola, abrazándola y haciéndole todo tipo de promesas de amor. Después de tres días completos sin que él se le aproximara, Rhiannon, muy poco antes de ofenderse, decidió tomar la iniciativa. Llevaba en sus manos el abrigo que se había ofrecido a arreglarle.

La comunicación se hizo difícil. Ambos estaban emocionados pero lo disimulaban bien. Rhiannon quería esbozar una disculpa pero no le salía la frase adecuada. No se animó a contarle que había enviado el abrigo con Iago. Alun se enterneció al observar los remiendos. Al hablar ella de Iago, se le llenaron los ojos de lágrimas y él no supo qué decir. Sabía que la pérdida tenía que estar doliéndole mucho, pero era incapaz de quebrar el hielo. Hablar del clima –la sequía, la inundación– era reavivar el tema que originó la discusión y el distanciamiento. Hablar de la llegada de la *Denby*, también, porque significaba siembra, hogar, un gran impulso hacia un definitivo establecimiento.

Allí estaban, uno frente al otro buscando palabras, reprimiendo sus impulsos, midiéndose, cuando se les acercó uno de esos inoportunos que nunca faltan.

La llegada de la *Denby* ratificaba un plan de colonización y definía en el fuero interno de Rhiannon el conflicto que Alun había suscitado entre un tipo de vida y otro, un tipo de mujer y otro, un tipo de pareja, de hombre, de compañero, y otro. Si, en medio de los tropiezos y las fatalidades vividas hasta allí, Rhiannon seguía inclinándose por la agricultura como forma de vida y por mantenerse todos unidos en ese lugar, con cuánta mayor razón lo haría ahora: tenían mensurados y adjudicados cien acres río arriba más uno dentro

de los límites del pueblo; tenían tiempo y herramientas para preparar la tierra y provisiones para alejar el fantasma del hambre. La novedad era un broche de oro que le daba sentido a todos los infortunios vividos y abría un nuevo ciclo. La llegada de la *Denby* ponía en evidencia que no estaban abandonados a su suerte sino que eran parte de un plan, no sólo del propio plan de salir de la miseria y emanciparse de Inglaterra a su cuenta y riesgo, sino también del plan del gobierno de Buenos Aires de constituirlos en una especie de avanzada en el sur del país, lo que no solamente les convenía: en ese momento, les salvaba la vida.

Alun, después de la discusión con Rhiannon y de las advertencias de su hermano, se había dicho a sí mismo *Yo, a esto, le saco el cuerpo* pero, cuando vio que pasaba el verano y la extrañaba mucho y las soluciones para la colonia no llegaban, había empezado también a alimentar una esperanza: la de poder irse a otro sitio con ella. Comenzó a tentar planes alternativos para ganarse la vida sin privarse de su compañía –y sin perderse él mismo en ese plan dirigido a no perderla–. Irse por ejemplo a Patagones y allí… En ello estaba cuando tuvo que salir a buscar al poeta desaparecido y llevar después al fuerte la funesta noticia de que no había sido hallado por los alrededores de la bahía.

Antes de buscar a Rhiannon, en medio de la algarabía provocada por la llegada de las embarcaciones, fue apagando las luces de todos aquellos planes y regresando al inicial: quitársela de la cabeza y alzar vuelo en cuanto pudiera hacia otras comarcas menos peligrosas. Lamentablemente el segundo barco ya había emprendido el regreso. Si no, podría haberse colado con cualquier excusa. Tendría que estar atento a los movimientos de la *Denby*. En cuanto hiciera un viaje a Patagones él buscaría la manera de aprovecharlo para partir.

Invitados inesperados

En abril cuando todo era laboriosidad y esperanza se celebraron dos casamientos. Edwin Roberts dejaba atrás 27 años de soltería para casarse con Ann Jones y se habían puesto de acuerdo con Richard, el hermano de ella y su novia Hanna Davies para hacerlo el mismo día. Como la ocasión encontró a los pobladores en la abundancia, prepararon los festejos con mucha anticipación y pompa. Engalanaron uno de los carros con que contaban y hasta hicieron un camino de un kilómetro y medio para unir el fuerte con la vivienda donde se desarrollarían los esponsales para posibilitar que el cortejo transite el trecho libre de barquinazos. Seis hombres montados a caballo conformaban la escolta, llevando en sus cabezas sendas gorras que las mujeres habían decorado con penachos de plumas de ñandú y cordones rojos para sujetárselas al cuello. Los invitados, el pastor, los familiares vistieron sus mejores prendas y se acicalaron lo mejor que pudieron para disfrutar de uno de los primeros eventos sociales dirigidos a proporcionarles puro placer y diversión. Por una vez no se esperaba de una reunión la toma de decisiones difíciles, la elaboración de estrategia ninguna contra el hambre, contra un posible ataque, contra la sequía, contra el aislamiento. Alun no estaba entre los invitados y en su fuero interno lo agradecía porque una fiesta de casamiento era lo que menos necesitaba en esos momentos. Como el resto de la población, acompañó un trecho al carro que llevaba a las dos parejas y regresó al pueblo.

Se realizó la doble ceremonia y todos departían amablemente y disfrutaban de un día de otoño muy agradable cuando uno los concurrentes se puso de pie bruscamente y señaló hacia las lomas.

– ¡Indios!, gritó.

Allí venían los tan temidos indios de la Patagonia, los sanguinarios caníbales de la peor clase, el pueblo más salvaje sobre la faz de la tierra: cuatro personas, un hombre mayor, una mujer, una joven y un niño, cubiertos de pieles de guanaco, se acercaban caminando tranquilamente rodeados de caballos y perros.

– ¡Son espías! ¡Una avanzada! El resto del ejército debe estar escondido! ¡Hay que avisar al pueblo!

Salió un hombre galopando a caballo a toda velocidad mientras los demás, sin saber qué hacer, sólo atinaban a reunirse con sus seres queridos y elevar al cielo oraciones y ruegos. Cuando el pequeño grupo llegó no pudieron hacer otra cosa que acercarse a recibirlo. Todo indicaba que venían en son de paz, pero ¿cómo saberlo? La comunicación era imposible. Después de saludarse con apretones de manos y sonrisas temerosas, hizo su aparición un diccionario inglés–castellano que tampoco solucionó gran cosa. Había cuatro idiomas en juego: el tehuelche y un español básico, de un lado; el inglés y el galés, del otro y ninguna lengua común. Una de las mujeres de la casa optó por abandonar los dichos y pasar a los hechos y propuso dar muestras de buena voluntad: invitar a los visitantes con pan y té. Así se hizo y a continuación tuvo lugar una suerte de intercambio de atenciones que atenuó un poco la desconfianza mutua. Finalmente, viendo que no pensaban irse, los invitaron a dirigirse al pueblo y alojarse en las inmediaciones de las casas. Ellos aceptaron y rato después, dormían plácidamente, mientras los galeses organizaban, en vez de la luna de miel de los flamantes matrimonios, la defensa del poblado.

A la mañana siguiente la familia buscó un sitio a cierta distancia, armó su toldo de piel de guanaco y

se instaló allí a vivir, o a pasar el invierno, o a esperar a que los guerreros de su pueblo concreten un ataque en base a sus indicaciones, nadie lo sabía. Entre los colonos hubo un rápido reacomodamiento, adoptando las medidas de seguridad puestas en práctica durante los primeros meses de su establecimiento: reforzar las paredes ya bastante arruinadas del fuerte, hacer un recuento de armas y de buenos tiradores que arrojó un pobre resultado, no alejarse del pueblo sino para mandar a buscar a los que ya vivían en las parcelas más alejadas, disponer turnos rotativos para la vigilancia. Pero, afortunadamente para ellos, el tan temido ataque nunca tuvo lugar. En cambio, la llegada de Francisco –así se llamaba– y su familia fue de gran ayuda para su subsistencia y su adaptación al lugar. No lo supieron inmediatamente, pero estaban frente a uno de los principales caciques de la Patagonia.

¡Dios quiera que sepan! ¡Que me cuenten!

Alun, por su parte, encontró en ellos una nueva e intensa fuente de interés. Luego de mantener prudente distancia durante los primeros días, empezó a visitarlos y a permanecer mucho tiempo con ellos. Desde su llegada a la Patagonia había aprovechado cuanta ocasión se le presentara para aprender algo de español: con Jerry y los peones que estaban en la bahía Nueva cuando desembarcaron; con los soldados que habían venido de Patagones, con el escocés Morrison,

el traductor de Murga. Ahora tenía la oportunidad de aprender el idioma tehuelche y entrar, así, en posesión de una llave invalorable para conocer la inmensa Patagonia. Esperaba que Francisco –dada su edad, su condición de nativo y el hecho de que sabía bastante bien el español como para utilizarlo de puente– pudiera ayudarlo a develar las numerosas incógnitas que lo acicateaban en relación con el asentamiento del Fuerte Viejo, la existencia de ganado salvaje en el lugar antes de que ellos llegaran, el oro, la ubicación de aguadas o manantiales –si es que los había–, la Cordillera de los Andes y a todo lo referido al pueblo al que pertenecía.

En cuanto a los antiguos restos de la península Valdés, deseaba vivamente un relato que los explicara y se prometía a sí mismo transmitirlo para darle nueva vida. Pero por el momento, a falta de él, inventaba. Como le resultaba muy difícil definir trajes, razas, idiomas de épocas tan pretéritas como esas huellas, ideaba cuadros de flagrante anacronismo: en ellos, hombres vestidos como él caminaban por el lugar conformando una escena parecida a la del desembarco (no incluía mujeres porque sospechaba que las niñas, las jóvenes y las ancianas del contingente eran las primeras damas no autóctonas en poner sus pies en esas soledades). Hasta hacía un mes, el miedo a los indios –esos desconocidos– le había impedido incluirlos más que para escenas de ataques y destrucción, cabalgando furiosamente o mimetizados en el entorno como un animal salvaje. Ahora que conocía a Francisco y a los suyos, podía incorporarlos sin esfuerzo, interactuando con los blancos en actividades pacíficas.

Dios quiera que sepan. Que me cuenten, pedía mentalmente, como un niño al que le ha sido concedido un deseo. Esperaba de todo corazón que, a través de unas pocas palabras reveladoras, lo anudaran con aquellos

desconocidos del pasado de los que, difusa pero insistentemente, se consideraba continuador. Pero ni Francisco ni su esposa parecían entender qué les preguntaba. Él tampoco sabía cómo explicarse. Sólo podía referirse –rudimentariamente y con palabras sueltas– a objetos concretos y visibles. Por otra parte, tampoco quería importunarlos. Por el momento, debía tener paciencia y aprender.

La segunda parte de aquella historia que Alun tanto deseaba saber había comenzado en el mes de agosto de 1779 cuando García y sus nueve compañeros quedaron solos en el Fuerte San José y el grueso de la guarnición se retiró de allí. Y terminó el día 7 de agosto de 1810, día en que la flamante Primera Junta del gobierno revolucionario – a cuyos oídos había llegado la noticia de que el muerto seguía con vida –, dispuso su desmantelamiento. Pero, como una broma macabra, no tuvo necesidad de enviar ninguna comisión para concretarlo ya que, el mismo día en que se firmaba en Buenos Aires la resolución, el fuerte sufría un ataque indígena y quedaba definitivamente "desmantelado".

En cuanto a la razón del ataque, la historia oficial la adjudicó a una venganza. La afrenta, una paliza infligida en Patagones a varios indígenas que –según los partes militares– exigían un precio elevado por una joven cautiva que le apetecía al comandante. La venganza se descargó, no contra el comandante, los captores ni los autores de la paliza sino a más de quinientos kilómetros al sur, contra el fuerte San José, quizá porque exhibía los mismos signos que Patagones: blancos, armas, cruces, barbas, Biblias. Nada bueno para los pueblos originarios.

La mitad de los pobladores fue asesinada, la otra mitad tomada cautiva. Sólo un hombre quedó

vivo. Vivió allí durante más de un año, con la única compañía de un perro. Finalmente decidió lanzarse a pie hacia Patagones, logró llegar y sobrevivió para contarlo. Imaginar a este Robinson Crusoe patagónico enterrando los cadáveres de sus compañeros; recorriendo los dos golfos con la mirada esperando ver alguna nave que pudiera rescatarlo; imaginarlo frente a la Salina Grande quizá llorando de impotencia, quizá ganado por la serenidad o conversando con su perro o durmiendo abrazado al animal bajo la nieve, puede ilustrarnos sobre la capacidad de algunos hombres para sobreponerse a cualquier clase de infortunio. Capacidad que, en la Patagonia, parecía ser imprescindible.

Amigos

Alun encontraba sumo placer en la compañía de la familia y trataba de poner todo de sí para adaptarse a sus costumbres. Tenía un sexto sentido para advertir cuándo molestaba y cuándo no. Era comedido si cuadraba, desaparecía cuando estimaba que estaba de más. Los ayudaba en cuanto podía y así aprendió a armar un toldo, a coserse zapatos, a cuerear, a agarrar su caballo con mucha más efectividad que la conseguida hasta esa fecha. Los observaba moverse, hablar, tomar decisiones, y luego los imitaba, disimulada o abiertamente, para aprender de ellos o para hacerlos reír. El sentido del humor los unía. Se manifestaba, a falta de palabras, en gestos y onomatopeyas que, por lo general, cuando venían de ellos, hacía blanco en

la impericia de Alun o de cualquiera de sus compañeros. Le gustaba esa sensación de camaradería. Le habría gustado, además, poder contarles a sus padres qué pacíficos eran los indígenas sobre quienes tantas calumnias habían circulado en Gales antes de partir.

Hasta que surgió la posibilidad del viaje, Alun jamás se había interesado en América. Incluso la Europa continental era para él una incógnita. Sabía leer y escribir pero, por sus manos, no había pasado mucho más que algún himnario, alguna Biblia, algún periódico. Su pueblito natal no era precisamente visitado por forasteros que pudieran traer noticias del mundo: rara vez se veía gente nueva. Por esa razón entendía claramente que su situación era extraordinaria: estaba en la Patagonia y había entrado en contacto con una familia tehuelche. Estaba conociendo esos parajes con la ayuda de los maestros más autorizados. *Y pensar que tan sólo un mes atrás creíamos que nos atacarían y asesinarían de la forma más sanguinaria...* Se sumergía en la experiencia con abandono y naturalidad pero sin dejar de advertir la importancia de un encuentro que, con acierto, consideraba histórico. Tan histórico como él mismo junto a los lobos marinos, en la península; como él y sus compañeros encontrando los restos del fuerte San José, como el hijo de Francisco y el hijo de uno de sus amigos galeses, jugando y disfrutando de su mutua compañía.

En menos de una semana los dos niños se habían vuelto inseparables. Alun los observaba con satisfacción y pensando en cuánto le gustaría comentar el hecho con Rhiannon o mejor aún: mirarlos junto con ella. El río había dejado un gran redondel húmedo de arena bajo un sauce. Hacia allí se dirigieron los niños para hacer figuras en el piso, uno de sus pasatiempos favoritos. Silenciosamente, trazaron uno, un

pájaro y el otro, un paisaje, bien separados para poder explayarse cada uno con la suya. Luego las miraron hicieron gestos, rieron, se dieron indicaciones y sugerencias, introdujeron cambios. También se subieron a un sauce y las observaron desde allí cierto tiempo con gestos críticos, se colgaron cabeza debajo de una rama y las vieron al revés, les pusieron hojas, palitos, piedras como plumas y ojos del pájaro, como pasto y cielo del paisaje.

Buscaron otro piso de arena lisa. Uno de ellos se acostó boca arriba con los brazos abiertos y el otro dibujó el contorno del cuerpo de su amigo, que se rio porque le hacía cosquillas al tocarle los flancos. Después, cambiaron los roles. Finalmente se situaron cada uno en su mapa en la arena y se quedaron así un buen rato, mirando el derrotero de los nubarrones. Jugaron a ver quién mantenía los ojos abiertos el mayor tiempo posible. Medio muertos de frío subieron hasta un barranco y allí se sentaron mirando el pájaro, el paisaje y los mapas de sus cuerpos hasta que la llovizna y el viento comenzaron a desbaratarlos. En un momento dado se consultaron y corrieron hasta el toldo.

La mayoría de los colonos estaba ocupada en preparar la tierra para la siembra a gran escala. Como Alun no tenía la menor intención de sumarse pese a que le había sido adjudicada una chacra junto a dos de los tres compañeros solteros con quienes había hecho el viaje en la chalupa, resolvió procurarse una ocupación que contribuyera al bien común. Por esa razón y también con miras a su subsistencia presente y futura y para su propio placer, le pidió a Francisco que le enseñara a cazar. Él accedió generosamente, se fueron sumando otros jóvenes y pasaron en ello todo el otoño.

Al llegar el Mary Helen al río y reunirse todo el contingente, los dirigentes les habían solicitado

a quienes estuvieran dispuestos, que fueran hasta la zona de Punta Ninfas a atrapar los caballos y las vacas y ovejas que se les habían escapado y habían sido avistadas por esa zona. Dadas las penurias pasadas en el camino entre la bahía y el río no fueron muchos los que se ofrecieron y menos los que tuvieron éxito. Alun había logrado agarrar un caballo que lo acompañaba desde entonces. Para cuando llegó Francisco, era un jinete más que aceptable aunque no podía ni remotamente emularlo a él ni a su esposa e hijos.

Le habían hablado de las boleadoras pero nunca había visto una: tres lazos unidos en un extremo y coronados por sendas esferas de piedra. Dedicó horas de paciente repetición a manejarlas de a pie. Después, montado, a riesgo de romperle al animal el cráneo o de rompérselo él mismo. Después, al galope: correr un ñandú o un guanaco blandiéndolas sobre su cabeza, haciendo llegar hasta el límite de velocidad al animal mientras lograba que giren en alto de manera pareja y dominable, tragándose el paisaje que se le venía encima y pasaba como una exhalación, era una de las sensaciones más excitantes que había experimentado, la antítesis del trabajo de la tierra, siempre con la vista abajo observando el suelo, la espalda inclinada, el andar lento. Cuando cabalgaba así, a toda velocidad, con el cuerpo vibrando, tensos cada uno de sus músculos, desbordado su corazón y a flor de piel su vitalidad y su alegría, se le confundía la figura del animal perseguido con la de Rhiannon. De haber sido posible, se habría abalanzado sobre ella sin reparos, sin temor, decidido a hallar, cuerpo a cuerpo, a la primigenia mujer que –él sabía– dormía en su interior.

Encontraba un poco inexplicable su pericia ya que un caballo era un lujo inalcanzable para los campesinos pobres de su país. Ignoraba que los celtas,

el pueblo del que los galeses provenían, eran jinetes expertos. Si lo hubiera sabido –dada su inclinación a establecer relaciones entre hechos de distinta naturaleza, conformando redes de significación para su exclusivo uso– habría apostado a que ese jinete desconocido que en él se revelaba, había iniciado su viaje en las Islas Británicas, en una época anterior a la invasión sajona y había galopado incansable, magnífica y pacientemente, salteando a las generaciones de agricultores de su familia, hasta llegar a encontrarse con él y perpetuarse.

Finalmente ejercitó su puntería. Después de muchos fracasos –y las correspondientes burlas–, logró dirigir las boleadoras hacia donde quería y derribar su primer animal, un guanaco. Saltó de su caballo antes de que éste se detuviera, imitando a los hijos de Francisco, y corrió como un desaforado hasta su presa, fuera de sí, su cuerpo pleno de una agilidad incontenible.

En cuanto a Rhiannon, seguía pensando en ella pero la evitaba, y el hecho de no verla atenuaba la intensidad de sus pensamientos, que languidecían un poco, como un sediento en el desierto. Lyn y Thomas le facilitaban el trabajo: no se le despegaban y entonces él se mantenía a sí mismo a raya. Pero hacía falta tan sólo verla de lejos por unos minutos para que se le reactiven las erupciones. Un observador omnisciente aseveraría que sin dudas estaban enamorados pero le resultaría difícil ofrecer pruebas, debido a los escasos contactos personales de los últimos meses y a la aparente indiferencia con que se trataban. Un temporal podía tirar abajo árboles y casas en el mar del fondo de sus corazones pero el espejo del agua no lo delataba. Tan tranquila era esa superficie que los confundía a ellos mismos. Cuando Rhiannon buscaba acontecimientos que pudieran confirmar que él seguía sintiendo hacia

ella la misma atracción que antes de la pelea de enero, se quedaba sin nada. Como no podía ver como aquel observador, no tenía acceso a la cantidad y variedad de escenas de amor que Alun imaginaba con ella.

Para describir los movimientos de ambos durante ese principio del otoño, podríamos hacer un diagrama en el cual un punto, ella, se aproxima tímidamente hacia el otro, él, mientras este último dibuja trayectos de constante retroceso. De todos modos, como ambos se mueven, ocurre que, a veces, el puntito que a grandes rasgos parecía estar apartándose, en realidad está regresando sin saberlo y se cruzan. En estas ocasiones quedan ambos titilando un poco, lado a lado, antes de que el mismo de siempre inicie su itinerario de luciérnaga huyente y el otro se resigne a verlo pasar brillante, volador, ligerísimo. Tampoco podía ella saber que, cuando se hartaba y desistía, él volvía a salir al claro del bosque como un cebo, indicándole, *Aquí estoy, no dejes de buscarme.*

La Bahía Engaño

Se avecinaba el invierno cuando dos pescadores caminaban apurados desde la costa del mar hacia el pueblo. Habían avistado una embarcación a vela mar adentro de la desembocadura del río y debían comunicar la novedad. Si bien no les había sido posible identificarla todo indicaba que podía tratarse de la *Denby,* que se había dirigido a Patagones hacía quince días y, por esa fecha, debía estar regresando.

Se trataba efectivamente de la goleta de la Colonia que desde el amanecer esperaba las condiciones adecuadas para ingresar al río, lo cual no era tarea sencilla, a juzgar por los restos de naufragios diseminados por el área, por el baile al que fueron sometidos Nagle, Alun y sus compañeros al entrar en agosto con la chalupa y a juzgar también por el vívido relato que sigue, redactado por el inmigrante William Meloch Hughes quien, en ocasión distinta de ésta pero muy similar en lo que respecta a las características del sitio y a las dificultades para navegarlo, tuvo el dudoso privilegio de hacer su entrada a la Patagonia por esa vía, la Bahía Engaño:

"Para el noveno día de navegación –relató– *llegamos frente a la desembocadura del Chubut; pero una cosa es ver la desembocadura del Chubut y otra, completamente distinta, es el entrar en ella. Porque es un estuario tortuoso y peligroso, en sus mejores momentos. Así que hubimos de quedarnos anclados frente al mismo por dos días más, hasta aquietarse las olas que se quebraban en el banco que atraviesa la boca del río. Para el tercer día habíase calmado algo la marejada y el bote velero nos vino a buscar. Como estábamos muy deseosos de llegar a tierra, los solteros decidimos arriesgarnos al río en este bote, dejando a los casados, las mujeres y los niños para entrar en el mismo barco, cuando ello fuera posible, como el modo más seguro de llegar bien. Cuando fuimos al bote –lo que no fue fácil– vimos que el mar estaba mucho más picado de lo que creíamos mientras estuvimos a bordo. De todos modos, izamos las velas y pasamos el escollo sin que entrara mucha agua. Pero era tarde para lo que queríamos hacer. La marea estaba bajando, el río tenía una fuerte correntada, el viento no era lo suficientemente fuerte para poder navegar en contra de la corriente y, en consecuencia, el bote era llevado de nuevo de costado a la marejada. Viendo el peligro, el capitán de inmediato dirigió la proa directamente a las olas que quebraban sobre el arrecife. Ignoro por qué hizo esto. A no ser que se dio cuenta de que, debido al viento, era imposible volver a*

salir por donde habíamos entrado. De manera que ahora íbamos en dirección al arrecife y sus olas. Al cruzarlo, el bote fue invadido por una ola enorme, llenándose casi por completo. El golpe nos tiró al fondo del mismo, por la fuerza del agua. Cuando nos encontramos de nuevo sobre los pies estábamos sumergidos en ella hasta los hombros. Afortunadamente hallamos una vasija con la cual pudimos vaciar el agua que lo llenaba. Ésta fue la única ola que entró. De no ser así, nuestro destino hubiese sido sellado para siempre. Con un enérgico esfuerzo alcanzamos a llegar de vuelta al barco y cambiarnos la ropa mojada por otra seca y allí nos quedamos aquella noche… Al amanecer decidimos hacer otra tentativa de desembarcar. Fuimos en el mismo bote y, esta vez, alcanzamos a llegar al estuario del río y a la playa desolada y arenosa del país para llegar al cual tanto tuvimos que viajar…

La Denby intentó entrar dos veces, sin suerte. Volvió a alejarse y a anclar y permaneció allí durante una segunda noche. A la mañana siguiente, tenía más de treinta testigos a la hora de intentarlo por tercera vez. En la monotonía de los días de los pobladores la llegada de su barquito era un gran acontecimiento. Si no había más gente era debido a que muchos colonos estaban trabajando en sus respectivas parcelas, lejos del pueblo. Cuando la marea estuvo alta y su capitán finalmente puso la proa en dirección a la entrada, la goleta fue arrastrada por el viento y se desvió del lugar por donde podía pasar, su quilla rozó la barra y terminó encallando, delante mismo de los ojos atónitos de todos. Los tripulantes se arrojaron al agua y nadaron hacia la playa y la nave quedó allí, rota en varias partes, perdiendo parte de su carga, zarandeada por las olas, como un espectáculo que les decía: no será fácil. Nada será fácil aquí.

Cuando les dieron aviso, los pocos hombres que habían quedado en las casas de la aldea salieron precipitadamente para la playa a colaborar en el rescate y

Rhiannon y las mujeres que no tenían hijos pequeños se organizaron con los niños mayores para trasladar hasta la costa frazadas y ropa seca, leña, comida y elementos para levantar algún tipo de reparo previendo que habrían de trabajar allí todo ese día y los siguientes.

Camina bastante cargada junto con su amiga Louiza cuando ve dos jinetes a lo lejos, aproximándose con dos caballos de tiro. Les hacen señas para que las ayuden, los hombres les responden de la misma forma y comienzan a galopar hacia ellas. Uno es el hijo de Francisco. Su pelo largo y su vestimenta lo hacen inconfundible. El otro… *¡Alun!*

Alun, sí. Se acerca con una sonrisa como aquella que a Rhiannon le iluminó todo el entorno cuando él le habló por primera vez en el *Mimosa:* amplia, encantadora, esa que compromete todos los músculos de la cara y comunica una completa disposición hacia el otro. Si bien galopa hacia ella y, antes de que ella reaccione ya está apeándose de un salto, a Rhiannon toda la escena se le presenta a un ritmo lento acorde con sus deseos de que no termine nunca. *Esa boca que tiene es algo tremendo, me atraganto, se me seca la garganta, esa sonrisa tan preciosa, tan preciosa siempre, esos dientes tan… tan… Y ese color que tiene, la piel es dorada, hay brillitos aquí y allá, se lo debe pasar en el campo todo el día, serán de los pelos de la barba o del pelo que está bastante largo, no sé ¡Brilla! Y todo el cuerpo cómo se mueve, siempre me gustó y me gusta cada vez más cómo camina Alun, y arriba del caballo en movimiento ¡Más! Se lo ve atlético… ¡Qué bien se maneja arriba del animal! Como si fueran una sola cosa ¿Cuánto hacía que no lo miraba bien? Lo he estado viendo muy cada tanto y siempre desde lejos y a hurtadillas. ¡Y ahora se me viene encima! ¡Como una tromba! Rhiannon… Rhiannon… ¡Reaccioná!*

Alun, sorprendido de encontrársela tan inesperadamente en el camino y sola, es decir, sin sus eternos

escuderos Lyn y Thomas, galopó el trecho que lo separaba de ella, saltó del caballo, se sacó el sombrero y le dio un abrazo y un beso en la mejilla como si hiciera años que no se veían. *Cuánto la quiero a esta mujercita, cómo la quiero, preciosa mía, es una cosa tan linda que la apretaría… la apretaría… me la comería a besos. ¡No la largo más!* Cuando se separó le quitó el atado de cosas que llevaba y lo acomodó en el carguero. Hizo lo propio con lo que llevaba Louiza Williams y luego volvió hacia Rhiannon, la tomó de la mano y la condujo hacia su caballo:

– ¡Vamos!

– ¡No! ¡No me animo!

– ¡Suba! Vamos juntos.

– Nunca me subí a un caballo. ¿Y ella?

– Cancahuel se ocupa ¿No?

Su amigo y una Louiza muerta de risa ya estaba en ello así que Rhiannon no tenía excusas. En cuanto titubeó, estudiando su situación, Alun la tomó de la cintura y la sentó en el caballo. Subió él, la abrazó para tomar las riendas y al minuto estaban encaminándose hacia la playa. Rhiannon, en cuanto tomó confianza, saludó con la mano a la otra pareja.

– Agárrese de las crines del caballo y relájese que vamos lo más bien.

– Mmm… Me voy resbalando… ¡Vaya despacito!

– Sí, sí. No tenemos ningún apuro. Siéntese bien atrás. Tenemos un trecho, todavía. (*Por suerte. Me la llevaría hasta el fin del mundo, así. La estoy abrazando… ¿Es cierto esto? Su pelo me toca la cara, tengo su cuello a centímetros, si girara su cara podría besarla aquí mismo, ahora…)*

Estoy hablando con él. Parece mentira. Ya éramos como dos desconocidos. ¿Cuándo tuvimos lo que pueda llamarse una

conversación? En marzo, poco después de que enviaran la Denby para la Colonia. Y está terminando junio… ¿Tendré que esperar otro naufragio para que vuelva a dirigirme la palabra? Sin embargo, está igual que antes de la pelea. Es como si no hubiera ocurrido. La pelea… Qué estupidez la mía. Reaccionar así. Ahora no tiene ningún sentido.

– ¿Y ese calzado? ¿Se lo dio Francisco?

– ¡No, señorita! Me enseñaron a hacerlo entre su hija y su señora. Tengo dos pares.

– Parecen más medias que zapatos. ¿No se le mojan los pies?

– Los dedos, un poco. Pero así como se mojan, se secan. Además, ¡como si lloviera tanto! Es cuestión de acostumbrarse. Mucho mejor que andar descalzo. Yo me quedé sin zapatos. De haber sabido cómo era el terreno, habría traído botas en vez de tanta cosa inútil. ¿Quiere que le haga unos?

– ¿Está loco? Para un hombre, vaya y pase. Pero una mujer, con esos envoltorios de piel… ¿Se imagina lo que parecería? Subida arriba de dos zorros, con mi vestido largo…

– ¡Zorros! ¡Es piel de caballo!

– ¡Peor!

– ¡Jajajaja! A usted nomás se le ocurre esa imagen… subida arriba de dos zorros… ¿Y cómo anda de zapatos? Tendrá algo mejor que eso, supongo… Aquellas botas acordonadas con un sellito de metal en la parte de la caña ¿Las tiene todavía?

Cómo se acuerda. Se ve que me miraba. Para fijarse en mis zapatos…

– Esas pasaron a mejor vida. Se arruinaron en la inundación de febrero. Se empaparon, después se

resecaron, se despegaron, se agrietaron. ¡Dios mío! Ya estaban mal y no hubo forma de rescatarlas.

– Usted ríase pero yo le voy a hacer unas de éstas –y señaló su calzado. Úselas en la casa, cuando no las vea su novio.

– ¿Qué novio?

– Ese Thomas…

– ¿Qué? ¡Thomas no es mi novio! ¿De dónde sacó eso? ¿Quién le dijo eso?

– No. Nadie. Pero ¡Vamos! Si andan siempre juntos…

– ¿Y eso qué tiene que ver? Thomas es mi familia.

– Mmmm…

– ¿Qué dice?

– No, nada. Bueno ¿le hago o no le hago los zapatos indios?

– Bueno, está bien.

Siguieron un buen trecho en silencio, disfrutando cada uno del íntimo e inesperado contacto con el otro. Como Rhiannon cabalgaba a la incómoda manera femenina, sentada con ambas piernas a un lado y delante de él, Alun le podía mirar su perfil a su antojo y se regodeaba en los detalles de su fisonomía desde esa mínima distancia. Además rodeaba su cintura y sus antebrazos rozaban, al ritmo del paso del caballo, toda esa parte de su cuerpo. Pensaba: *qué cosa, la vida. Lo que me deparó este día. Este increíble momento. Esta sorpresa. Esta belleza de tenerla pegada a mí. Quién lo hubiera dicho.* La propia Rhiannon lo interrumpió:

– ¿Vio a la Denby? ¿Cómo está?

– Y… encalló. No creo que tenga arreglo.

Tendrán que verla los que saben de barcos. Por el momento diría que se arruinó por completo. Con la carga está pasando lo mismo que con la Mary Helen ¿Se acuerda? Al bote que iba y venía de la nave se le caían más cosas al mar que las que lograba desembarcar. Es muy brava esa entrada al río.

– ¿Ustedes estaban mirando cuando encalló la Denby?

– Sí, nos fueron a avisar al toldo y vinimos ayer con Cancahuel. El año pasado, cuando entramos por primera vez al río con la chalupa, lo pasamos bastante mal así que queríamos ver cómo se las arreglaba la Denby. Lamentablemente, no pudo. ¡Mire! Allá está.

Yacía escorada, con el palo mayor quebrado y las velas apareciendo y desapareciendo bajo el agua. Rhiannon se tapó la boca y abrió sus ojos. Alun ensayó una caricia en su hombro antes de retomar la marcha hacia la playa.

El lugar era un hervidero de gente que iba y venía y los dos se incorporaron rápidamente a las actividades. El resto del día Alun se acercó a ella varias veces –para tomar algo caliente, para secarse frente al fuego, para relatarle alguna novedad– y Rhiannon no podía creerlo. De pronto era como si el distanciamiento de los meses anteriores hubiera sido una alucinación.

Cuando empezaba a oscurecer, llegaron Thomas y Lyn justo cuando Alun se le acercaba una vez más para ofrecerle llevarla de regreso hasta las casas. Rhiannon lo vio venir, luego pararse en seco al verlos y después cambiar su rumbo.

Así que eso es. Cree realmente que Thomas es mi novio. O le tiene miedo a Lyn. Una de dos. Pero hay algo con ellos dos.

Para confirmar sus sospechas, Alun no volvió a acercársele.

El viaje de reconocimiento

Antes de la llegada, en febrero de 1966, de la goleta que ahora se iba haciendo añicos ante los ojos de todos, en el momento de mayor descontento ante la realidad de un sitio que desmentía las descripciones ofrecidas por los organizadores, un grupo reducido había resuelto pedir socorro, no a las autoridades de la República Argentina sino al gobernador de las Islas Malvinas. Situadas a unos mil kilómetros hacia el sur, se encontraban en poder de Inglaterra desde 1833. La ventaja de contar con una embarcación de propiedad de la colonia y con los pertrechos traídos en la nave que la acompañaba no los disuadió y comenzaron a reunir firmas, rogándoles que vinieran a rescatarlos. Cuando empezaba a atisbarse una disputa entre dos posiciones –permanecer allí o irse a otro lugar de la República Argentina–, este grupo había intentado esta tercera vía. No lograron demasiadas firmas porque la opción era inaceptable para la mayoría nacionalista que sería capaz de morir de inanición antes de volver a quedar bajo el dominio de Inglaterra pero, de todos modos la carta había sido entregada al delegado que reemplazó a Lewis Jones para que éste la presentara en la embajada británica en Buenos Aires o la dejara en las manos de quienes considerara los mejores destinatarios. Atendiendo a ese pedido, tarde pero seguro, llegó a la Bahía Nueva en el mes de julio, un funcionario del Ministerio del Interior de la República Argentina a bordo de la nave de guerra británica *Tritón*. No a rescatarlos, en rigor, sino a observar la situación de los habitantes de la colonia. La tripulación se trasladó hasta Rawson y permaneció allí varios días en lo que constituyó una fiesta para los colonos que no veían caras nuevas desde que llegara la *Denby* en febrero. El

informe del observador argentino daría cuenta del siguiente panorama:

> Población: en el año transcurrido desde la llegada del contingente descendió de 153 a 133 personas. Si bien no hay riesgo de vida para sus habitantes, la situación es mala y las posibilidades de prosperar sin ayuda, prácticamente nulas.
>
> Viviendas: los colonos se distribuyen en 40 casas de mala calidad, la mayor parte de ellas construidas de barro y paja.
>
> Cultivos: se sembraron 24 hectáreas de trigo y media de cebada pero no existen cortinas de árboles que las protejan de los vientos patagónicos. Por falta de semillas no se sembraron zapallos, cebollas, maíz ni papas para la alimentación.
>
> Elementos agrícolas: se reducen a 3 arados ingleses, 10 de madera, 6 hoces y dos molinos manuales.
>
> Ganado: los animales existentes ascienden a 76 vacunos, 52 equinos, 15 porcinos y 80 aves. No cuentan con ovinos ya que de los 800 traídos por los organizadores el año anterior la mayor parte se perdió en el campo y el resto ha sido consumido.
>
> Otros recursos: la pesca es rica en el Golfo Nuevo pero su explotación se dificulta por la falta de agua dulce en esa zona.

Encontrándose allí los marineros, un niño fue atacado por un puma y salvó su vida gracias a la encarnizada defensa de su perro. Se organizó una partida que, bajo la dirección de Francisco y su hijo

Cancahuel y con un Alun que traducía sus indicaciones al resto de la partida, regresó triunfante con el depredador liquidado. A la noche siguiente se festejó el acontecimiento y la reunión resultó también la despedida, dado que los visitantes partirían dos días después. Hubo comida y bebida –esto último, una rareza luego de tantos meses de aislamiento– y también relatos, canciones de borrachos y mucha charla. La tripulación repartió frazadas entre los colonos y algo que, a un año de estar allí, era poco menos que un tesoro: zapatos. Alun, que había hecho migas con los marineros más jóvenes –de quienes no se había despegado en toda la semana– fue invitado a embarcarse dos días después de la llegada del buque y tardó esa sola semana en decidirse. No perdería esa oportunidad. Al igual que cada uno de los colonos y pese a que hacía todos los esfuerzos necesarios para adaptarse al lugar y a la nueva situación, estaba enfermo de aislamiento. Podría conocer las Islas Malvinas, Uruguay, Buenos Aires. Era ahora o nunca. Si no aprovechaba esta oportunidad, quién sabe cuántos meses pasarían hasta que apareciera alguna otra. Este era el momento de viajar.

Cuando tuvo todo preparado, salió a buscar a Rhiannon para despedirse. Ella, al comprobar que él caminaba en su dirección, le regaló una luminosa sonrisa que impactó de tal forma en todos sus sentidos que le destrozó en menos de un segundo todos sus planes de retirada. ¡Ay! ¡*Qué hermosa es!* Quiso salir corriendo de ese imán pero ya era tarde y, como todavía le duraba la temeridad que le había infundido la cacería y ante sus ojos se reprodujo músculo por músculo, aquella cara de asombro y la boca abierta, se le acercó, tomó su mentón y, antes de que ella pudiera reaccionar, la besó.

Conmocionado y arrepintiéndose en ese mismo instante de dejarla, se separó de su boca y le dijo tartamudeando, *Me voy en la Tritón;* le prometió que volvería pronto, le pidió que lo esperara, todo ello atropelladamente y antes de recibir un furibundo cachetazo.

Paham mae dicter, O Myfanwy,
Yn llenwi'th lygaid duon di?:
A'th ruddiau tirion, O Myfanwy,
Heb wrido wrth fy ngweled i?
Pa le mae'r wên oedd ar dy wefus,
Fu'n cynnau 'nghariad ffyddlon ffôl?
Pa le mae sain dy eiriau melys,
Fu'n denu'n nghalon ar dy ôl?

Canción de Joseph Parry

"Por qué la tristeza, Oh Myfanwy
llena tus ojos negros?
Y Tus suaves mejillas, Oh dulce Myfanwy
¿Por qué no se sonrojan cuando me acerco?
¿Dónde está la sonrisa que una vez con ternura
despertó mi amor tan seguro, tan verdadero?
¿Dónde está el sonido de tus palabras dulces
que atrajo a mi corazón para seguirte?"

capítulo 4

Oración y malos deseos

Rhiannon llamaba mentalmente a Alun, confiando en que su pensamiento le tocaría el hombro haciéndole girar la cabeza. Extendía su mirada por el campo, tan fijamente y durante espacios de tiempo tan prolongados que cualquiera diría que estaba fijando en su memoria hasta sus más mínimos detalles. Sin que lo hubiera podido imaginar y antes de darle tiempo para reaccionar, Alun se había ido. Así, sin más. Nunca más lo vería, de eso estaba segura. Su tristeza era infinita.

Esa mujercita que, un año atrás, vimos sentada sobre un baúl, tomándose el sombrero en una playa desierta bajo la lluvia, había llegado allí por haber prestado oídos al llamado de lo desconocido y haberse lanzado al viaje hacia una vida nueva. Sin asustarse, colocada por su propia mano en una situación irreversible, había remado y remado hacia el punto de sus sueños. Se había tirado a ese botecito andariego para hallar la fuerza de remar. Se había arrojado para que despierte su humanidad antes algo adormecida. Prefirió la fuerza de romper y empezar de nuevo que la de aguantar y modificar al paso lento del camino seguro. ¿Lo hizo sabiendo de los peligros? ¿Ponderó que podía llevarla de aquí para allá una ola de calamidades? Si lo supuso asumió el riesgo, en un gesto de temeridad que la puso en marcha. No iba a permitir que ninguna eventualidad le anule el deseo. Prefería verse a sí misma en un paisaje parecido a sus sueños –por ejemplo, sentada sobre un baúl bajo la lluvia en una playa desconocida– que dejándose aplastar por el gris de un día a día que no la satisfacía. Era un velero que ha cortado sus amarras, ha viajado y finalmente echado su ancla en un sitio que, como principal atractivo, ofrecía

el solo hecho de no ser el muelle donde había estado estacionado toda su vida. Le dijeron que este otro era mejor y ella ha querido creerlo. En lugar de objeciones o lógicos reparos, puso curiosidad y le dio rienda suelta a sus piernas, que deseaban avanzar, sólo avanzar. Y encontró a Alun. El amor. Y ahora la Ola se la tragaba; como un implacable recaudador, le cobraba un alto precio por su audacia.

Rezaba mentalmente una especie de oración, dirigida no a Dios sino a la Naturaleza, no a los frondosos bosques, como sus antepasados magos y alquimistas, sino a la estepa patagónica, a la que ya se sentía unida por un lazo indestructible. Murmuraba *Tierra, te miro y a él lo veo. Aspiro tu olor transparente y es su mirada celeste la que entra por mi nariz y colorea todo mi interior. Su mirada, esa que parecía estar posada no en mí sino en paisajes ajenos al hombre, como los del fondo del mar, ojos de nadador bajo el agua, extrañados, claros, inundados, vírgenes. Extendiéndome por tus planicies ocres, desintegrándome en mil mujeres como yo que van cayendo como el polvo, te riego, mujer desierta y áspera, me poso sobre todas tus matas y allí me quedo esperando que él aparezca, que sus zapatos me levanten como a miles de partículas de tierra para poder posarme sobre sus hombros, su nariz, su boca que me ha besado.*

Después de la desesperación, una rabia salvaje tomó su lugar, provocándole las náuseas y mareos de una mujer encinta. Le deseaba a Alun, de todo corazón, las peores desgracias: nada de naufragios, travesías sin salida o peleas con animales peligrosos sino algo que, para él, fuera peor que cualquier catástrofe. Sí, ya lo tenía: le deseaba que las circunstancias de la vida lo colocaran en un punto tal que no se le ofreciera más opción que la de renunciar a sus sueños, en ese punto de inflexión que difícilmente se reconoce cuando se lo está viviendo sino que se hace evidente mucho

después, cuando no hay más remedio y, si se reacciona, no es a tiempo, porque ya no se puede salir, no se puede saltar hacia fuera de ese tren en movimiento, porque va demasiado rápido y se confía en que se detendrá más adelante y será posible bajar ordenadamente para después subir, ligero de equipaje, al otro, al tren cómodo y casi sin pasajeros que lleva a los sitios a los que tanto se quiere llegar pero no, no se detiene; resulta que el tren traiciona los anuncios del billete y pasa de largo por la próxima estación y también por la siguiente y ya todo es inútil.

Con maldad, disfrutando de la consternación del Alun así imaginado, Rhiannon le veía la cara en la ventanilla, una cara que luego trocaba en otra que bien conocía y amaba: la de estar ideando un plan de acción en la emergencia, evaluando beneficios y desventajas con calculada tranquilidad; una cara que, finalmente, desaparecía, para dar lugar a la última y definitiva: una cara vencida, con unos ojos que miraban hacia afuera con resignación ya que el tren del que no podía salir, bajarse ni arrojarse y que tampoco se detendría nunca, era una vida de trabajo y sacrificio, chata, pobre y rutinaria. Esa última cara era la que le deseaba Rhiannon a Alun para el resto de su vida, una cara sin más expresión que el agotamiento y la indiferencia; abotagada por la falta de satisfacciones; una cara de la que haya desaparecido esa vivacidad que otorga el estar viviendo tal como se quiere vivir; una cara a través de la cual ya no penetraría ninguna novedad, por jugosa que fuera; una cara de la que no manara más que conformidad y sumisión; una cara embotada –como por el alcohol– por los embates de una resignada y dificultosa vida sin atractivos.

Rodeados

Hundida estaba en ese infierno de malos deseos cuando ocurrió algo inesperado: una semana después de que zarpara la *Tritón* –nave maldita, nombre que Rhiannon no podía pronunciar sin ser recorrida por la náusea en tanto le había quitado a Alun– empezaron a llegar más indios, ahora sí, en gran número: más de un centenar, y como si hubieran estado esperando que los galeses quedasen solos y aislados una vez más. Se fueron instalando a cierta distancia del pueblito, en la misma margen del río. Francisco y su familia les aseguraron que todos los años las tribus que en verano circulaban por el extremo sur de la Patagonia o por las laderas y valles de la Cordillera de los Andes, en invierno se trasladaban a esas costas más templadas y cazaban allí. Que no había nada que temer. Se trataba de pampas del cacique Chiquichan, pueblo originario que se extendía por la zona ubicada al norte del río Chubut.

Pocos días después, un domingo, cuando el pastor Abraham Matthews predicaba en una casa ubicada a unos 15 kilómetros valle arriba de TreRawson, otros indios rodearon lentamente esa casa, espiaron por las aberturas y algunos terminaron entrando. Nadie sabía tampoco cuáles eran las intenciones de los recién llegados pero la de sitiarlos para después eliminarlos no parecía descabellada. Tenían todo a su favor: el conocimiento del terreno, el manejo de sus propias armas, el número. Y ellos eran intrusos y no podían ya contar con la *Denby* para escapar. Volvía a tomar cuerpo la sospecha de que Francisco y su familia se habían adelantado a un grupo mayor para estudiar la situación y después dar la orden de arrasarlos. Eran tehuelches como Francisco y su cacique era su

hermano Galats. Se instalaron del otro lado del río. Los colonos quedaron así completamente rodeados y superados ampliamente en número.

Todos los colonos que vivían más alejados dejaron sus casas y armaron campamentos en el pueblo. Rhiannon se convenció de que estaban viviendo sus últimos días. Al efecto devastador que le había provocado la partida de Alun se le sumaba ahora un miedo constante. Pasó muchas noches aterrorizada, escuchando ruidos reales o imaginarios y adjudicándolos a salvajes sanguinarios que se acercaban subrepticiamente para acuchillarlos mientras dormían.

Pero nada de ello ocurrió y poco a poco, todo volvió a la normalidad. Los visitantes se acercaban diariamente al poblado –ofreciendo caballos, aperos, carne, pieles, plumas de ñandú a cambio de pan, leche y manteca– y dejaron claras sus buenas intenciones. Algunos galeses se fueron aproximando a los toldos y, hacia el final del invierno, las relaciones se desenvolvían en muy buenos términos. Todos habían sembrado en sus chacras las semillas traídas en febrero por la Denby y ahora esperaban atentos el surgimiento de los primeros brotes.

Cuando Rhiannon pudo descansar del miedo y la intranquilidad intentó retomar su rabia contra Alun pero ya no la tenía. Estaba harta de sufrir. No tenía rabia, no tenía alegría, no tenía fuerzas para nada. Todos los rincones –de su precaria casa, de su mente– se transformaron para ella en una trampa. Solamente la mañana –uno de esos enclaves del optimismo difícilmente expugnables– quedaba libre. Al inicio del día, disfrutaba de una vitalidad no desaforada pero sí suficiente como para agarrarse de ella, sumarle el agua en la cara –helada, helada– y la luminosidad de todas las cosas a esa hora, para lograr dirigirse hacia la costa

del río, a la pequeña huerta, o intentar un diálogo con alguna de las mujeres indias que se acercaba con sus hijos. Y luego una cosa –agacharse a sacar un yuyo, correr una herramienta de lugar, espantar unos pájaros, recibir la blanca sonrisa de un niño– traía la otra y, así, podía ocurrir que ese sol mañanero no se opacara hasta que llegaba el cansancio físico, tanto mejor que el cansancio de vivir con que se había despertado.

Pero ocurrió que el tiempo de soberanía de ese brillo se fue acortando hasta quedar acorralado por una oscuridad que lo cercaba ya a la mañana, a pocos metros del río, de la huerta, del jardín, de la mujer y el niño, y comenzaba a agrisar todo con una especie de prematura penumbra. Entonces, Rhiannon no necesitaba nada para verse a sí misma gris, sentirse adentro y afuera gris y temer que esa ceniza invasiva terminara tomándolo todo como una peste. Se preguntaba cómo lograba, antes, creer en algo, entusiasmarse con algo. No lo *lograba*: simplemente aquello en lo que creía, estaba allí, con ella. Y ahora se había esfumado. Se preguntaba: ¿Qué se necesita para recobrar la alegría? ¿Hacia dónde conviene dirigir la voluntad para hallar su escondrijo? Y ¿cómo y dónde reclutar los soldados que la encuentren y la saquen a la luz?

Cuando cundieron el desánimo, el descreimiento, la poca convicción, empezó a combatirlos con sus oraciones, la mayor parte de las veces con éxito. Luego, con la férrea fuerza de su voluntad y, cuando ni las unas ni la otra alcanzaron, echó mano a todo tipo de recursos simples: desalojar de su mente los pensamientos que la importunaban, acoger los que favorecían una buena disposición hacia las cosas y regar estos últimos cuantas veces fuera necesario con dosis de agradecimiento (de estar sana, de ser joven, de estar viva), actitud de servicio (caridad, lucha por el bien común,

generosidad) y algunas porciones de placer, también, que apuntalen ese cúmulo de virtudes cristianas convocadas para no permitirse caer. Pero conforme su mal avanzó y no le fue ya posible encontrar la energía para oponérsele, se dijo: me abandonaré a lo que venga: a la desazón, a la tristeza, a la desesperación; lloraré, lloraré, tocaré el piso de este pozo y, con la visión en la retina de sus bajos fondos subiré a la superficie, si puedo. Y decidió no levantarse a la mañana; permanecer entre las mantas, en el rincón a salvo que bien sabían preparar sus ojos cerrados.

Aunque la buscó, esa caída no sobrevino. Rhiannon quedó en la mitad del trayecto, no triste y dolorida como al principio sino apática y desapegada, esperando con ansia el momento en que Thomas y Lyn se ausenten para no tener que fingir delante de ellos, para poder abandonarse y pensar pausadamente en otras compañías, otros lugares, otras gentes, otra suerte, otra época, otra edad; pensar en algo no como una lluvia ni una repentina gran cosecha, ni siquiera un regreso de Alun –porque todo ello requeriría su participación y su energía y eso era lo que menos quería, lo que menos podía–, sino en algo que estuviera más allá de este mundo; situaciones imaginarias en las que fuera conducida de un sitio al otro como una reina en una carroza, adormilada; como una virgencita en una procesión, tiesa; en las que se hicieran, sin esfuerzo, cosas como volar, vivir eternamente, parir sin dolor o adquirir la sabiduría en un instante; en las que ella fuera una criatura flotante en un seno materno, un insecto minúsculo en la explanada verde de una hoja, una roca inerte acariciada por la espuma de las olas y por la mirada amorosa de dos jóvenes asomados a un acantilado.

Así llegó su segunda primavera en la Patagonia, acompañada de viento, viento, viento. Si no murieron

de hambre por esos días, fue gracias a los pueblos de Galats y Chiquichan, que rodeaban el poblado como un amplio abrazo. Rhiannon había hecho amistad con una mujer de la tribu que se había asentado del mismo lado del río que ellos. Se llamaba Juana y tenía el doble de su edad, suficientes años como para asimilar su figura a la de una segunda madre, o tercera en realidad, dado que la segunda era Lizzie, la madre de Thomas. Como Juana tenía dos hijas casi adolescentes, estaba en una etapa de su vida de relativo descanso, porque ya estaban en edad de ayudarla en las tareas domésticas, aunque bajo un régimen constante de insistencia y retos. La distribución del trabajo entre los pueblos indígenas del sur no favorecía a la mujer. Los varones cazaban y las mujeres hacían todo lo demás: coser cueros para los toldos, armarlos y desarmarlos cada vez que levantaban campamento y se instalaban en otro sitio, recolectar raíces, frutos y huevos, acarrear agua y leña, mantener el fuego, confeccionar ropa y calzado, atender a los niños. Juana había advertido el estado de postración en que Rhiannon se encontraba y, a falta de palabras, le daba su ternura, su sonrisa y su calor humano. La visitaba regularmente o la invitaba a su toldo y le hacía compañía durante horas, cosiendo, cocinando, caminando, buscando hierbas. La barrera idiomática no le impidió a Rhiannon hacerle saber a Juana sus penas: de amor, de exilio, de aislamiento.

En octubre, con una diferencia de quince días y tal como ya lo habían anunciado, las dos tribus levantaron sus tolderías y dieron por iniciado su regreso al sur, una y al oeste, la otra. Rhiannon y Juana se despidieron hasta el año siguiente con un largo abrazo. La semana anterior habían terminado un trabajo que les había llevado más de un mes: coser y estampar un quillango de pieles de guanaco. Cuando se separaron Juana se dirigió a una de sus hijas, que lo tenía en sus

manos, y se lo entregó a Rhiannon. Rhiannon protestó: ella lo necesitaría en el frío Sur. Juana insistió. El quillango pasaba de mano en mano entre risas y acaloradas negativas. Triunfó Juana y, cuando se alejó, Rhiannon se abrazó al suavísimo abrigo, sucedáneo de su dulce amiga–madre.

Música

Thomas entró a la casita exhibiendo una sonrisa triste. Rhiannon lo miró:

– ¿Y?

– Nada. Todo se muere. Una vez más. Ya es un hecho.

Ella le pidió algunos detalles pero como advirtió que él no deseaba hablar, se aplicó a servirle la comida.

– ¿Y Lyn? ¿Se quedó allá?

– Sí.

Después de haber comido, Thomas se tumbó en la cama. Conforme su desesperación avanzaba, la combatía adoptando un aspecto exterior de somnolencia y apatía. En realidad, habría querido poder llorar y golpear y romper todo lo que se le pusiera a la mano. Lograr ese aspecto reposado y anodino le estaba costando un triunfo. No podía, además, dialogar con Rhiannon.

Había salido con Lyn a la madrugada, dispuestos los dos, junto con varios más, a acarrear agua

desde el río hasta el sembrado. Como habían comprobado que las plantitas de una gran superficie estaban prácticamente muertas y que el agua que podían acercarles desaparecería con el solazo del día, decidieron concentrarse en una porción reducida, sacrificando el resto. Thomas regresó no sólo extenuado, sino completamente desmoralizado. Entre las plantas que habían verdeado promisoriamente, el sol y el viento de noviembre eran como una peste: se cobraban miles de víctimas por día. Esa plantación también se perdería. ¡Todas las semillas traídas por la *Denby* achicharradas en el desierto!

Rhiannon, al ver a Thomas flaqueando, salió de su letargo y se decidió a ayudar a regar a diario. Pero pocos días después, se derrumbó nuevamente. Era la tarde, habían trabajado como burros y miraban cómo el sol se ponía en un cielo completamente despejado. En distintos puntos del campo que moría otros grupos, aquí y allá, terminaban una labor inútil.

– ¿Y ahora? ¿Qué hacemos?

Era demasiado. Rhiannon se sentó ahí mismo sobre la tierra y se puso a llorar.

Lyn se le acercó y, permaneciendo de pie, le tocó la cabeza mirando para otro lado. Thomas se alejó de los dos. Distintas maneras de enfrentar el hecho de que no podían permitirse poner en evidencia su desesperación delante de ella. Bastante deprimida estaba ya.

A los oídos de Rhiannon volvió la misma música que había escuchado dentro de su cabeza cuando sepultaron a Mary, una gaita ejecutada quién sabe por qué ser invisible. Sobre la base sonora de una nota sola, inamovible y sin final de un sostenido exasperante que no respira, el complicado instrumento lanza al aire esa melodía que no se aparta del rango de una

octava, eludiendo alturas y hondonadas para limitar sus movimientos a arabescos alrededor de algunos pocos escalones–madre, adornos de una canción invariable, con sonidos próximos que la abordan, se desvían de ella, la dejan y regresan, inflexiones y rodeos hasta llegar a un agudo, rodeos también para salir de él, de lo que resulta que una línea de doce notas se complica en veinticuatro, en cuarenta y ocho, en revoloteos, caricias, tentativas, sutiles variaciones incorporadas a cada repetición, todo ello en la búsqueda del mejor decir de un mensaje ya presentado. Todo ese dibujo ocurre sobre la base pétrea de una nota sola exhalada sin un ápice de silencio, un soplo, un lamento chato y largo como el humus de la Historia, con las pocas alternativas que ha ofrecido al hombre en toda la extensión de un pasado de vivir, morir, guerrear, amar y continuarse; humus quebrado sólo a veces por los colores de alguna rebelión, algunos amores trágicos, viajes de descubrimiento, caídas en la crueldad o avances del saber destacándose, singulares, sobre esa nota que no termina nunca, ese colchón monocorde, esa llana calzada, ese friso de cielo largo que surge del fuelle de la gaita, íntegramente celeste o plomo sobre el que las otras notas marcan los puntos de un mensaje. Esa nota es la verdadera esencia de esa música, que trae el susurro de un funeral que no se sabe de dónde proviene, por qué abuelo caminador de colinas verdes, heladas, húmedas, rocosas, le es legada a Rhiannon, ni por qué razón le habla de las protestas contra los señores de antaño pero también de las desgracias que se ciernen sobre ella ahora; de cosechas enteras que fracasan, del hambre, de los partos de siempre, del amor que se fue, del dolor que pervive como esa nota–madre. Ninguna parte de esa música se refiere a momentos amables o ligeros, nada en ella llama a la calma ni a la sonrisa en las que se pueda descansar sino que enfrenta con las

omnipresentes incertidumbres, la pasión irrefrenable, el miedo atávico.

Un abuelo –un antecesor que huye por el filo de una colina frente al mar– debe haber iniciado, con un grito, el sonido que la gaita le impone. Un grito que revela que el hombre fue, es y será una criatura inerme ante los elementos y ante otros hombres, la misma criatura que, no obstante, cree cada vez ser la única, ser distinta de las anteriores y de las que vendrán, empeñándose en pintar, con brochazos distintivos, su paso entre los pasos, para decir aquí estoy, soy algo más, quiero, y puedo, y nada torcerá mi empeño. Le crece a Rhiannon una solidaridad atemporal hacia esos congéneres atenazados por impuestos, peajes, servidumbre y persecución por el embrujo de esa música que trae en su corriente una lucidez repentina y deja escuchar el latido del tiempo y la vecindad de la muerte. Una solidaridad que se dirige hacia un hombre remoto que aúlla como animal delante de su casa de piedra incendiada como escarmiento o delante del señor que se lleva a su flamante esposa o delante del capataz de la mina que exige más y más. Desde allí será que llega hasta Rhiannon, sobre esa nota básica, el miedo a más privaciones, a más dolor.

Cuando esa música termina en su cabeza y la suelta, Rhiannon ansía, no el silencio, sino alguna especie de tonta, inocente danza de salón, cancioncilla festiva de taberna, bullicio despreocupado de plaza para salir lo más rápido posible de ella, para abandonar el tránsito por aquel pasado y por este presente súbitamente llenos de la premonición de inminentes desgracias.

Un desierto total

Los improvisados labriegos se reunieron una vez más y resolvieron enviar nuevamente una partida río arriba para ver si descubrían una tierra mejor, quizá la cordillera de los Andes, a la cual los indígenas se habían referido sobradamente. Debían salir del valle inferior del río Chubut. Ese sitio no era apto para sembrar.

Después de marchar una semana y antes de decidirse a volver, uno de los integrantes de la partida describió todo lo observado en kilómetros a la redonda con tres palabras lapidarias: un desierto total.

Se convocó una asamblea general. Los expedicionarios dieron sus malas noticias y se abrió una discusión que, una vez superado el ripio habitual de asignación de culpas, lamentaciones y descripción de casos individuales, se centró en dos posiciones contrarias: irse, quedarse. La mayoría se inclinaba por irse pero no todos coincidían en el lugar: volver a Gales o dirigirse, con el apoyo del gobierno, a otra región de la República Argentina donde la agricultura fuera posible. Se mencionó la provincia de Santa Fe, una zona aparentemente muy fértil; también Patagones, que ofrecía el atractivo de no estar tan lejos y de la vecindad con otros seres humanos fuera de los ciento treinta hombres, mujeres y niños que quedaban y que se venían viendo las caras desde hacía más de un año. Una minoría de entusiastas galeses–patagónicos insistía en quedarse. Eran los menos en número pero los más decididos y fervientes. Conforme la reunión se extendía hicieron todo lo posible para ganar adeptos pero no se les unieron más que dos o tres. Se suspendió la asamblea y se reinició al día siguiente.

La misma discusión se reprodujo puertas adentro de cada hogar y puertas adentro de cada individuo. Thomas y Lyn no querían irse pero admitían que no podían seguir así. El año y medio que llevaban allí habían dependido de la ayuda del gobierno y los últimos meses, de los tehuelches, resignándose a un estado de mera supervivencia. No obstante, se resistían a partir: la parcela que les habían asignado era dura y seca pero tangible y propia; habían adquirido experiencia en el lugar y establecido sólidos lazos con las dos tribus amigas. Pero faltaba la lluvia.

Rhiannon aparentaba interés en la disyuntiva pero le importaba poco irse o quedarse. El impacto producido por la partida de Alun había calado muy hondo en ella. Desde el mes de julio fatídico, harta de todo, vivía en una especie de burbuja ilusoria que no tenía contacto con la realidad. En esa burbuja se producían acontecimientos deseables –mucho más que los que ocurrían fuera– creados por la mano maestra de su imaginación. La escenografía y los actores de esta segunda lámina, eran meticulosamente conformados a fuerza de pruebas y descartes, de correcciones sucesivas, de trabajosas incursiones mentales en sus pormenores más ínfimos. Como un director teatral obsesionado con la búsqueda de ese efecto, esa forma de mirar que le dará a la escena su alma, ese diálogo en apariencia menor pero relevante, Rhiannon frecuentaba su mundo ficticio con puntualidad y mirada crítica. Su creación exhibía una autonomía y una capacidad de supervivencia notables; extraía alimento de su tristeza, agua de las lágrimas no vertidas, alegría y brillo de los momentos más chatos y descoloridos. En contraposición, cuando la vida real adquiría algún relieve, esta otra se apocaba. Su vitalidad parecía depender inversamente del grado de interés que su melliza lograra suscitar. Encontraba incógnitas, verdaderas

novedades, no en su presente sino casi exclusivamente en el recuerdo, que venía a ella cargado de objetos raros y atracciones. Hurgaba un poco allí y hallaba, por ejemplo, una mirada recibida y devuelta casi sin intencionalidad que había desaparecido por completo de su memoria y que, por obra de alguna llamada inexplicable, volvía y entonces ella recreaba la escena, le encontraba ciertos significados que no había advertido… No estaba en condiciones de conectarse con los hechos. Que Thomas y Lyn tomaran una decisión. Ella la acataría.

Finalmente, la asamblea resolvió *darle la espalda a la región*, como lo expresó uno de los colonos, no sin pena, no sin culpa. Pero no había más remedio. La segunda mitad del año 1866 los había reducido prácticamente a la condición de cazadores–recolectores. Debían ocupar la mayor parte de cada día en conseguir comida y cuando tenían éxito –cosa que no ocurría a diario– el menú resultante dejaba bastante que desear:

En una ocasión estuvimos cuatro semanas enteras sin nada para hacer pan y la única forma de combatir el hambre era cazando o sacrificando alguna vaca o algún caballo cuando no conseguíamos traer nada del campo. Matar una vaca o un caballo representaba una gran pérdida para nosotros en aquel tiempo. Era la época en que todos –excepto ancianos y chicos– salíamos a cazar pero no éramos buenos jinetes como para hacer grandes cabalgatas. Muchos se alimentaban con "ponche de leche" o sea, leche entibiada que se vertía sobre suero de manteca hasta que cuajaba; se comían muchos nabos silvestres y "repollitos" y no era raro preparar un plato de cardos y apio silvestre. También se sacaban las raíces y una vez lavadas y secadas al sol se las cortaba en trocitos y se molía una especie de harina para acompañar la carne; tenía un sabor tan parecido a la fariña que desde entonces la llamamos así. Solíamos ir a la orilla del mar a recolectar caracoles y demás; en una palabra, casi no había

aquí animal de ninguna especie que no hubiéramos comido si teníamos el modo de atraparlo.

Los pasos a cumplir eran los siguientes: enviar delegados a Buenos Aires para que pidieran al gobierno ayuda en el rescate y visiten otras zonas del país para ver, con sus propios ojos, un nuevo lugar donde establecerse; cumplido esto, hacer los arreglos para volver buscarlos y trasladarse todos al nuevo lugar. Pero una cosa era hacer un diagnóstico y trazar un plan y otra muy distinta, llevarlo a cabo. Tropezaban con un problema: hacía seis meses que no tenían cómo salir de allí. La Denby estaba inutilizada y recorrer por tierra los quinientos kilómetros que los separaban de Patagones era impracticable. Si bien los tehuelches y los pampas hacían ese camino en sus peregrinaciones anuales ellos no conocían las rastrilladas ni las escasas aguadas y, en pleno verano la falta de agua era extrema. Ni siquiera para un grupo reducido de adelantados sería factible esa posibilidad.

Decidieron intentar reconstruir la embarcación y ponerla nuevamente a flote. Dos carpinteros que algo conocían del oficio dirigirían los trabajos. Armaron un campamento en la desembocadura del río e iniciaron la actividad: sacar los restos hacia la playa, juntar y acarrear toda la leña posible para hacer carbón para los herreros, seleccionar y acondicionar madera, hierro y sogas de los barcos hundidos en las cercanías, fabricar las velas. El improvisado astillero requería brazos y muchas horas de trabajo.

La posibilidad de empezar todo de nuevo en otra parte le despertó a Rhiannon una recóndita fibra de entusiasmo. Logró reunir la fuerza para ir con Thomas y su hermano a colaborar en la reconstrucción. Era pleno verano y la costa del mar siempre le había infundido bríos.

Cuando los trabajos ya avanzaban a ritmo sostenido y la embarcación iba tomando forma, encontrándose Rhiannon sentada en unas dunas mirando las olas, Thomas se le acercó, la abrazó, le acarició el pelo, le secó unas lágrimas que ella no alcanzó a ocultar, le dijo unas palabras cariñosas, le hizo cosquillas para que se anime. Cuando ella sonrió, le besó las manos y le dijo:

– Preciosa ¡Cómo te quiero! –y se quedó mirándola.

Agregó que la quería ahora y la querría siempre. Que nunca, jamás, la dejaría. Y le besó las mejillas, la frente, los ojos mojados y finalmente la boca, suave, brevemente, casi como al pasar. Y después, entre arrumacos, la hizo reír y la volvió a besar.

– Y esta belleza ¿Me quiere un poco?

– Claro que sí. Qué tonto ¿Cómo no te voy a querer?

Días después, Thomas le propuso casamiento, entre el ruido de las grandes olas y de los martillazos esperanzados aplicados sobre la navecilla que iría a buscar su felicidad. Pero Rhiannon le contestó, sonriendo tristemente y acariciándole la mejilla:

– No, Thomas. No.

Él hizo como si no la hubiera escuchado, o como si hubiera escuchado un sí, y la besó una vez más. Antes de que ella pudiese reaccionar, la llevó de la mano hasta la Denby a mostrarle los logros de ese día.

La frágil embarcación remendada por mineros, pastores y un carpintero fue botada iniciándose el año 1867, a mediados de enero. Allá iban el capitán Robert Nagle, su colaborador Richard Berwyn, el presidente William Davies, Edwyn Roberts, el pastor Abraham Matthews y otros pocos audaces. Algunos, como Roberts, Nagle y Berwyn, integrantes del minoritario

grupo que quería permanecer allí, iban decididos –aunque sin confesarlo abiertamente– a encontrarse con Lewis Jones en Buenos Aires para, en conjunto, tratar de detener el éxodo. Otros, como Matthews y Davies –que contaban con los votos de la mayoría y eran los representantes oficiales de la voluntad de la colonia toda– eran, desde hacía más de un año, partidarios declarados de irse a alguna otra provincia de la República Argentina. El único punto en que coincidían las dos facciones era la firme intención de no dispersarse, de mantenerse unidos como colonia galesa, allí o en cualquier otro sitio del país.

Rhiannon se despereza

A partir de lo ocurrido con Thomas, algo de la índole inquieta y enérgica de Rhiannon se desperezó, se sacudió y se puso de pie. Resultaba un terreno inhóspito para albergar, resignada e indefinidamente, un amor no correspondido. Si hubiese propendido más al encierro, a la negación de su cuerpo y de sus sensaciones, podría quizá haber construido una burbuja que, como las que habitan los enamorados en espera, le permitiera dejar pasar el tiempo, aislarse y aguardar. Si éste hubiera sido el caso, ella podría pararse diariamente a orillas del río Chubut o del océano Atlántico y, mirando ensimismada el horizonte, pedirle a Dios que Alun regresara y esperar. Al fin y al cabo él le había prometido que lo haría. Pero la juventud y la impaciencia se impusieron al apocamiento y el silencio. Una rara mezcla de ternura de antigua data

con lodazal de sentimientos encontrados y frío cálculo de desesperada la condujo hacia Thomas; una fuerte necesidad de curar la herida en el orgullo que Alun tan certeramente le había infligido y de dirigir hacia algún sitio un amor que no cesaba de manar. En este maremágnum, la calidez y la incondicionalidad de Thomas constituían un puerto seguro en donde flotar a salvo. Así que cuando él menos lo esperaba, en un acceso de vitalidad beligerante, le dijo que sí, que se casaba con él. Él tuvo, en principio, la prudencia de negarse –porque el *no* recibido había sido rotundo y convincente– y de mantenerse en esa difícil posición por varias semanas. Pero ella ya circulaba por el río de sus sueños de mujer joven y casadera y se resolvía a construir un hogar, a procrear y a amar a Thomas –hombre–bahía en donde anclar, hombre–vasija en la que por fin trasvasar sus fantasías y sus necesidades; hombre–animal de carga, arado, piel al sol, amor fluyente– y dio hacia él, antes de ahogarse, el manotazo salvador. Resolvieron casarse en cuanto regresara el reverendo Matthews de Buenos Aires, antes de embarcarse hacia el nuevo hogar.

Aparecía en Rhiannon, merced al incansable y hábil trabajo de un Thomas fascinado con ella, una sensación de incomodidad en el cuerpo que la colocaba a menudo en la situación de no saber qué hacer con él: si dejarse estar como un tren detenido que respira agitado su vapor; si salir corriendo hasta que la necesidad de descansar fuera superior a otra cualquiera. Rápidamente se había aficionado a las manos de él sobre sus flancos, a su boca susurrándole al oído algo acerca de ella misma, tocándole la piel del cuello y envolviendo con sus brazos su cintura en lo que, para ella, era la mejor manera, superior al espejo, superior al tacto de un vestido de seda, de tomar conciencia de su talle y del aumento que tomaba hacia las caderas;

se había aficionado a la boca de él hablándole de su forma de estar en el mundo, de la forma de ser de su cara, de sus ojos, de sus piernas; describiéndole cómo veía las particularidades de su boca, la disposición de sus dientes y cómo ellos junto con el aire que salía de sus pulmones se combinaban para que su voz de mujer sonara de esa manera que le era tan propia y que a él le producía tanta emoción.

Dejó casi de pensar en Alun. Antes que una mujer enamorada de otro, era una mujer virgen dando sus primeros pasos en la tierra del erotismo. Tenía a Thomas repentinamente muy cerca, avanzando día a día sobre ella: nada impropio, nada que comprometiera su respetabilidad –la que él tan decididamente había contribuido a defender meses antes– pero, de todas maneras, mucho: besos, manos en las manos, en los hombros, secretos al oído, caricias, toques, contactos, choques. Todo era novedoso para Rhiannon, y atractivo, y en ello se zambulló. Su cuerpo –peligroso independentista– se relacionaba con el de Thomas sin dejarse controlar demasiado ni por el recato extremo que se les exigía a las mujeres, ni por las convicciones religiosas ni por el qué dirán. Conforme sus sentidos revivían, Rhiannon comprobaba qué fácil sería quererlo y qué viva fuente de placer tenía al alcance de sus manos. Cuando todo era dificultad, incomodidad y sacrificio aparecían las manos de Thomas, los besos de Thomas, la piel de Thomas, los proyectos de Thomas que, por supuesto, la incluían hasta en sus más insignificantes pormenores.

Reapareció en la cabeza de Rhiannon una situación deliciosa vivida con él hacía dos o tres años, rayos de incipiente deseo que ahora volvían a encenderse: Thomas, Lyn y otros amigos estaban bañándose en un arroyo y ella leía en la orilla. Thomas vino hacia ella,

riéndose y muerto de frío. Se tendió y cerró los ojos mientras su respiración se iba aquietando. Rhiannon lo había observado de manera casual, antes de intentar decirle algo, pero desistió porque esa era, sin dudas, la primera vez que lo veía casi desnudo o, al menos, la primera vez que verlo casi desnudo le produjo tan fuerte impresión. Lo *veía* de una manera cargada de algo que ella, en aquel momento, no sabía qué era, pero se daba cuenta de que le otorgaba a su *ver* una intensidad, un placer, un calor inusitados. Se dejó llevar y lo miró detenidamente, aprovechándose de que él ignoraba que era objeto de un estudio tan subrepticio como detallado. Thomas estaba demasiado cerca de ella, al alcance de su mano, y Rhiannon se incorporó tentada de acariciarle el pecho e ir reventando una a una las gotitas que lo cubrían. Habría sido capaz de, también, besarle rápido la boca y salir corriendo, boca que, todavía mojada, lucía hermosa bajo el sol pero, de pronto, Thomas abrió los ojos y cortó la contemplación de que era objeto y entonces ese paréntesis tan raro en medio de ellos dos se cerró y alzó vuelo y pareció que nada había ocurrido. Pero, como Rhiannon era audaz y se sabía completamente consentida por Thomas, y como su arrojo había venido acompañado por esa otra fuerza que le aparecía por primera vez, existieron, aquella tarde, serias posibilidades de que le diera el beso que se sintió impulsada a darle pero ella, tomada de sorpresa por la mirada de Thomas, disimuló su arrobamiento y, diciendo una frase casual, se puso de pie y se alejó de ese epicentro.

Ahora unía al Thomas de aquella escena con este del presente –más curtido y viril, más aplomado y maduro– y lograba dar forma a una frase como, *Ahora sí que están las cosas en su lugar. Él siempre fue el hombre para mí. Hermoso Thomas. Me será muy fácil ser feliz con él. Ya queriéndolo como lo quiero, más aún.*

Hacia mejores aires

Terminando enero y contra los malos pronósticos, la *Denby* llegó al puerto de Buenos Aires en tiempo –ocho días– y forma –más o menos entera–. Davies y Matthews, los dos delegados, se alojaron en un hotel para adecentar su aspecto y dirigirse a pedir audiencia con el ministro; los demás quedaron en la embarcación aunque, al otro día, Edwin Roberts, Nagle y Berwyn salían a buscar a Lewis Jones para agitar sus planes de evitar el éxodo. Estuvieron tres meses en la ciudad haciendo avanzar –o retroceder, dependiendo del lado de la balanza en que nos ubiquemos– los trámites para lograr el apoyo y los pertrechos para salir de la Patagonia.

El pastor Matthews –por el bando emigratorio– y Edwin Roberts y Richard Berwyn –los "coloniales"– regresaron a Patagones en abril llevando una orden para que el comandante de esa población les procurase el traslado hasta Rawson. Habían llegado en un vapor que cubría ese trayecto porque los profesionales que revisaron la *Denby* la habían declarado inútil para todo servicio. Demasiado se le había exigido y otro viaje por mar sería fatal para ella y para sus tripulantes. Murga y Aguirre –este último propietario tanto del vapor como del velero que los llevaría a Rawson– poseían tierras remontando el río Negro y estaban muy interesados en obtener manos que las trabajasen así que llevaron a los delegados a verlas. De esta forma se sumaba otro punto geográfico como alternativa al valle del río Chubut pero lo que vieron no los dejó conformes: el río era caudaloso pero el valle por el que bajaba era tan desierto como el valle del Chubut.

Todavía era abril cuando llegaron a la Bahía Nueva. Lewis Jones, sus seguidores y el ministro Rawson habían redoblado sus esfuerzos para dar forma a una propuesta que detuviera el éxodo y la inevitable dispersión. Si los galeses tenían un poco más de paciencia, les enviarían todo lo necesario para permanecer en el sur al menos un año más. En caso de mantener los colonos su decisión de partir, debían optar entre Santa Fe o el Valle del Río Negro, no muy lejos de Patagones. En caso de que los colonos optaran por alguna de estas dos últimas posibilidades Rawson ponía una condición para brindarles ayuda oficial: que los delegados acrediten con un petitorio firmado por todos los adultos mayores de edad, la voluntad de dejar la Patagonia. Matthews y sus partidarios habían visitado "Pájaro Blanco" y comprobado su fertilidad y aptitud para la agricultura pero anotaban como punto en contra que habrían de someterse a la autoridad y normas legales de esa provincia, a diferencia del valle del río Chubut, donde –justamente por su gran distancia de Buenos Aires, su aislamiento y la inexistencia de población alguna establecida y organizada fuera de Patagones– podían aún soñar con una Colonia Galesa que se diera su propia legislación y organización socio–política y religiosa. Chiquichan, Galats y Francisco, y los pueblos originarios que ellos lideraban, lejos de constituir un problema en ese sentido, ya les habían dado suficientes muestras de amistad y apoyo.

Se celebraron varias asambleas para resolver qué hacer, en la primera de las cuales se leyó en voz alta y con la solemnidad que el caso requería, la carta dirigida a los delegados por quien había sido y seguía siendo el gran defensor del proyecto de establecer una colonia en el valle del río Chubut:

Buenos Aires, 6 de marzo de 1867

Teniendo conocimiento del desacuerdo entre los colonos del Chupat respecto a quedarse allí o trasladarse a algún otro punto de la República, el gobierno cree que convendría que ustedes regresaran a la Colonia en el vapor que está a punto de partir para Patagones y convocaran una reunión de los colonos para obtener de ellos, por escrito, su opinión e ideas sobre tan importante asunto. Denles ustedes a entender que el gobierno considera, de acuerdo a todo informe que ha podido obtener, que el fracaso de la cosecha es atribuible a la prolongada sequía y quizá también a la falta de cuidado y organización, emanados de la falta de medios o del desconocimiento práctico de la región. Luego de los grandes sacrificios hechos para establecer la Colonia, el gobierno no estaría conforme en abandonar el lugar antes de que un año más de prueba demostrase que sería imposible para los colonos el mantenerse allí y prosperar. Pero a pesar de que el gobierno tiene ante sí esta consideración, no desea de ningún modo tratar de obligar a los colonos a trabajar donde están si la mayoría desea abandonar por haber perdido toda esperanza de triunfar. Los colonos no debieran olvidar la importancia de la Colonia como punto de reunión para sus conciudadanos que esperan con ansiedad el resultado de la aventura, para venir a traer su apoyo a los que ya han iniciado la obra.

Por tanto, sea cual fuere la decisión a que se llegue, traten los inmigrantes de no separarse pues, si así lo hicieren, perderían toda la importancia de su posición como colonia, condición que el gobierno ha tenido siempre muy en cuenta al admitirlos y ayudarlos. Si la mayoría desea quedarse a trabajar en el Chupat, el gobierno los ayudará con la manutención necesaria, según el arreglo que se hiciere. Se enviarán víveres por dos meses más, sin contar lo que ya está en Patagones. Y con el vapor que hace la carrera se enviará allí una contribución suplementaria cada dos meses, la que podrá ser retirada por el "Denby". Confío en que Matthews, Berwyn, y Roberts (Edwin), puedan persuadir

a sus compatriotas y colaboradores a ser tolerantes entre sí y a practicar los sentimientos fraternales y cristianos tan necesarios en medio de las dificultades de la naturaleza y el desierto, con las cuales tendrán que luchar para asegurar un hogar para sí y sus hijos por generaciones por venir.

Guillermo Rawson

Pero, pese a la elocuencia del ministro y al hecho de que ya había dado muestras sobradas de que cumpliría su palabra en cuanto a abastecerlos por un año más, ni Berwyn ni Edwin Roberts lograron persuadir a sus compatriotas y triunfaron una vez más los que querían dejar la Patagonia: salvo tres familias que votaron por Patagones y otras tres que insistían en quedarse, el resto –Rhiannon, Lyn y Thomas entre ellos– se expidió por irse a Santa Fe. La delegación partió de nuevo hacia Buenos Aires para comunicar la decisión a las autoridades y comenzar con la organización del traslado e instalación en el nuevo emplazamiento. Las dos familias que optaron por Patagones no pudieron ser disuadidas de separarse del grueso del grupo y aprovecharon el mismo viaje para bajar en esa escala. Quedaron de acuerdo, además, en desmantelar el pueblo y trasladarse todos a la bahía porque un barco del tamaño necesario para trasladar más de cien personas no podría entrar por el río. De esa forma estarían listos para embarcarse cuando llegaran a buscarlos, cosa que, según calculaban, podría ocurrir, a más tardar, en junio o julio.

Rhiannon no había vuelto allí desde el día en que, hacía más de un año y medio, abordara la Mary Helen para dirigirse al encuentro del río Chupat. En cuanto vio las aguas de la bahía y reconoció

las primeras lomas, la inesperada imagen de un Alun multiplicado la apabulló. Conforme iba acercándose a los lugares transitados durante los días del desembarco, su presencia se hacía más y más patente, más ubicua, más persistente: lo veía corriendo entre los muebles en la playa, agarrando su sombrero y ofreciéndoselo como una flor; mirando la roca bañada por las olas y gesticulando para comunicarle sus observaciones; sucio, mojado y cansado luego del trabajo de descarga del *Mimosa* bromeando con que había sido atacado por una turba de galeses sin ganas de trabajar; diciéndole *Entonces tendrá que empezar a preocuparse por mí, Entonces tendrá que empezar a preocuparse por mí*, *Entonces tendrá que empezar a preocuparse por mí*, sin parar; dándole aquel beso rápido y sorpresivo al partir en la chalupa; haciéndole bromas, mirándola sonriente de espaldas a las rocas tapizadas de almejas. Todo allí *era* de Alun. De nuevo Alun… ¿Cómo podía ser? ¿Cómo podía *volver*? Volver así, tan fuerte, tan claro. Si ella lo había expulsado, realmente había logrado desalojarlo de su mente. No estaba en condiciones de hacer de nuevo el trabajo de olvidarse de él. Como una gacela que huele el peligro y da el primer salto para iniciar su huida, quiso taparse los ojos, salir de allí, volver sobre sus pasos, darle la espalda a la bahía.

Pero lo cierto –se decía– era que el Alun de carne y hueso no estaba allí. *No está aquí ni estará* –se reprendía a sí misma–; *se fue y te abandonó* –le recalcaba una Rhiannon vigilante a esa otra Rhiannon llena de pajaritos en la cabeza; *Se fue y no volverá, no volverá, no volverá jamás.* Con esa frase repetida hasta el hartazgo aplastó los recuerdos y se pegó más que nunca a Thomas.

Ya en la bahía, bajo una nevada particularmente intensa, empezaron a construir las chozas y

reparos que les permitieran soportar las inclemencias del tiempo hasta que vinieran a buscarlos. Ahora que Rhiannon estaba comprometida con Thomas consideraron inapropiado que durmiera con él y Lyn como lo habían hecho en su casita de TreRawson, así que se instaló con Louiza y otras jóvenes bajo un mismo techo. La espera podía extenderse por uno o dos meses, quizá más, ya que no dependía solamente de la duración del viaje ida y vuelta a Buenos Aires sino de la diligencia de sus representantes y de los funcionarios del gobierno para fletar una embarcación adecuada para trasladar más de cien personas a bordo con todos sus bártulos. Rhiannon se transformó en experta recolectora de leña y de frutos de mar y recuperó el entusiasmo. Thomas trabajaba como nunca, enamorado, feliz hasta lo indecible al comprobar que Rhiannon mejoraba y que se le acercaba –física y espiritualmente– día a día. Y Lyn, ahora que Thomas cuidaba y acompañaba a su hermana, se dedicaba a Louiza.

Entretanto, Lewis Jones había permanecido en la ciudad, obligado a dejar la resolución de la emergencia en manos de la delegación oficial que representaba a los colonos, del bando opuesto a sus ideas. Quería seguir al vapor que llevó a Patagones a los opositores para llegar junto con ellos a Rawson y convencer a sus compatriotas de no abandonar el Chubut pero no tenía cómo llegar. Finalmente tomó una decisión desesperada: convenció a Nagle –que se había quedado con él en Buenos Aires– de volver a reparar la averiada *Denby*. Ya era tarde para alcanzar a sus contrarios y llegar juntos pero de todos modos la arreglaron y zarparon.

Ellos, procedentes del norte y los otros, que volvían del sur con la resolución definitiva de partir, se

encontraron, cada grupo en su embarcación, entrando al río Negro, en las afueras de Patagones.

Cuando vimos que Lewis Jones había regresado, la mayoría de nosotros se enfureció tanto que eran capaces de matarlo; de veras temí por su vida durante algunos días; pero no sé cómo, tiene el don de convencer a la gente, soportando que le digan de todo sin perder la compostura, relató después uno de los del bando emigratorio.

– Escudero –dijo Pwyll– pásame el caballo. Pero apenas montó, ella estaba fuera de su alcance. Pwyll la persiguió, aflojándole la brida, pero no ocurrió nada.

– Rhiannon, oye – le gritó–, por el amor del hombre que más quieras, ¡detente!

– ¿Por qué no?– respondió ella. Más te hubiese valido que me lo pidieras antes.

(*Los Mabinogion. Romances galeses del medioevo*, Teorema, Barcelona, 1984.)

capítulo 5

Ataduras

Alun apreciaba mucho su propia capacidad para desprenderse de las ataduras, para privarse de aquello que pudiera limitar o entorpecer sus movimientos. Por dulce que fuese, cualquier sujeción lo incomodaba pero ahora, conforme se alejaba de la costa en la *Tritón*, más quería volver. Lo dominaba una certeza: se había equivocado.

Todo ese gran error –ahora le quedaba claro– había empezado luego de la discusión con Rhiannon. Mientras pescaba en la bahía, había dedicado dos días enteros –en un autoexamen parecido a aquel que lo ocupó a bordo del *Mimosa*– a concentrarse en sí mismo y ella. Pasó revista a las cosas que él hacía o decía sólo porque a ella le gustaban; a las innumerables acciones que había llevado a cabo por considerar que ella las apreciaría; a las conductas que formaban parte de él y eran tan inevitables como su pelo o su forma de hablar pero sobre las cuales ella había hecho alguna sutil alusión. De la misma manera, había clasificado y expuesto ante sus propios ojos, como los peces que sacaba cada día, todo lo que lo fascinaba de Rhiannon: su cara, que lo enternecía en todos sus perfiles; su capacidad para escuchar; sus ojos que sabían mirar; el don de la oportunidad de sus gestos, que se adelantaban con tal apuro a sus palabras, que ofrecían, indiscretos, todo un panorama de su interior; su sentido del humor y su risa siempre lista para explotar con sonoridad.

Desató. Soltó. Creyó haber hecho bien el trabajo; creyó haber tomado la decisión que más lo favorecería y haberse armado de las herramientas necesarias para llevarla a la práctica. De hecho, esa mañana había empezado a alejarse de Rhiannon. Logró,

después, que nada grave sea dicho o hecho. Viró el rumbo, tocando apenas la película transparente del frente de tormenta. Recién ahora advertía que, como un animal en una ciénaga, esos esfuerzos por salir, lo habían ido hundiendo en el territorio de ella; que, conforme él se iba soltando, su amor había comenzado a afianzarse a traición y a crecer poco a poco.

Ya embarcado, se dijo el primer día: *ya va aflojar*; el segundo: *mañana o la semana entrante ocurrirá, tengo que darle tiempo*; el tercero, lo mismo, sin éxito. En cambio, pasó todo el tiempo repitiendo –en su litera del barco, primero, en la breve y helada estadía en las Islas Malvinas, después y en los fértiles y cálidos campos del Uruguay y en las calles de la ciudad de Buenos Aires, por último– el prodigio de ver a Rhiannon, de tenerla consigo una y otra vez, esforzándose en hacer de su cerebro un imán, para atraer adrede esa cara áurea y encontrarle, con sus ojos interiores, los pormenores que se le habían pasado por alto. La querida cara no se limitaba a entrar y salir de su cabeza como lo hacía antes, de aquella manera tan pacífica y etérea. Desde que partiera de la Patagonia, parecía latir contra sus parietales y, como también tenía el poder de achicarse hasta el tamaño de una gota, se le atravesaba en la garganta haciendo los primeros intentos de bajar hasta el interior de su torso. Él la había mantenido a raya, privándose hasta de tragar saliva para evitar que se le colara por los conductos de su cuello, pero el fenómeno había ocurrido de todas maneras y la cara de Rhiannon reducida a gota, se le había quedado alojada en el pecho dificultándole los sístoles y diástoles de su corazón.

Ella, en una oportunidad, le había preguntado con fastidio qué buscaba con tanto afán y por qué no se conformaba con lo que tenía ni se quedaba quieto. Alun había bajado la cabeza sin contestarle pero cuando se

separó de ella y quedó solo, fue dándole forma a la respuesta: busco a los hombres y a las mujeres que me inspiren, se dijo, imaginando que le contestaba a Rhiannon. No me importa lo buenos o sabios que sean. No me importa que coincidamos en las ideas ni en las opiniones. Lo que me importa de ese hombre, de esa mujer, niño, anciana, indio, blanco o negro, es que tenga el don de tocar y hacer sonar determinadas cuerdas mías. Unas cuerdas que no sé exactamente cuáles son ni dónde están pero que, cuando suenan, son inconfundibles. Nada de lo que ellos hacen con respecto a mí parece obedecer a un plan de búsqueda porque marchan espontánea y ligeramente. Su simple proximidad me despierta. Un sexto sentido los guía para detectar esas músicas mías que sólo se entregan a sus ejecuciones. Una viva sagacidad les permite exhumar de mis tumbas esos sonidos y transmitírmelos, contagiármelos, para querer y poder, yo, revelar también lo que de ellos descubro, para animarme a descubrir y mostrarles lo que soy, porque eso que soy y aquello que él o ella son, solamente podemos averiguarlo unos con los otros. Hay una parcela de mí que sólo él, solo ella, saben arar. Ignoro cuál es la tierra mía que encontrarán y es por no saberlo que despliego mis preguntas acerca de su costado agricultor y hago mis confesiones de tosca seca no horadada allá en la parte más alta de mi país, la más agreste, la más remisa a la punta de ningún arado, tosca que se transforma en humus blando y fértil para esos cosechadores de mis espigas. ¿Quiénes reunían esas características? Morrison, el traductor, el cacique Francisco, Nagle. Ahora, extrañándola dolorosamente, sabía que la mejor cosechadora de sus más bellos frutos era Rhiannon y nadie más que Rhiannon.

Cuando todo había estado en sus manos para que el amor se realice, una fuerza contraria se le había equiparado. Alun consideró que ambas no podían

convivir y eligió: le administró un fuerte somnífero a su amor pensando que así lo liquidaría y daría paso a sus grandes planes. Pero el pesado sueño duró un tiempo muy corto: el amor y el deseo despertaron por obra del intempestivo beso que él mismo le dio a Rhiannon casi sin darse cuenta y comenzaron a crecer mientras él se alejaba. Encontrándose amor y enamorado en alta mar, el primero ya había impuesto su primacía. Pero, claro, era tarde: el mundo, de pronto, se estaba transformado en un país plagado de impedimentos y obstáculos invencibles. ¿Qué iba a hacer, en medio del mar y dirigiéndose a las Islas Malvinas? ¿Ponerse la armadura y lanzarse al combate con ojos fieros y fulgurantes? ¿Iniciar temerarios planes de conquista? Desmoralizado, se reprochaba su soberbia. Creer que Rhiannon se iría borrando… Su amor, desde que abrió los ojos, tuvo un notable parecido con él mismo: buscador de imposibles pepitas de oro, de paisajes siempre más allá de la vista.

Volviendo al sur

Pasado poco más de medio año desde su partida y mientras Thomas y Rhiannon se comprometían, él se decidía a bajar al Sur para buscarla. Pero una cosa era decirlo y otra, hacerlo. Ahora estaba en Buenos Aires, sin un peso. Tendría que reorganizarse: conseguir un trabajo, ahorrar algo de dinero y recién después partir. Desde el mismo momento en que tomó la decisión y como si su cerebro fuera un embalse al que se le habían abierto las compuertas empezó a soñar con ella.

Rhiannon estaba acostada desnuda y él tendido arriba de ella, tapados con una abrigada piel de guanaco, descansando momentáneamente y mirándose las caras que acababan de separarse luego de un beso, mirándose directamente a los ojos mientras sabían que no debían moverse porque estaban uno dentro de la otra y cualquier respiración algo más agitada, cualquier contacto o movimiento de las manos o sonido de las bocas los conduciría a la explosión y al final, y no querían eso sino seguir transmitiéndose secretos, pasando en limpio viejos dolores, impresiones, recién descubiertos deseos, todas sus vidas, de ser posible, de esa manera tan íntima, tan de final inminente, tan esclava de mirarse y no poder separar los ojos, tan completamente abierta y clarividente, tan meticulosa para recorrerse las facciones y entregarse mutuamente así, mediante esa ósmosis, toda la información que ninguna extendida conversación podría brindar; sonriéndose apenas en uno o dos lapsos efímeros pero manteniéndose mortalmente serios la mayor parte del tiempo que duraba esa mirada, quizá un poco asustados por lo que les estaba ocurriendo, por las confesiones que se estaban comunicando en silencio, por el fulgor que se había posado sobre ellos bañándolo todo, y también iluminando el aire suspendido en el lugar donde estaban así unidos, así dejando ir y venir y correr y llegar la corriente de sus humanidades, de sus vidas hechas de visiones y heridas tan diferentes pero, al fin, tan iguales, de sus colores de piel tan parecidos por la fuerza del deseo de mezclarlos, de pasarlos por el cedazo del otro, de entregarlos como un recién nacido niño, o piedra preciosa o carta prohibida, al abrazo del otro, al cuello del otro, al cajón oculto y privadísimo del otro; todo eso hasta que, del conjunto de pequeños movimientos que los cuerpos hacen constantemente –un escalofrío, un pestañeo, una inhalación– uno de ellos se excedió y el otro o la otra lo confundió con un llamado

a continuar lo que habían aplazado y entonces, las manos de él, que trataron de inmovilizar las caderas de ella surtieron el efecto contrario de despertar, de abrir, de dejar pasar, y ya el solo hecho de respirar se hizo difícil y ese tomar aire de ella provocó la renovada excitación de él, los latidos cada vez más seguidos de los dos corazones, y entonces las manos se debatieron entre detener, o aunque sea aminorar, algunos movimientos reflejos, o en cambio acompañarlos y dirigirlos e incrementarlos hasta que todos aquellos secretos, heridas, recuerdos, temores se replegaron decididamente al fondo de sus lugares de la mente en una remisión de ola que ha logrado tocar la parte seca de la arena y regresa en bajada cada vez más velozmente a la masa de agua de donde el embeleso de mirarse los había sacado, para dar paso a otra ola, hecha de pura piel caliente y músculos en tensión y cerebros vacíos de pensamientos y poblados, de pronto, de colores, de animales desconocidos, brillos, noches, músicas, derretimientos y alturas que quitan el aliento.

Durante los meses de enero, febrero y marzo, Alun y los delegados que habían llegado en la *Denby* compartieron la ciudad de Buenos Aires sin saberlo: Alun, trabajando de peón en el puerto y los delegados, haciendo sus gestiones. Cuando Jones entró en el río Negro y encontró a sus contrarios haciendo un alto en Patagones antes de seguir para Buenos Aires para comunicar la resolución definitiva de los colonos de dejar el Chubut, Alun hacía pocos días que había llegado a esa localidad y empezaba a darle forma a lo que para él era un plan maestro: ir a buscar a Rhiannon a Rawson y establecerse con ella en Patagones. Cuando empezó a moverse para buscar cómo y cuándo seguir su viaje hacia la Colonia Galesa se enteró de que en el poblado había un pequeño grupo de compatriotas esperando la salida de un vapor con destino a Buenos Aires. Habiéndose reunido con ellos y tomado

conocimiento de la decisión de la asamblea de dirigirse a colonizar a otro sitio de la República Argentina, lo anoticiaron de que, a poca distancia río abajo se encontraban Lewis Jones y Nagle, empeñados en disuadirlos. Caminó hasta el punto que se le indicó, vio la embarcación, reconoció a la *Denby* –pese a que estaba muy cambiada luego de los rústicos afeites que se le habían hecho– y empezó a gritar y gesticular para llamar la atención de sus tripulantes. ¡Qué alegría mayúscula! ¡Allí estaba su amigo Nagle, en persona! ¡Y el propio Lewis Jones!

En menos de una hora lo habían puesto al tanto de las novedades y convencido de sumarse al bando de los "patagónicos". Sus razones, sólo él las sabía y Nagle las sospechaba: de ese lado estaban los que lo llevarían hasta Rhiannon. Pese a que él veía Patagones mucho más atractivo y seguía opinando que el valle del Chubut era inviable como colonia agrícola, en ese preciso momento necesitaba trasladarse hacia allá. Ya había sometido a Nagle a un interrogatorio exhaustivo sobre todo lo que pudiera relacionarse directa o indirectamente con Rhiannon y aquel lo había informado del firme asedio de Thomas durante el pasado mes de enero mientras arreglaban la embarcación y de que ella no daba muestras de estar molesta. En resumidas cuentas, se los veía juntos mañana, tarde y noche. Quizá ya fuera tarde.

Cuando le hicieron saber lo caldeados que estaban los ánimos y el hecho de que hasta el momento no habían logrado siquiera acercarse a Abraham Matthews y los suyos para dialogar, se le ocurrió que nadie mejor que él –a quien fácilmente podría considerarse un neutral en toda la línea o incluso un partidario del abandono del Chubut desde que, en su momento, optara por irse por sus propios medios de

la colonia– para acercarse a los contrarios y proponer una tregua a las hostilidades. Todos estuvieron de acuerdo y pronto el flamante y enamorado mensajero había logrado arrancarles la primera de una larga serie de reuniones entre Lewis Jones y Abraham Matthews, al cabo de las cuales, este último resignó su postura y la de sus partidarios, en estos términos:

El autor de estas líneas comprendió que el señor Lewis Jones estaba dispuesto a bajar a la colonia a pesar de haberse enterado de que la mayoría de los colonos estaba en Puerto Madryn esperando una nave para partir. Y sabía quien escribe que si el señor Lewis Jones ofrecía a los colonos promesas favorables y cómodas lograría convencer a algunos de ellos, dejando así un grupo remanente demasiado pequeño para trasladarnos a colonizar a otro lado. Sentía quien escribe que lo primero era mantener unidos a los colonos como para poder originar un núcleo de colonia, cosa que no sería factible si se desparramaban aquí y allá por la América del Sur entre pueblos de idiomas extraños y costumbres paganas. Sentía que, aunque no se entendían ni fuese amigo del señor L. Jones, debía dejar de lado todo sentimiento personal y hacer todo lo que más conviniese al futuro de las colonias del Chubut. Después de varios días y noches de preocupaciones y cavilaciones resolvió quien escribe entrevistarse con el señor Lewis Jones para deliberar detenidamente sobre el asunto. Y así fue. Y después de encarar el problema desde todos los puntos de vista y avenirse todos a consagrarse por entero al bien de los colonos resolvieron volver otra vez al Chubut con la nave pequeña y allí unirse para persuadirlos de que acepten el ofrecimiento del doctor Rawson e hicieran otro intento en el lugar por un año más…

Así que hicieron reparar una vez más la *Denby* y, cuando estuvo lista, se embarcaron juntos pro patagónicos y anti patagónicos y pusieron rumbo a la Bahía Nueva.

Cámara lenta

Rhiannon observaba con gran excitación a las personas que desembarcaban. Thomas estaba a su lado, como lo había hecho la mayor parte del tiempo desde que ella le diera el sí.

¡Allí venía Nagle! Rhiannon le tenía aprecio, aún sin haber hablado nunca con él, debido a los comentarios elogiosos con que Alun siempre lo favorecía.

En medio del gentío, divisó otra silueta que le resultó conocida. Se irguió y se movió hacia un costado y otro para lograr verla.

Parece…

¿Alun?

¿Alun?

¡Alun!

Empezaron a zumbarle los oídos. Dejó de escuchar el bullicio exterior y, en el completo silencio de su cabeza y en medio de una escena distorsionada y enlentecida, vio a Alun verla, sonreírle y dirigirse hacia ella precipitadamente.

Thomas, sin hablarle y sin dejar de mirar hacia delante, le puso el brazo en el hombro y la atrajo hacia sí. Rhiannon quiso zafarse del abrazo pero él la apretó contra su costado, firmemente.

Alun abandonó su sonrisa y detuvo su marcha, mirando las dos figuras. Trató de entender. Y entendió. Quedó demudado. Permaneció en medio del gentío, como clavado en la arena. Rhiannon se separó suavemente de Thomas pero no se atrevió a moverse.

Para recuperar la compostura, inició una charla ligera con la mujer que tenía más a mano.

Alun…

Volver a verlo…

Justo ahora…

Dios…

Dio un gran rodeo, recorriendo muy lentamente el trayecto hacia su refugio mientras iba tratando infructuosamente de acomodar sus sentimientos. La arrastraban como un perro en celo tira de la cuerda del amo que pretende conducirlo hacia donde él quiere.

Alun se le acercó al otro día, en cuanto la vio sola. Estaba desilusionado, indignado, incrédulo pero también, impaciente por verla y hablar con ella. Para eso había ido hasta allí. Nada más. Realmente no había contado con la posibilidad de que ella ya fuera la novia de ese tal Thomas y estuviera –según se había encargado de averiguar– a punto de casarse. *Ese Thomas… maldito… se movió rápido…*

– Rhiannon.

– Alun.

– Buen día. ¡Qué gusto verla! ¿Cómo está?

– Bien ¿Y usted? ¿Qué lo trae por estos lados nuevamente?

– Eh… Quería volver.

– Pero, ¿no sabía que nos vamos?

– No lo crea. Los delegados tienen serias intenciones de convencer al contingente de quedarse.

– No. Eso no puede ser. En TreRawson ya no queda casi nadie. Desarmamos todo y nos vinimos

para acá. Cuando terminen de llegar los últimos, nos vamos. ¿Y usted? ¿En qué bando está ahora?

– No… no sé. Yo estaba en Patagones y aproveché el viaje. Los encontré a todos de casualidad. Una afortunada casualidad, en verdad, porque habría tardado mucho más en venir si hubiera tenido que hacerlo solo y por mis propios medios.

– ¡Ah! Está aquí de casualidad.

– ¡No! ¡No! Yo ya pensaba venir. Por eso estaba en Patagones, buscando trabajo para juntar algo de dinero.

– Ahá…

– No me cree.

– Sí le creo. ¿Quién soy yo para creerle o no creerle?

– No me cree. Mire, aquí tengo la prueba.

– ¿Jabones? ¡Jabones!

– Sí. Los compré para usted en Buenos Aires. Hace seis meses que los tengo conmigo.

Rhiannon tomó una caja que contenía cuatro pastillas envueltas en fino papel. Se quedó mirándola mientras le sobrevenía una catarata de sensaciones placenteras y netamente femeninas vividas en su niñez y adolescencia en su país natal: el baño antes de ir a la capilla, el vapor del agua caliente, la madre de Thomas peinándola y ella dejándola hacer mientras aspiraba el perfume a lavanda del jabón y de la ropa planchada y luego las dos caminando por las calles del pueblo, muy aseadas y arregladas, con sus himnarios en las manos y ese olor a limpio permaneciendo en su nariz. Cerró los ojos para que no se le escapen esas fragancias de su otra vida y así, con la cabeza

inclinada y la caja en sus manos se le llenaron los ojos de lágrimas porque se vio a sí misma derritiendo al fuego grasa y tripas de guanaco y convirtiendo en ceniza las varas de los meandros del río para hacer un jabón tan rudimentario y maloliente como ella y se miró su ropa mugrienta de ahora, sus botas de cuero de caballo y se apenó tanto de su estado que ningún plan de colonia en otro sitio ni esperanza de una vida mejor ni oraciones a Dios Padre pudieron quitarle la desmoralización enorme que la invadió mirando esos primorosos jaboncitos traídos de la ciudad y la hermosa cara de Alun esperando que ella se recupere y sin animarse a abrazarla.

Articuló como pudo una frase de agradecimiento y se fue de allí caminando rápido con la caja apretada contra su cuerpo.

Esa misma tarde se realizó la reunión en la que Lewis Jones y sus partidarios –tanto los históricos como los que se le sumaron después del encuentro en Patagones– presentaron, unidos, la oferta del gobierno. La reunión, en cuanto se planteó la propuesta, se transformó en un caótico griterío. Rhiannon –tanto como todos los presentes– no podía creer que los mismos con los cuales se había pactado liquidar todo en Tre Rawson y viajar hasta la bahía para estar listos para cuando vinieran a buscarlos, estuvieran ahora intentando convencerlos de volver sobre sus pasos y quedarse. De Lewis Jones podían esperar cualquier locura porque ya tenía bien cimentada su fama de delirante y, además, porque siempre había sido partidario del Chubut pero de Matthews, de Davies, aquellos que no hacía ni dos meses luchaban a brazo partido para levantar la colonia y trasladarla a otra región del país… Era inaudito. Cuando habían transcurrido dos horas sin que se atisbara la posibilidad de un acuerdo, uno

de los pocos que, a esa altura de los acontecimientos, conservaba la mente clara y algo de sentido común, propuso dar por terminada la asamblea y reanudarla al día siguiente. Cuando todos comenzaban a dispersarse, habiéndose retirado los más indignados y violentos, el reverendo Matthews apeló a su autoridad religiosa e hizo un llamado a la mesura y al entendimiento. Como no lograba siquiera hacerse escuchar, se puso cantar. Se le unieron algunos incondicionales que, cuando el himno ya terminaba, se hicieron señas y lo reiniciaron con nuevos bríos, como para que el espíritu no decayera mientras los remisos se decidían a sumarse. Cantando, como lo hacían en los entierros y en los cumpleaños, bajo los techos de las capillas y a la intemperie, en las siembras y en las cosechas, en los grandes espacios y en las cocinas de sus hogares, en solitario o a dos, cuatro, seis, ocho voces, en resumidas cuentas en las buenas y en las malas, en la calma y en la tormenta, terminaron ese día de ánimos caldeados.

La música lo ayudaba a Alun a curarse de los celos. De pie, con los hombros caídos y el sombrero en sus manos, se dejaba tomar por las cuatro voces del coro, seguía mentalmente la marcha del bajo y desaparecía literalmente de allí a bordo del sonido. El mismo desapego lograba deteniéndose en cualquier punto de la estepa y quedándose quieto, flojo, casi durmiente, tomado por el entorno pardo y la presencia del cielo. Salía de esos trances comprendiéndolo todo, lavado su cuerpo de la necesidad de Rhiannon –que había aumentado hasta hacerse insoportable desde que volviera a verla–, curado por unos minutos de las olas de dolor que le provocaba verla tan fría con él y tan… cariñosa con… No podía ni nombrarlo. Si la música y el campo lo aliviaban, el mar no. Todo lo relacionado con ese mar del sur, tanto las mansas aguas de la bahía y como el embravecido océano donde desembocaba

el río, desde su sonido hasta cada una de sus innumerables criaturas, le había quedado asociado a una seguidilla de visiones –la mayor parte de ellas imaginarias– que le extraían la sangre como sanguijuelas. Con fondo de mar veía tramos de lugares recónditos del cuerpo de Rhiannon pegados a su mano y a un desorden de ropa; veía luego sus pies posados sobre el vello y la arena de sus piernas; veía el temblor de su mentón moviendo la tela fina de un cuello aún cerrado; la veía acostada en la arena, su cara mirando al cielo y una gota de sudor abriendo surco por todos los pliegues de su oreja y cayendo sobre el plateado de una almeja vacía. El ruido a mar del fragor de su deseo, el olor a mar de toda ella, el aguijón de querer tenerla consigo, salada por el mar, ensordecidos ambos por el ruido del mar, eran una marea incesante de dolor y dolor.

La interceptó en medio del gentío. Tuvo que tomarla del brazo para que no pasara de largo.

– ¿Qué hace?

– Qué hizo usted, Rhiannon.

– ¿Perdón?

– ¡Con Thomas! ¿Por qué?

– ¿Con Thomas qué? ¿De qué me está hablando?

– De nada. Disculpe – Alun quería explicarle, quería decirle que se había dado cuenta de que la quería; describirle paso a paso los vaivenes de sus sentimientos hacia ella, proponerle cosas, pedirle perdón, pero no encontraba una sola palabra. Para evitar que ella se retirara agregó lo primero que se le ocurrió:

– Usted está más delgada. Fue un año duro, me imagino.

– No. No se lo imagina.

– Para mí también lo fue.

– No me diga. ¿Me disculpa? – le dijo Rhiannon y, al ver a Thomas, se fue con él, tomándolo de la mano para exhibirle a Alun el espectáculo de la intimidad que los unía.

Volvió a abordarla en un cuarto intermedio de la siguiente reunión cuando ella conversaba animadamente con otras mujeres.

– Rhiannon, disculpe ¿Tiene unos minutos?

– Cómo no. ¿Qué necesita?

– Necesito hablar con usted.

– ¿Puede ser en otro momento? Estamos en medio del debate. No me quiero perder ni una palabra.

Al otro día, a la mañana, la siguió por la playa.

– Rhiannon. Espéreme. ¿Puede escucharme un poco? ¿Hacia dónde va? La acompaño.

– Lo escucho.

– Rhiannon… Mire… Ya sé que no debería haberme ido. Fue un error. Pero ¿no me podía haber esperado? ¡Yo le dije que iba a volver a buscarla!

– Cuidado que se va a caer caminando así hacia atrás. Y no se preocupe, Alun. ¿Cuál es el problema?

– ¡Que se va a casar! ¿Es cierto o no?

– Sí, es cierto.

– Va a cometer un error grave, gravísimo.

– ¡Qué audacia! ¿Usted qué sabe?

– Sé que…

– ¿Qué?

Alun se detuvo y le tomó los dos brazos con sus manos, mirándola de frente:

– Que la quiero.

Rhiannon amainó la fuerza de su enojo y lo miró con asombro, con rabia, con pena. Escuchaba tardía y atropelladamente una declaración de amor largamente deseada.

– Yo la quiero, Rhiannon. Mucho. La extrañé tremendamente todo este tiempo. Eso es lo que sé. Me he enamorado de usted. Siempre estuve enamorado de usted, en realidad. Desde el Mimosa, cuando le hablé por primera vez. Lo que pasó fue que yo no lo supe enseguida. No me di cuenta hasta que me fui y empecé a extrañarla.

Fascinado con sus propias palabras, escuchándose por primera vez decirlas en voz alta, le tocó disimuladamente los dedos de la mano y le dijo:

– No se case, por favor.

Rhiannon giró y regresó por donde habían venido, casi corriendo para que Alun no la alcanzara. Esa noche, a la mañana siguiente, a la tarde, a la otra noche, no pudo dejar de reconstruir aquella la escena en un repetido intento de comprenderla, de memorizarla, de captar todos sus pormenores.

Capullos de tiempo

¿Cómo hago para ordenar estos pedacitos de tiempo? ¿Cómo hago para enfilar cronológicamente lo que pasó si, mientras él me miraba yo también lo estaba mirando pero las dos miradas eran distintas y merecerían, tanto una como la otra, su descripción, como la merecerían las olas que yo veía detrás de él aunque sólo mirara sus ojos? ¿Cómo narrar la simultaneidad de su mano viniendo hacia mi mano y de mi pie iniciando un paso atrás sino deteniendo esa pequeña porción de pasado, la imagen de los dos que ya no es ni será? ¿Cómo mentir una sucesión para lo que es concéntrico, pimpollo al que le crecen pétalos y pétalos: un pétalo su mirada, otro la mía, otro sus ojos, los míos, pétalos el aire, el mar, su ansiedad, mi dolor? ¿Y el olor del mar? ¿Cuándo apareció a disputar su lugar en esos hechos? ¿Merece su mención algo que estaba allí pero que apareció recién cuando subió hasta mi nariz? Caminando apurado a mi lado, se detuvo, me tomó los brazos y me dijo La quiero. En el mismo retazo de tiempo, yo lo miré. Él se quedó quieto, sin separar los ojos de mí. ¿Qué descubrió cuando me miró, cuando miró a esa mujer que trataba de recomponerse, a esa mujer que no había necesitado tanto tiempo como él para darse cuenta de que lo quería más que a nada? Esa mujer que observaba cómo sucedía eso en el corazón y la cara de él y no podía creer que llegase tan tarde…

Triunfó la propuesta de quedarse. Aunque en las primeras reuniones nadie lo habría creído posible, fueron convenciéndose unos a otros hasta que se terminó votando por hacer un intento más en el valle del río Chubut. Galats y su gente –que ese invierno habían acampado en la costa del mar, en Punta Ninfas,

y se habían acercado a la bahía al comprobar que los galeses estaban allí– manifestaron formalmente sus deseos de que se mantuviera la colonia y ofrecieron caballos para que hicieran el traslado al Valle. Los delegados volverían a Buenos Aires, trabajarían lo más rápidamente que pudieran para hacer realidad el apoyo prometido por el gobierno y regresarían con todo lo necesario para que el centenar de personas pudiera permanecer allí hasta lograr procurarse su propio sustento. Ellos, entretanto, de la misma manera que en aquel julio de 1865 y con la sola ventaja de la experiencia adquirida y de las buenas relaciones establecidas con los pueblos de Galats, Francisco y Chiquichano, debían trasladarse de nuevo a Rawson, rearmar sus modestas casitas y empezar por tercera vez a preparar la tierra. Allí estaban, veinticuatro meses después de haber llegado a la Patagonia, en el mismo lugar y casi a fojas cero.

Thomas, siempre tan razonable y parsimonioso, esta vez decidió actuar rápido. Algunas miradas había visto, algunos diálogos supuso y ciertos e inconfundibles cambios en la disposición de ánimo de Rhiannon hacia él le confirmaron que Alun no había venido sino por ella y estaba trabajando intensamente para reconquistarla. Hizo sus gestiones y, cuando todo estuvo listo, se le acercó a Rhiannon:

– Mi amor.

– ¿Qué?

– El reverendo Matthews nos espera para hablar de la boda.

Rhiannon, después de la entrevista con el pastor, provocó con Alun un encuentro que él creyó fruto de su propia iniciativa y le comunicó escuetamente que se casaba el siguiente domingo. Lo hizo en medio de la

gente para no darle la oportunidad de que él le dijera nada más. Y sin saber cuáles eran sus planes porque, al fin y al cabo, desde que él volviera, casi no habían cruzado palabra.

– ¡No! ¡No! ¿Por qué no puede esperar un poco, al menos? Yo se lo dije en serio, hace un año. Que iba a volver a buscarla. Y acá estoy ¿No?

– ¡Ah! Y yo tenía que creerle, Alun. ¡Por favor!

– ¿Y por qué no tenía que creerme?

– Porque nadie en su sano juicio tomaría en serio una promesa hecha en aquellas circunstancias.

– ¿En cuáles? ¿Cuáles fueron aquellas circunstancias? ¿Y cuáles son las circunstancias adecuadas para hacer promesas?

– Alun: jueguitos de ingenio, no. ¿Qué se va a quedar a hacer acá? Thomas y yo nos queremos mucho. Vamos a formar una familia. Tenemos nuestra tierra, volveremos a sembrarla. Esta vez la cosa va a funcionar. Usted se aburriría soberanamente, no nos engañemos. Siga su camino y todos en paz.

– ¿Está hablando en serio?

– Alun, ¿Le parece que estoy bromeando? ¿Le parece por un minuto que podría estar bromeando? – La cara de Rhiannon estaba roja y los labios le temblaban más de indignación que de frío. Alun bajó los ojos y ella siguió:

– Pero, digo yo, ¿quién cree que es para hablarme así? Y ahora, si me permite, le voy a dar un consejo: búsquese uno de los tantos lugares atractivos que tiene este mundo y diríjase hacia allá. Y de allí puede irse a otro lugar, cuando se canse. ¿Por qué se engaña? Usted no quiere la tierra, no quiere la colonia, ni aquí

ni en Patagones ni en Santa Fe, y no me quiere a mí, por más que crea que sí. Y yo tampoco. ¿Usted me entiende? Lo quiero a Thomas. Mucho. Desde siempre.

– Está bien. Basta. Ya entendí. Ya entendí.

Quédese con su colonia. Con su Thomas. Maldito, hijo de perra, qué suerte que tiene. Lo quiere. Lo quiere a él. Desde el principio. Yo le gustaba, la divertía, le llamaba la atención, qué se yo, pero el amor, lo tenía y lo tiene con él. O como se llame lo que los une. Nunca va a poder despegarse. Thomas para acá, Thomas para allá, todo el tiempo Thomas. Estoy preocupada por Thomas, Qué va a pensar Thomas, Thomas me dijo, Thomas opina, Thomas, Thomas, Thomas, Basura, Qué bien lo hizo todo, siempre junto a ella. Horas y horas, de día y de noche mientras yo como un estúpido trataba de desatarme, de poner distancia ¡Qué audacia la mía! ¡Que grandísima estupidez! Y mientras, él, ahí, sin despegarse ni un metro, esperando, esperando y… sí. Él gana.

Dos días después, Rhiannon se enteró de que un grupo de cuatro o cinco hombres se iba a la mañana siguiente, por tierra, a Patagones, con dos hombres de Galats que oficiarían de baqueanos. Alun estaba entre ellos. (*¿Se iba definitivamente? ¡Qué rápido abandona la lucha! No hay caso… en seguida se cansa. Lo único que realmente valora es… el camino, la aventura, su libertad, sus planes…).* Le dolió verlo alistándose pero también experimentó un cierto alivio porque su presencia la había turbado al extremo y seguiría turbándola, sin dudas. Él levantó la vista y, cuando la vio, le dedicó una mirada cargada de tristeza y resentimiento. Luego se llevó la mano al sombrero, inclinando apenas la cabeza y siguió con lo suyo. No obstante, un rato más tarde se le acercó y le dijo:

– Permítame que me quede. Deme esa posibilidad. Sin ningún compromiso ahora mismo. Dígame que me quede y no la molesto más. Pero deme algo.

Rhiannon permaneció en silencio. Alun alargó su mano hacia ella.

– O venga conmigo a Patagones. No está lejos. No sabe qué lindo es.

Rhiannon, dando un paso atrás y sin contestarle, le dio la espalda y se alejó, pensando *Irme a Patagones… No hay caso. Cómo puede pensar que yo saldría como una loca detrás de él, se le ocurre lo más absurdo de todo, lo más impracticable. Qué poca idea tiene de lo que soy, de lo que pienso, de lo que soy y no soy capaz de hacer…*

La verdadera despedida –esa que se interna en uno mismo y avanza dificultosamente pero sin detenerse, cortando, cortando– terminó de ocurrir esa noche. Acostada con los ojos abiertos, rememoraba distintos cuadros con Alun como único protagonista, que pasaban entre el techo y sus lágrimas y temblaban como la superficie del agua de sus ojos. Su interior era un tifón. Deseaba poder reducir a polvo todo lo ocurrido desde aquella reunión en la capilla de Mountain Ash, cuando los oradores habían logrado sembrar en ella el deseo de emigrar y empezar una nueva vida; se arrepentía del primer paso dado en esa dirección y de todos los siguientes; detestaba a aquella Rhiannon que había deseado tanto un hogar y una familia como para apresurarse a conformarlos con Thomas; detestaba también al Alun de la aventura y el miedo al compromiso y al Thomas resignado a sus migajas. Nada salía limpio de ese pantano. El tiempo, los sitios, se ennegrecían con un resentimiento que hacía una brutal aparición, alumbrado por el haz de luz de la resolución que había tomado, la única razonable, la única posible: dejarlo ir. Todo lo odió durante esa noche hasta que su psiquis empezó a dejar a salvo a Alun. Ante el dolor por su inminente pérdida, se permitía idealizarlo un poco, olvidar que él la había dejado y

volvía a dejarla. Durante toda la noche estuvo soltándose, despidiéndolo. Cuando empezó a aclarar, se abrigó y salió hacia una elevación desde donde podría verlo partir sin ser vista.

Una mujer camina por el campo

Deja atrás el caserío, con paso seguro. Mira a su alrededor y se pone en camino nuevamente, atraviesa una pequeña planicie, sube sin esfuerzo una elevación, se detiene y observa los alrededores durante un largo rato. Después se sienta y allí se queda, ocupados sus pensamientos por un paisaje que no es otro que el lugar en el que ahora se encuentra, aunque visto desde otro punto: el acantilado que dominaba la bahía circular de bordes blancos utilizado por ella y Alun para observar la roca y el agua se erige contra el cielo, se recorta contra el agua, se achata contra la playa porque es visto por un pájaro en vuelo; la mujer parada en lo alto es ella; la nave con las velas arriadas es el *Mimosa*, anclado en la Bahía Nueva. Qué feliz era en ese entonces, qué lleno estaba su corazón de excitación, de vida, de futuro. Pero todo el conglomerado de seres vivos, de palabras y de intensos colores que poblaba su interior por aquellos días había desaparecido, dando lugar a la mansedumbre silenciosa de una mujer que, ahora, era otra.

De pronto se incorpora: ve al grupo de hombres a caballo pasar a lo lejos. Aguza su vista y descubre

a Alun. Era el último. *Será que le cuesta dejarnos, a este lugar y a mí*, se permitió pensar. Cuando se alejaron bastante descendió lentamente y caminó un trecho más en la misma dirección. Le hacía bien ese seguirlos sin seguirlos, ese ir tras la que podría haber sido otra Rhiannon; una que se fuera con Alun, hacia cualquier parte. Le servía ese ensayo de transitar lo intransitable, era como atisbar la vida sin haber nacido aún. Esta imitación de sí misma como otra le servía para figurarse cabalmente que esa opción era impracticable. Esa certeza la ayudaba ahora –y sabía que la ayudaría después– para recordarse que, aun habiendo fantaseado con romper con Thomas, no tenía el valor. No lograba ni siquiera imaginarse a sí misma sumándose a un viaje que lo dejara atrás, a él y a Lyn; que diera la espalda a la jovencita que hizo oír su voz en una solemne asamblea abogando por quedarse; que afrentara a Thomas abandonándolo a punto de casarse. No la reconocía en ningún aspecto. En cambio, ésta era la verdadera mujer que reclamaba su primacía: la que caminaba lenta y discretamente alejándose a cada minuto un trecho más de ese hombre que no había dejado de estar presente en su corazón durante los dos últimos años; la que ahora sí tendría el valor para sobreponerse a la definitiva ausencia; la que por fin reconocía que Alun no la amaba en realidad, que por esa razón la había abandonado y volvía a abandonarla ahora.

Alun les hizo señas a sus compañeros para que continuaran su marcha y girando su cuerpo sobre el caballo, miró hacia atrás. Aunque quizá volviera alguna vez, se estaba despidiendo, él también, de la bahía, del valle, de Rhiannon. Estaba herido, amargado, celoso, colérico. Debía calmarse, debía aceptar los hechos. Se demoraba, prendida su alma de aquel lugar en el que tan intensamente había vivido. Se puso

a sacar la cuenta de los días exactos pasados allí y no llegó a los dos meses: *unos quince hasta llegar al valle del Chubut, dos cuando vine a averiguar por la Mary Helen, un mes y algo más pescando en la bahía y recorriendo la península, diez días ahora. Y me parece media vida.*

Cuando vio el puntito moviéndose a lo lejos, pensó en un animal. Al cerciorarse de que era una persona se irguió y aguzó la vista. *¡Una mujer! Qué raro a esta hora y sola. Perdida no está porque las casas están a la vista.* Ganado por la curiosidad, hizo trotar el caballo unos cientos de metros en esa dirección. *Es mi imaginación*, pensó. *Pero esa forma de caminar… ¡Rhiannon! ¿Qué hace?*

Cuando ella reparó en el jinete que se había quedado atrás se ocultó detrás de un arbusto alto. No era factible que regresase hasta donde ella se encontraba pero, si lo hacía, se vería en aprietos para explicar su presencia a esa distancia de las casas y a esa hora. Cuando, espiando, reconoció a Alun, miró hacia su alrededor tratando de ubicar la mejor vía de escape, para el caso de que él esté regresando por haberla visto. No creía que esa fuera la razón, porque ella había estado en todo momento muy lejos, pero decidió que lo mejor era quedarse quieta y oculta.

Alun hizo galopar a su caballo. Pasó de largo, buscando con la vista. Rhiannon, pendiente de una segura vuelta atrás, preveía el momento justo de moverse alrededor de la planta para no ser descubierta. Aguzó el oído porque temía asomarse. Se quedó parada tan cerca del arbusto, de frente a él, que sus espinas le pincharon la cara. Pensaba, como aquella vez en el *Mimosa*: *qué papelón, cómo dejé que me descubriera, acá caminando en el frío detrás de él, yo que le dije que se fuera, que mi amor por Thomas, y el de él por su libertad y sus aventuras, y esto y lo otro y después saliendo a mirarlo, a seguirlo, quién le*

va a sacar de la cabeza que yo no vine ni a buscarlo ni a llorar su partida sino a despedirlo como Dios manda, a despedirlo en mi corazón definitivamente antes de casarme. Siempre haciendo ridiculeces delante de él.

Alun dio la vuelta y a paso lento fue inspeccionando el terreno hasta descubrirla. Se detuvo a sus espaldas, bastante lejos aún, mirándola emocionado.

Ella se volvió y, al verlo, retrocedió contra el arbusto. Alun, cuando comprobó que la agitación de ella había disminuido, sin dejar de mirarla para que no se le escape, se apeó. Se le fue acercando lentamente, atento a sus reacciones, listo para extender sus brazos sin asustarla, como hacía cuando lograba arrinconar a su caballo para agarrarlo.

Este pie derecho, quiere adelantarse, como siempre; quiere desobedecerme. Serán los zapatos de Juana, una temeridad india los domina. Quiere ir hacia adelante pero no; tengo que impedirle dar ese paso que se empeña en dar para perderme. Juana, ayúdeme a no moverme con sus hierbas y cantos; a quedarme clavada en el piso; así, sí, como un árbol, bien pegados al piso los zapatos que él mismo cosió y me regaló. Thomas querido, ayúdeme, ayúdeme usted también; cómo me cuesta enfocar su cara, lo quiero traer y no viene y en cambio se me aparece la de Alun, pero no ésta que se aproxima sino aquella cara brillante, sonriente y vivaz delante del tapiz de almejas ¿Para qué lo llevé aquella vez a mirar ese tapiz azul y plateado? Ese cuadro se me metió en alguna parte del cerebro como una piedra en el zapato y no hay forma de sacarlo. ¡Uffff! ¡Qué brillo! Me encandila igual que en el Mimosa cuando dijo ¿de qué parte de Gales viene? O era ¿de dónde viene? O ¿de qué parte de Gales es?, no me acuerdo bien, es que todo fue una gran burbuja de sonido luminosa girando llena de palabras y luces y mar y cielo y la sonrisa de él con el hoyuelo… ¿Cómo puede haber tanta belleza en una simple hendidura en el mentón? ¡Para marearse! ¡Cómo me voy a acordar exactamente de cómo formuló su pregunta! Y a quién le importa, además, para qué estoy pensando en esto. Tengo

que pensar en mi pie derecho, Que no se olvide de que esos dos pies de enfrente que ahora lo miran expectantes son los que se fueron riéndose, apurados detrás del primer barco que se les puso por delante, ansiosos ahora mismo por trazar un arco sobre la grupa de un caballo; fueron los que se fueron, se fueron y siempre van a estar yéndose a alguna parte sin llevarte, Rhiannon. ¿Y si él volviera a decirme: ¡Vámonos!, yo qué le diría? Podría preguntarle adónde. Y él, contestarme: lejos de aquí. ¿Huyendo? No quiero. No huyendo sino eligiendo otro sitio con libertad. ¿Y cómo sería mi vida? Como quiera que sea: yo seré el brazo ejecutor de sus sueños. ¡Ah! ¡Cómo habla! ¡Palabras sí que le sobran! ¿Y el sueño de la colonia? Si todos se quedan aquí, podemos volver; si se van, ir tras ellos. Seré criticada por todos. No lo crea, es solo un noviazgo que se rompe, ha ocurrido tantas veces… Y Lyn ¿qué pensará? Si la conoce, si la quiere, entenderá. ¿Y Thomas? ¿Cómo va a sobrellevar mi ausencia? ¿Y yo? ¿Cómo voy a sobrellevar su ausencia? ¿Y qué haré cuando extrañe a Lyn y a Thomas? Vendremos. Demasiadas promesas imposibles de cumplir, para eso mejor quedarse, yo no quiero irme, no quiero irme. Entonces nos quedamos, pero los dos juntos; pídame que me quede, es usted y solo usted la que manda sobre mí. ¿Yo debo ordenárselo? Eso sí que me gustaría, que se quede para siempre así delante de mí mirándome tan serio y tan lindo. Pero no. No permitiré que se me mueva el pie, no debo dejarlo, nodebonodebonodebo pero quiere avanzar, pie rebelde ¿Adónde me va a llevar un pie libertario como este con sus arrestos? Con sus botas indias cree que el desierto es suyo, que el mundo es suyo, que Alun es suyo. Algo le parece atractivo y allá va sin pensar; cree que puede hacer lo que se le da la gana pero no. Yo le ordeno ahora mismo no se mueva, quietito ahí junto al otro como dos buenos pies serios y obedientes. Ya bastantes desatinos cometió, subiéndose a la escalera de un barco para atravesar el Océano Atlántico, tan luego. Debe quedarse muertito, inmóvil, hasta que Alun se canse de esperar una señal y se retire. O dar un paso, pero al costado, para empezar a correr cuesta abajo si pudiera pero estoy agarrada a su presencia y ¡no podemos quedarnos así por los siglos de los siglos! Aunque se está bien de esta manera, por eso será que mi cuello no me responde

si quiero mirar para afuera de la cara de Alun; son sus ojos, es el cuello de él lo único que quiero mirar ahora antes de que se vaya; es su cara tan linda, son sus ojos con tantas rayas celestes y tan claros, es su mentón con el hoyuelo y, abajo, el cuello que debe ser tan tibio, todo un paisaje en redondo de cara, ojos, cuello, hoyuelo, cara, ojos, cuello, hoyuelo ¡Y la boca! Cerrada, seria, grave pero más hermosa imposible…

Alun extendió su mano con cautela y se le aproximó aún más. El beso parecía estar frente a él, casi ocurriendo, y la infinidad de palabras de amor ensayadas en esos días se agolpaban en su cabeza pero solo atinaba a mirarla sin hablar y a reducir sus movimientos a su mínima expresión porque tenía miedo de que cualquier monosílabo, cualquier inflexión de su voz, cualquier gesto que se colara en su cara la hiciera reaccionar, volver a enojarse y empezar a darle ese horrible discurso sobre el verdadero amor y Thomas y su inminente casamiento. En lugar de eso ella, la Gran Reina, la niña que antes de conocerlo había tocado su pecho con la punta de su nariz, la señorita sosteniéndose el sombrero sentada en un baúl dejado sobre la playa, la que se reía en cuanta ocasión se le presentaba, de pronto volvió a ser la Rhiannon que él conocía y dio uno, dos, tres pasos hacia él, le sonrió de una manera esplendorosa y lo abrazó. Lo tenía agarrado fuerte, tan fuerte que él tuvo serias dificultades para apartarla de su cuello, ir a su boca, darle el beso con el que soñara hasta el cansancio y murmurarle una avalancha de palabras de amor llena de adjetivos posesivos y mayúsculas que empezó con *Vida, vida mía, Rhiannon, Mi Rhiannon, Gran Reina mía, Qué linda es, Soy suyo para siempre, Belleza, ¡Cómo la quiero!* y fue aumentando, subió en redondo, veloz, transparente y ligera hasta cubrirla como el agua espumosa del mar a la roca que dos años atrás habían mirado juntos mientras la historia de los dos empezaba a crecer.

Ediciones del Jinete Insomne

colección **narradores del sur**

Con sus doce años de edad bien traqueteados, el Mimosa lleva cuarenta días de viaje sin mayores sobresaltos. En la cubierta, recostándose contra uno de los palos y sonriendo, un joven saluda a una muchacha y le pregunta de qué parte de Gales es. Ella se demora en contestar, impresionada por los ojos celestes y la forma en que es mirada...

Corre el año 1865 y en los corazones de Rhiannon, Thomas y Alun (léase Álin), crece tanto el amor cuanto la máquina a vapor de la utopía. Desde el centro mismo de la Revolución Industrial, se dirigen a la Patagonia a fundar una sociedad nueva. En esa tierra, como en el amor, todo será exploración, descubrimiento, asombro y sobresaltos. Placer y dolor.

ISBN 978-987-29629-8-2